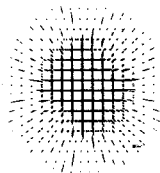



Denis Merklen



**POBRES CIUDADANOS**  
**Las clases populares en la era democrática**  
**(Argentina, 1983-2003)**



Prefacio de Silvia Sigal

  
n o v e c e n t o



**COLECCIÓN NOVECIENTO  
Pobres ciudadanos**

**Director de la colección:** Eduardo Rinesi

Merklen, Denis

Pobres ciudadanos : las clases populares en la era democrática 1983 2003 - 1a ed. -  
Buenos Aires : Gorla, 2005.

224 p. ; 21x15 cm. (Novecento; 12 dirigida por Eduardo Rinesi)

ISBN 987-22081-1-5

1. Ensayo Sociológico I. Título  
CDD A864

**A Juan Carlos Portantiero.**

**Diseño y diagramación:** Juan Manuel Mileo

Los textos que componen este libro, originalmente escritos en francés, fueron traducidos al castellano por el propio autor (caps. 1 y 3), por Gabriel Vommaro (cap. 2) y por Javier Antón Galindo (caps. 4, 5 y 6). Javier Antón Galindo realizó además la corrección del conjunto; Eduardo Rinesi, su revisión técnica final.

© Por la presente introducción: EDITORIAL GORLA 2005  
© 2005 EDITORIAL GORLA

Raúl S. Ortiz 48 1° E

Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1414) - Argentina  
editorialgorla@yahoo.com.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, eléctrico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Derechos reservados  
ISBN 987-22081-1-5  
Impreso en la Argentina  
Printed in Argentine

En él a nuestros profesores de la Universidad de Buenos Aires  
que supieron poner a la sociología en el seno del proyecto  
democrático y formar una nueva generación de sociólogos.

(desde inicios de los años ochenta), hemos podido observar la formación de una politicidad que no corresponde en nada a la esperanza de ver emerger una ciudadanía limpia, pero que representa claramente una tentativa de existir políticamente.<sup>41</sup>

Con buena lógica, las clases populares intentan defender y proteger su mundo de vida por medio de acciones llevadas a cabo sobre el sistema político local. Este punto es tanto más importante cuando un gran número de hogares depende de recursos distribuidos por medio de políticas públicas territorializadas.<sup>42</sup> En ese contexto, las organizaciones sociales locales llevan adelante una acción perfectamente política destinada a influenciar (tanto como se pueda) las políticas de "lucha contra la pobreza" (cf. *infra*, cap. 4). La mayor parte del tiempo, esta acción da como resultado la obtención de algunos beneficios puntuales que no permiten más que paliar la situación. Pero, ¿por qué no pensar que ella pueda evolucionar hacia luchas en las que el horizonte consista en remontar todo lo posible la antidemocrática regresión social de las últimas décadas? Al mismo tiempo, esos mismos vecinos de los barrios populares participan del juego electoral como perfectos ciudadanos. Y allí, como se dice, *cada quien elige lo que le conviene*. Pero hay que ver también que, confrontados a las listas electorales, esos ciudadanos deben decirse "es lo que hay", ya que en general el sistema político no ofrece demasiado en términos de alternativas posibles.

Nueva cultura popular

41 He tenido la oportunidad de observar ese movimiento en un plazo relativamente largo en el trabajo de campo que realicé entre 1987 y 1997 de modo ininterrumpido, y luego de forma intermitente pero regular. Otras observaciones del mismo género, realizadas por Pablo Semán, han puesto en evidencia la formación de lo que él llama una nueva cultura popular, donde la politicidad de los sectores populares no puede separarse de su religiosidad y de la matriz peronista con la cual ellos interpretan la sociedad y la democracia. Semán, Pablo y Miguez, Daniel, "Culture politique et pentecôtisme en Argentine. Spiritualisation de la politique ou politisation de l'Esprit?", en Corten, A. y Mary, A. (eds.), *Imaginaires politiques et pentecôtismes Afrique/Amérique latine*, Karthala, Paris, 2000, pp. 321-41; Semán, Pablo, "Cosmología, holista y relacional: una corriente de la religiosidad popular contemporánea", en *Ciencias Sociales e Religión* N° 3, Porto Alegre, octubre de 2001.

42 Veremos, en el cap. 5, cómo la reformulación de la cuestión social en términos de pobreza se traduce, hacia los años ochenta y noventa, por una reorientación de las políticas sociales a escala local.

## EL NUEVO REPERTORIO DE LA ACCIÓN COLECTIVA: UNA MOVILIZACIÓN DE BASE TERRITORIAL

Desde hace más de veinte años, las clases populares argentinas elaboran nuevas formas de acción colectiva en respuesta a las profundas transformaciones que, desde lo alto de la sociedad, desestructuraron sus mundos de pertenencia. Ocupaciones ilegales de tierras, cortes de ruta, revueltas y saqueos a comercios y a hipermercados se encuentran entre las nuevas manifestaciones que progresivamente modificaron un "repertorio" clásico que giraba masivamente alrededor de los sindicatos y de los partidos.

Tras haber hecho referencia a las tensiones a las que se vio sometida la democracia como consecuencia de la fractura social y a los desafíos que la desafiliación impone a la sociología política, nos proponemos explorar más profundamente estas transformaciones sociopolíticas desde el punto de vista de los sectores populares.

Como hemos visto, desde el año 2000 la opinión pública mostró una cierta sorpresa frente a la creciente movilización social, sorpresa que alcanzó también a las ciencias sociales, tal vez demasiado habituadas a la "pasividad" que se había atribuido a las clases populares durante toda la década de 1990. En este capítulo me propongo responder a dos tipos de preguntas. Por un lado, trataré de dar cuenta de estos cambios en los "repertorios de acción colectiva". ¿Cómo se operan? ¿Cuáles son las características de este nuevo abanico de movilización,

<sup>41</sup> Tilly considera que las personas disponen de una cantidad limitada de medios aceptados para expresar sus reivindicaciones. Este "repertorio" de herramientas para la acción se forjó en luchas anteriores y caracteriza una época. Puede verse así que los repertorios favorecen ciertas luchas frente

sin dudas heterogéneo? ¿Cuáles son los cambios en la sociabilidad de las categorías populares que estas movilizaciones manifiestan? ¿Cuáles son las perspectivas de evolución de estos movimientos sociales y cuál puede ser su impacto sobre la sociedad argentina y su régimen democrático? Por otro lado, intentaré volver sobre esta sorpresa de la opinión pública frente a una movilización que, sin embargo, tenía lugar desde hacía largo tiempo. ¿Cuál es la responsabilidad de las ciencias sociales en la comprensión de una nueva relación con la política de las clases populares argentinas? Tras explorar la manera en la que los intelectuales argentinos piensan la movilización popular, nos dedicaremos aquí a presentar esta movilización a partir de la imagen que ella nos ofrece desde otro punto de vista.

En primer lugar, nos vemos obligados a abandonar cuanto antes una hipótesis basada en una "evidencia" que esconde mal el carácter mecánico de la explicación: enfrentadas a una crisis fatal, las personas se habrían decidido "*por fin*" a salir a la calle. Propongo, en cambio, la hipótesis según la cual las respuestas a estas cuestiones no pueden ser halladas más que sobre la base de un doble registro. Claro está que las nuevas formas de acción colectiva responden a las transformaciones operadas tanto a nivel de la estructura social como a nivel de las modalidades de inscripción social de los sectores populares. Así pues, es necesario tener en cuenta la importancia de la desestabilización radical del modelo de integración social en el que se formaron las identidades populares en Argentina. El primer apartado de este capítulo intenta determinar en qué medida la Argentina de hoy responde a las dinámicas entrelazadas en su pasado.

En segundo lugar, sin embargo, intentaremos no considerar las nuevas formas de movilización colectiva exclusivamente en términos "reactivos", es decir, como una respuesta más o menos compleja a cambios estructurales o a desarrollos históricos. Las nuevas manifestaciones colectivas que pueden observarse entre las clases populares deben ser consideradas en su "positividad", en tanto ellas expresan positivamente no una nación ya desaparecida, sino una sociedad en tiempo presente en la que vive, en gran medida, la Argentina que vendrá.

▶ a ciertos oponentes pero al mismo tiempo restringen otras posibilidades de acción reivindicativa o de protesta. Cf. Tilly, Charles, *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggle*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1986, y *Les révolutions européennes 1492-1992*, Seuil, París, 1993. [Hay versión española: *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, trad.: Juan Faci, Crítica, Barcelona, 1995.]

A continuación presentaremos tres de los principales elementos que caracterizan a las nuevas clases populares: su relación con el Estado y con las instituciones públicas, sus modos de integración fuertemente marcados por una "inscripción territorial"<sup>2</sup> y su matriz cultural, que caracterizaremos como "cosmológica" y "relacional"<sup>3</sup>. Esta caracterización de las clases populares nos permitirá, en el cuarto apartado del capítulo, dar cuenta de su nueva "politicidad", de una nueva forma de política construida en la tensión entre la "urgencia" y el "proyecto" así como en la relación de las clases populares con las tradiciones políticas. En este sentido, retomaremos el hilo del primer capítulo, puesto que esta politicidad no puede ser apreendida por ciencias sociales excesivamente obsesionadas por una concepción de la ciudadanía desprovista de contenido sociológico. Éste es el marco en el que intentaremos visualizar las perspectivas de evolución de los movimientos populares.

## Las clases populares de una Argentina extinguida

Las transformaciones llevadas a cabo en la estructura social son de tal amplitud que han trastocado de forma inédita el mundo popular que la Argentina había conocido desde los años cuarenta. Comprender en la actualidad ese mundo popular obliga a inscribir nuestra visión en el marco de una "problemática histórica de las cuestiones actuales".<sup>4</sup> En otros términos, para volver inteligible nuestro objeto debemos dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿cuándo y cómo se inician los procesos en los que las clases populares se encuentran circunscriptas en el presente? La problemática actual de los sectores populares en Argentina se

▼ <sup>2</sup> Cf. Merklen, Denis, "Le quartier et la barricade. Le local comme lieu de repli et base du rapport au politique dans la révolte populaire en Argentine", en *L'Homme et la société* N° 143-144, L'Harmattan, París, 2002, pp. 143-64. [Hay edición en español: "Sobre la base territorial de la movilización popular y sobre sus huellas en la acción", en *Laboratorio on line*, año IV, N° 16, diciembre de 2004, en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/avbo.htm>.]

<sup>3</sup> Semán, Pablo, "Cosmológica, holista..."

<sup>4</sup> "Si el presente no es sólo contemporáneo, es necesario hacer una historia del presente, es decir reactivar la carga del pasado que se encuentra en el presente. Es necesario entonces hacer algo como una genealogía del presente o una problematización histórica de las cuestiones actuales." Castel, Robert, "Présent et généalogie du présent. Penser le changement d'une forme non évolutionniste", en *Au risque de Foucault*, Centro Pompidou, París, 1997, pp. 161-9.

desarrollo y el nuevo rol del

constituye en el momento en que comienza la desalarización y el retiro masivo del Estado social, con el corolario de una pauperización y una fractura social sin precedentes. El momento emblemático que inaugura este período es el último golpe militar de 1976, pues es entonces cuando se abrió un proceso que sólo se cerraría con la caída del gobierno de Fernando De la Rúa, en diciembre de 2001. Este período de "descomposición" (1976-2001) había sido precedido por un período de "construcción" que se extendió, no sin discontinuidades, a lo largo del siglo XX (hasta 1975), con momentos clave como la salida de la crisis de los años treinta y los dos primeros gobiernos peronistas (1946-52 y 1952-55). Intentaremos identificar las razones de la descomposición.<sup>5</sup>

La catástrofe de una sociedad anteriormente integrada permite ver el carácter radical de las transformaciones operadas: la pobreza alcanza a más del cincuenta por ciento de la población, la proporción de desocupados se multiplicó por cuatro<sup>6</sup> y el número de trabajadores "informales" se volvió superior al número de asalariados formales: a partir de la crisis, la proporción de asalariados "clásicos" no supera el 30% de la población económicamente activa. Todo esto en un país que no había conocido el desempleo masivo y donde la pobreza urbana era estimada en el 3% de la población (en 1970, según la CEPAL). En la actualidad, los ingresos promedio del 10% más rico son 30 veces superiores a los del 10% más pobre (quienes no perciben más que el 1,8% del total de los ingresos), lo cual coloca al país entre los peores sistemas de distribución de la riqueza de la región, junto a Brasil o Chile, y lo aleja cada vez más del grupo de sistemas más equitativos en los que se encontraba, junto a Uruguay y Costa Rica, hasta los años ochenta.

<sup>5</sup> No es nuestra intención hacer aquí una descripción detallada de un período largo y complejo, lo que escaparía al objetivo central de este trabajo. La enumeración de algunos rasgos de la estructura social argentina y de sus evoluciones tiene por objeto dar un sentido preciso a expresiones como "descomposición social" y, en especial, poder comprender un presente que es heredero de dos períodos pasados: el primero, más reciente (1976-2001), a la vez heredero del segundo (1930-40/1976).

<sup>6</sup> La evolución de la desocupación corresponde a las dos fases señaladas: fue inferior a 5% desde los años 1940 hasta los años 1980, alcanza el 7,6% de la población activa en 1989, el 8,6% en 1990, el 13% en 1994 (23% en el caso de los jóvenes de 14 a 24 años) y el 18,4% en 1995. Si sumamos las tasas de desempleo y las de subempleo, obtenemos el 30,1% de la población activa en 1996, lo cual continúa más tarde en aumento, con la recesión de 1998-2002. Bustelo, Eduardo y Minujín, Alberto, "Política social e igualdad", en Bustelo, E. y Minujín, A. (eds.), *Todas entran. Propuestas para sociedades incluyentes*, Unicef/Santillana, Colección "Cuadernos de debate", Bogotá, 1998, p. 67-117.

Dos fenómenos se encuentran en el origen de esta regresión. El primero es el proceso de desindustrialización<sup>7</sup> continuo que atravesó todo el período, con una disminución drástica de los obreros entre las clases populares. El segundo fenómeno se refiere a la reducción del sector público, proceso que se inicia igualmente a partir de 1976 y se acelera en los años noventa con el programa integral de privatización de las empresas públicas y de achique directo del tamaño del Estado. Por un lado, este retiro del Estado provocó una importante reducción del número de funcionarios, lo que amputó drásticamente su presencia de las clases populares; por otro lado, esto último se tradujo en un cambio profundo de la relación de las clases populares con el Estado y con la política. No debe olvidarse que desde el primer peronismo las clases populares se socializaban a través de la relación estrecha que sus organizaciones políticas y sindicales mantenían con el Estado, y que este vínculo tenía un impacto directo sobre la organización de la vida cotidiana de esos "trabajadores"<sup>8</sup>.

Este último mecanismo nos revela la segunda característica de una Argentina que ya no existe o que "ya fue". Con el gobierno de Carlos Menem (1989-1999), la Argentina abandonó definitivamente el modelo de intervención del Estado a través del cual se habían regulado la economía y las relaciones sociales fundamentales. Ese modelo de regulación social había permitido una estabilización de la sociabilidad de las clases populares durante cinco décadas (1940-1989).<sup>9</sup> En primer lugar, esta estabilización de los modos de vida populares es resultado de la extensión de la relación salarial (que abarca a más del 70% de la población económicamente activa desde los años 1940<sup>10</sup>) y, en segundo lugar, refleja la

<sup>7</sup> Schwarzer, Jorge, *La industria que supimos conseguir*, Planeta, Buenos Aires, 1996. Kosakoff, Bernardo y Ramos, Adrián, *Cambios contemporáneos en la estructura industrial argentina (1975-2000)*, UNQ, Buenos Aires, 2001.

<sup>8</sup> Si hubiéramos escrito este libro en los años setenta, no habríamos pensado en comillas o itálicas que relativizan el término "trabajador" y dan cuenta de su carácter de categoría social, política y sociológica. ¿Qué nos lleva a utilizarlas hoy? Veremos el porqué en las páginas siguientes e intentaremos sistematizar una respuesta en el capítulo 6.

<sup>9</sup> Este aspecto del modelo "estadocéntrico" (Cavarozzi) se ve acompañado por el hecho de que durante todo este período el Estado se encontraba en el centro de los conflictos económicos y políticos. Sidicaro, Ricardo, "Los conflictos entre el Estado y los sectores socioeconómicos predominantes en la crisis del régimen conservador (1930-1943)", en Ansaldi, W. et al. (eds.), *Representaciones inconclusas*, Biblos, Buenos Aires, 1996, y *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)*, UBA-Libros del Rojas, Buenos Aires, 2001.

<sup>10</sup> La mayor proporción de asalariados se observa en el censo de 1946 (73,8% de la Población Económicamente Activa). La relación salarial alcanzaba al 71,2% de la PEA en el censo de 1970, pero en 1980 el descenso había comenzado y la tasa caía hasta el 65,9% de los activos.

construcción de un conjunto de protecciones sociales a partir de la intervención de los sindicatos y del Estado; por último, esta estabilización surge de la regulación de las relaciones laborales y de un nivel relativamente elevado de los salarios ("elevado" con respecto a los salarios de hoy y con respecto también al nivel de los salarios de la mayor parte de los países latinoamericanos en esa época).

Los resultados de este sistema de integración marcaron las modalidades de acción colectiva de manera duradera. En primer lugar, el sistema estabilizó los mundos populares de la manera en que acabamos de evocarlos. En segundo lugar, facilitó la identificación del *pueblo* y el *trabajo*, con una receptividad del discurso peronista que organizaba los temas de la dignidad y del reconocimiento social alrededor de la figura del *pueblo trabajador*<sup>11</sup>. Por último, hizo posible un tipo de política en la cual la acción colectiva podía organizarse sobre la base de una estrategia de *conquistas sociales* que podían ser representadas bajo la forma de *derechos adquiridos* y que podían materializarse en las instituciones públicas. Es en esta lucha por *derechos* que el movimiento peronista ocupó un lugar central entre las identidades populares (lo que fue posible mediante el asistencialismo gubernamental, la acción de los sindicatos y el control de diferentes niveles del Estado).<sup>12</sup> Es por estas vías que las clases populares pudieron articular la acción colectiva en un repertorio más o menos unitario en el que era posible combinar una lucha orientada tanto por la conquista de nuevos derechos como por la defensa de los derechos amenazados.

Solamente es posible tal articulación cuando los individuos están inscriptos en un sistema de relaciones sociales estables que les permite pensar el futuro<sup>13</sup> tanto a nivel de las estrategias individuales (en la proyección de una promoción social a través de la escuela o en la protección frente a la vejez o en la enfermedad)



<sup>11</sup> Examinamos las consecuencias de la ruptura de este par en el cap. 5.  
<sup>12</sup> En rigor, las luchas obreras son importantes y comienzan ya a principios del siglo XX. Sin embargo, el reconocimiento masivo de estas luchas por parte del Estado inscribió en la memoria popular el primer gobierno peronista y la participación de Perón en el gobierno de Farrell como primer momento de realización de los derechos sociales. La mitología sostiene así que las conquistas sociales comenzaron sólo a partir de 1945. Más aún, que ellas tuvieron lugar solamente entre 1945 y 1955.

<sup>13</sup> Michèle Leclerc-Olive muestra cómo, desde un punto de vista subjetivo, no es siempre posible pensar el "futuro" desde una posición de precariedad. En efecto, la proyección de los individuos y de los hogares sobre el porvenir requiere ciertas condiciones de estabilidad. Cf. Engrand, Sylvie y Leclerc-Olive, Michèle, "Sortir de la précarité: entre routine et projet", en Billard, I., Debordeaux, D. y Lurol, M. (coords.), *Vivre la précarité. Trajectoires et projets de vie*, Éditions de l'Aube, Paris, 2000.

como a nivel de las estrategias colectivas (cuando la historia política y social podía ser leída como el resultado de las luchas emprendidas). Ésta es la razón por la cual dicha forma de acción colectiva pudo establecerse más allá del peronismo, dejando también su marca en todos los períodos en los que este movimiento no se encontró en el poder (en especial 1955-1973 y 1976-1989), aun cuando guardara su lugar en el corazón identitario de las clases populares.

La descomposición social iniciada en los años setenta se produjo de forma continua, si bien con velocidades diferentes, bajo todos los gobiernos de los últimos veinticinco años. Muy diferentes entre sí, se destacan dos períodos de aceleración extraordinaria bajo los gobiernos de Alfonsín y de Menem. Así, el carácter continuo de la desarticulación del sistema social se encuentra ligado a la contracción del mercado interno, a la desindustrialización y al desmembramiento del Estado. La estructura de protección social se desarticuló puesto que sus prestaciones sufrieron discontinuidades, fueron disminuidas o simplemente suprimidas por la caída de las inversiones públicas, por la decadencia de las obras sociales y su posterior desregulación y privatización, y por la caída abrupta de las tasas de sindicalización. Los efectos conjuntos de estos fenómenos implicaron una desinstitucionalización de la relación salarial y, de manera más general, de las relaciones laborales.

Desde el punto de vista de la acción colectiva, la primera y más importante diferencia entre las clases populares del último siglo y las de la Argentina post-descomposición debe ser buscada sin duda en el papel jugado anteriormente por la constelación sindical. Es necesario hacer notar, en primer lugar, que el sindicalismo constituyó uno de los principales actores de la política argentina y esto, insistamos, desde los inicios del siglo XX hasta 1989.<sup>14</sup> En segundo lugar, debe subrayarse que las estructuras sindicales fueron durante este período uno de los factores más importantes de socialización de las clases populares, en especial a partir del rol que jugaron tanto en la promoción social como en la implantación de protecciones a través del vasto sistema de "obras sociales"



<sup>14</sup> Más allá de las polémicas sobre la existencia de un sindicalismo fuerte antes de la interpelación peronista, es cierto que la extensión del sindicalismo y su articulación con la esfera del Estado se vio consolidada por la asociación política entre el mundo sindical y el peronismo operada de 1943 a 1945. Vale la pena recordar que las "obras sociales" eran sistemas de protección social (enfermedades, accidentes, vacaciones, etc.) administradas por los sindicatos.

(promovidas por el peronismo de 1946 y desarticuladas por el de 1989) que brindaban una cobertura a sus afiliados en dominios que iban desde la enfermedad hasta las vacaciones y el turismo.<sup>15</sup>

Si bien nuestra exposición de este panorama astillado del mundo popular debe ser breve, es esencial posar nuestra mirada en un contexto evolutivo con el objeto de medir el carácter radical de las transformaciones de los años ochenta y noventa. Desde el punto de vista de las subjetividades, estas transformaciones se expresan por una especie de perplejidad ambigua en la que las clases populares parecen oscilar entre la defensa de un *status de trabajadores* al que no quieren renunciar completamente y una fuga hacia adelante en la que se sacrifica la relación laboral y se busca articular nuevas formas de demanda social.

Como veremos enseguida, la movilización social observada en la actualidad se encuentra así tironeada desde el interior por una tensión que conjuga (mal, por el momento) una dimensión de protesta con la lucha por la supervivencia.

### El nuevo repertorio: *asentamiento, piquete, estallido y saqueo*

Las ocupaciones ilegales de tierras (*asentamientos*) seguidas por el desarrollo de un conjunto de organizaciones barriales, los cortes de ruta (*piquetes*), las revueltas populares para exigir la renuncia de las autoridades provinciales o del gobierno nacional (*estallidos*) y el asalto de comercios en las situaciones de crisis económica aguda (*saqueos*) constituyen los componentes de lo que ha sido llamado, siguiendo la conceptualización propuesta por Charles Tilly, un "nuevo repertorio de acción"<sup>16</sup> de las clases populares argentinas.

<sup>15</sup> Es útil recordar que la Argentina fue uno de los países de tasas de sindicalización más elevadas del continente americano, fenómeno asociado sin dudas a la extensión de la relación salarial.

<sup>16</sup> Así, hablan de "nuevo repertorio", por ejemplo, Auyero, Javier, *La protesta. Relatos de la beligerancia popular en la Argentina de los noventa*, UBA-Libros del Rojas, Buenos Aires, 2002, y Farinetti, Marina, "Violencia y risa contra la política en el Santiagueño: Investigación sobre el significado de una rebelión popular", en *Apuntes* N° 6, Buenos Aires, 2000, pp. 77-126, y "Los significados del 'Santiagueño', un estallido social", en *L'Ordinaire latino-américain* N° 188, Toulouse, 2002, pp. 109-17.

### Los asentamientos

Los *asentamientos* fueron uno de los primeros componentes de este nuevo repertorio. Ellos marcaron el puntapié inicial del cambio. Las primeras ocupaciones ilegales de tierras tuvieron lugar en 1981 con la invasión de terrenos en la zona sur del Gran Buenos Aires. El movimiento se extendió luego como una modalidad privilegiada de acceso al hábitat popular puesto que las organizaciones barriales llegaron a jugar un rol importante en la implementación de políticas sociales. Con los *asentamientos* comienza a desarrollarse un vasto movimiento de organizaciones barriales que supera con mucho el marco de las ocupaciones ilegales. En un primer momento, las organizaciones barriales crearon un movimiento de base orientado por el objetivo de la *construcción de un barrio* (es decir, la producción de un hábitat "normal" por oposición a la representación de la *villa*), así como por la promoción de una estructura de solidaridad territorial. Un segundo momento se inicia inmediatamente después cuando las organizaciones "salen" hacia el sistema político para obtener las intervenciones institucionales que permitirían favorecer la realización de un proyecto de inscripción social territorializada (la escuela, la cantina o el dispensario para el barrio) y que al mismo tiempo ayudarían a detener la devastación provocada por el empobrecimiento. Las organizaciones barriales se constituyeron así en una de las bases principales de la participación popular en la creación de una nueva demanda social ya no asociada al mundo del trabajo ni organizada por los sindicatos. Como veremos en la próxima sección, esto fue posible gracias a una reorientación de las políticas sociales llevada a cabo desde 1987. Recordemos, por último, que la mayoría de las organizaciones produjeron en ciertos momentos clave (en especial en los inicios, en su fundación), la promoción de sólidos dispositivos de democracia (directa o indirecta). La gran mayoría de los *asentamientos* vivieron una primera etapa en la que las asambleas, la institucionalización de sus *cuerpos de delegados* y las elecciones de los dirigentes barriales participaron en la construcción de un auténtico espacio público local.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> En casi todos los casos, asimismo, el reconocimiento del Estado y la posterior integración de las organizaciones a la gestión de las políticas sociales se tradujo en un debilitamiento de los mecanismos de participación directa y en la fragmentación de las organizaciones (hasta entonces unificadas a nivel de cada barrio). Hemos analizado este fenómeno en profundidad en dos trabajos: cf. Merklen, Denis, *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Catálogos, Buenos Aires, 1991, e *Inscription territoriale*...

## Los saqueos

Bajo los efectos de la crisis de hiperinflación de 1989 y de la recesión económica y la asfixia financiera y monetaria de 2001, los pobres de las grandes ciudades (en especial de Rosario, Córdoba y el Gran Buenos Aires pero también de otros grandes centros urbanos) *saquearon* supermercados y centros comerciales en busca de alimento.<sup>18</sup> Es bajo esta forma que aparece en el espacio público, en 1989, el estado de carencia en el que se encontraba una cantidad creciente de familias. El hambre hace su entrada en la escena pública por primera vez en las grandes ciudades y se constituye en una amenaza al orden democrático (no obstante, ¿qué es lo que amenaza en mayor medida a la democracia: el saqueo de comercios o el carácter, vuelto insostenible, de un orden económico injusto y de un orden político impotente o indiferente frente a la suerte de una parte de su ciudadanía?).<sup>19</sup> En un primer momento esta situación permaneció asociada a los efectos devastadores de la inflación que los sectores populares vivían como un mal endémico desde hacía treinta años y que, con el estallido de la hiperinflación, licuó sus medios de vida así como los de los sectores medios.<sup>20</sup> El control de la inflación con el "*plan de convertibilidad*"<sup>21</sup> en 1991 alejaría este peligro con un mejoramiento real de las condiciones de vida y con la disminución de la indignación durante los cuatro primeros años del programa. Sin embargo, estas escenas de pillaje de comercios se reproducirían aún con mayor magnitud en 2001, cuando cuatro años consecutivos de recesión pondrían una vez más en evidencia la

<sup>18</sup> Para una descripción de los primeros saqueos en la crisis hiperinflacionaria de 1989, cf. Prévôt Schapira, Marie-France, "Pauvreté, crise urbaine et émeutes de la faim dans le Grand Buenos Aires", en *Problèmes de l'Amérique latine* N° 95, Paris, 1990.

<sup>19</sup> En 1983, al final del régimen militar, la prensa publicó fotos de niños víctimas de la desnutrición hospitalizados en Tucumán. Es la prueba dada en ese momento de las consecuencias sociales de la política económica de la dictadura. Sin embargo, la localización de este fenómeno en una provincia "lejana" del noroeste limitó el impacto político del acontecimiento. El carácter masivo del empobrecimiento se expresó por primera vez en 1989 en plena crisis hiperinflacionaria.

<sup>20</sup> Sigal, Silvia y Kessler, Gabriel, "Comportements et représentations face à la situation de dislocation des régulations sociales: l'hyperinflation en Argentine", en *Cultures & Conflicts* N° 24/25, invierno-primavera de 1996-1997.

<sup>21</sup> "Convertibilidad" es el nombre dado a la política monetaria asociada a una estrategia de "currency board" puesta en práctica en 1991 por el gobierno de Carlos Menem. De manera más general, se llama así al conjunto de la política económica del período menemista (1989-1999), centrada en esta estrategia monetaria pero también en la apertura de los mercados, con un vasto programa de privatización y de desregulación de las relaciones salariales.

incapacidad del Estado para dar una respuesta eficaz; así como la de los sindicatos, que no podían más que mirar de lejos cómo las clases populares se movían por fuera de su campo de influencia.

## Los estallidos

A partir de 1992, un episodio de nuevo tipo colocaría a las clases populares en la escena pública. Verdaderas revueltas populares provocarían la destitución de los gobiernos de las provincias de Jujuy, Salta, Santiago del Estero y Corrientes, dando una visión anticipatoria de la suerte que correría el gobierno de Fernando De la Rúa en diciembre de 2001.<sup>22</sup> Como lo muestra Marina Farinetti, estos episodios de revuelta en los que la representación política fue el primer blanco de la ira popular (con el saqueo, robo e incendio de los edificios de los poderes públicos—ejecutivo, legislativo y judicial—, así como de las residencias particulares de diversas autoridades), se explican por una combinación compleja de crisis de las administraciones públicas y de "economía moral de las masas", según la conocida fórmula de E. P. Thompson. En muchos casos precedida de varios meses de salarios impagos al personal estatal, la revuelta reunió una parte importante de la población que ya no estaba dispuesta a tolerar su suerte frente a la exhibición de una corrupción generalizada e impune, resultado de sistemas de gobierno en general marcados por el nepotismo de familias locales. No es tanto la miseria o la crisis económica lo que provoca la *explosión* de la sociedad civil sino la incapacidad, la negligencia o la indiferencia del poder frente a esta situación.

## Los piquetes

Hacia el mes de junio de 1996, en dos pequeñas ciudades petroleras de la provincia de Neuquén (Plaza Huincul y Cutral-Co) entra en escena lo que sería

<sup>22</sup> Sobre esta modalidad de acción colectiva, véase el remarcable análisis realizado por Marina Farinetti sobre el *santiagueño*, la revuelta de la provincia de Santiago del Estero en 1992: Farinetti, Marina, "Violencia y risa..." y "Los significados del..."



considerado cinco años más tarde una de las principales modalidades de la acción colectiva de las clases populares argentinas: el *piquete*. Frente a la amenaza de cierre de los pozos petroleros a partir de la privatización de la empresa estatal YPF, los habitantes cortaron la ruta que atraviesa esos pueblos (y que une las ciudades de Neuquén y Zapala) para exigir una solución a su suerte. El corte duró varios días y los *piqueteros* debieron enfrentar a la gendarmería antes de poder negociar, primero con un juez y luego con las autoridades. Este método fue retomado algunos meses más tarde en otra ciudad petrolera igualmente amenazada, esta vez en el norte del país, en la provincia de Salta: General Mosconi. En los años que siguieron, el *piquete* se transformó en un método extendido sobre todo el territorio como forma de protesta adaptada a las nuevas condiciones sociales. Un punto de inflexión se produciría en el año 2000 cuando un *piquete* cortó durante un mes la ruta nacional 3 a la altura de La Matanza, el distrito más grande del Gran Buenos Aires.<sup>23</sup> El episodio es importante puesto que a partir de ese momento el método se consolidó como forma de acción y porque se produjo el reforzamiento de un grupo de organizaciones identificadas como *piqueteras*. ¿Qué es lo que se encuentra en el origen de este cambio? Los *piqueteros* llegaron a constituirse en gestores de políticas sociales, en un actor de peso sobre arenas públicas locales y nacionales, y en una de las voces de mayor resonancia en el espacio público.

Desde entonces, estas organizaciones administrarían una parte importante de los planes *Trabajar*, una prestación que el gobierno entrega a los desocupados a cambio de un trabajo comunitario (en el marco de un programa cofinanciado por el Banco Mundial<sup>24</sup>). Este reconocimiento de la militancia *piquetera* constituye una innovación política importante, ya que a partir de entonces orientaría todas las luchas: participar de una organización de *piqueteros*, y en especial de una de

los cientos de asociaciones barriales que forman parte de esos movimientos, es reconocido por el Estado como un trabajo de interés comunitario. A partir de entonces, el reconocimiento de las nuevas organizaciones como actores sociales se convirtió en un hecho instalado en la opinión pública. Madurado durante diez años gracias al trabajo de las organizaciones de base territorial, el nuevo juego político en el que las organizaciones populares toman parte activa comenzaba así a consolidarse hacia fines de los años noventa.

## Las claves del nuevo repertorio: inscripción territorial y políticas sociales

¿Qué es lo que nos autoriza a unificar estas formas dispersas de movilización bajo la etiqueta de un repertorio? Aun cuando la noción de "nuevo repertorio" haya sido esbozada, sus usos habituales en la literatura sobre la Argentina realizan sólo una constatación empírica del hecho de que nuevas formas de acción se agregan a la acción de los viejos sindicatos o la reemplazan, sin que una conceptualización permita comprender por qué esas acciones constituyen un repertorio y no un simple inventario. Querría proponer aquí algunos elementos de respuesta a la cuestión del repertorio. Más allá de los aspectos que las diferencian, estas acciones encuentran su unidad parcial en algunos atributos comunes de las nuevas clases populares, en especial en las relaciones que las constituyen y en la orientación de las acciones que ellas realizan.

### Desafiliación y políticas sociales

Un primer elemento común puede ser observado en la evolución que articula históricamente los efectos de la desafiliación social con las nuevas políticas sociales. Durante los años 1980 y 1990, las movilizaciones populares evolucionaron al combinar, de manera heteróclita, dos orientaciones. En un primer momento, las demandas se dirigían a la restauración de las "*conquisitas sociales*" perdidas o bajo amenaza (se reclamaba el aumento de salarios, la defensa de los empleos y de las protecciones sociales, con una acción social todavía en manos de los sindicatos, aun cuando éstos se encontraran en una estrategia de repliegue). O,

<sup>23</sup> Con 1,2 millones de habitantes, La Matanza presenta la concentración de población pobre más grande del país, más del 10% de la población del conurbano y 4% de la población total del país. Históricamente gobernado por el peronismo, este distrito concentra un número importante de fábricas y de talleres que alimentaron la formación de una clase obrera importante. Sin embargo, nada queda de las tradicionales plantas industriales. Entre las grandes fábricas, las más importantes eran la de Volkswagen, Chrysler, Borgward y M.A.N. en la rama automotriz, Textil Oeste en la textil, Klia en la producción de máquinas agrícolas, Yelmo en la de electrodomésticos y Santa Rosa y la Vaskonia en la metalúrgica. Todas estas fábricas cerraron entre 1990 y 2001. La única que persiste es Federal, vieja fábrica de jabones recientemente mudada de los bordes de la Capital hacia el interior del distrito.

<sup>24</sup> Estos subsidios fueron reemplazados por los *Jefes y Jefas de hogar*, de características similares pero enteramente financiados por el Estado.

mejor dicho, las luchas sociales se orientaron hacia la defensa de un orden social fuertemente amenazado y desestabilizado, lo que afectaba directamente, no sólo el modo de vida de la mayoría de los asalariados, sino también las condiciones fundamentales del ejercicio de la ciudadanía.

En un segundo momento, una vez que la situación se estabilizó bajo la forma de una nueva cuestión social alrededor del empobrecimiento, de la precarización de las relaciones laborales y del desempleo masivo, las luchas populares se dirigieron a la adquisición de prestaciones sociales ligadas a la asistencia. Las políticas sociales se volvieron vitales y se constituyeron en el objeto privilegiado de las movilizaciones. Hacia fines de los años noventa, la regresión social aparecía como irreversible a los ojos de un sector creciente de las clases populares. En virtud de esta constatación, la degradación de las condiciones de vida impulsó entonces una lucha por la supervivencia en la que las políticas sociales cumplían un papel cada vez más importante.

? El Estado acompañó este movimiento a través de la reorientación de las políticas sociales. Esta estrategia fue inaugurada por el "Plan Alimentario Nacional" (PAN) dispuesto por el gobierno de Raúl Alfonsín desde 1985<sup>25</sup> y encontraría una elaboración más acabada con una iniciativa de "participación", de incorporación activa de las organizaciones de base territorial en la puesta en marcha de las políticas sociales, estrategia desarrollada por el peronismo en la provincia de Buenos Aires y en las municipalidades del conurbano (Moreno, Lomas de Zamora). Esta política, que podría calificarse como de "asistencia participativa", se consolidó con la llegada de Antonio Cafiero a la gobernación de la provincia, también en 1987, y se extendió poco después a nivel nacional (descentralizada hacia las provincias y los municipios), en especial por la acción del gobierno de Carlos Menem en el curso de los años 1990. Esta reorientación de las políticas sociales abrió nuevas posibilidades de movilización que escapaban a los sindicatos. El Estado encontró a través de ella y con ella un interlocutor privilegiado en las organizaciones barriales, al mismo tiempo que contribuía a la consolidación de

<sup>25</sup> Puede notarse que, más allá de esta iniciativa del PAN, el radicalismo no supo establecer un vínculo a través de este tipo de política pública, y de esta forma se coartó la posibilidad de construir una relación con los sectores populares. Cf. Prévôt Schapira; Marie-France, "Du Welfare à l'assistance: la décentralisation de l'intervention sociale en Argentine", en *Cahiers des Amériques latines* N° 15, Paris, 1994, pp. 29-50.

este nuevo actor social. De este lazo entre el Estado (reformado) y las nuevas organizaciones barriales, lazo social y político territorializado, se nutrirían más tarde los piqueteros.

Sin embargo, desde 1995, al mismo tiempo que esta estrategia se desarrollaba, sus efectos eran limitados a causa de las consecuencias cada vez más negativas del orden social engendrado por las reformas económicas guiadas por la *Convertibilidad* y su programa de ajuste estructural. A partir de ese momento, la evolución de la relación entre políticas sociales y clases populares siguió una dinámica paradójica: en la medida en que las políticas de asistencia adquirían una importancia creciente en el presupuesto de los hogares pobres, cada vez más numerosos y cada vez más privados de otras alternativas para completar sus ingresos, el Estado veía limitada la base de recursos financieros que podía destinar a esas prestaciones.<sup>26</sup>

En este contexto, las políticas sociales comenzaron a ocupar la mayor parte de las energías de la movilización colectiva. Ya no se estaba en presencia del *pueblo trabajador* que durante décadas se había organizado alrededor de su inscripción salarial. Las clases populares actuaban entonces en función de su fragilidad, de la escasez de medios de existencia y de la falta de reconocimiento, pero se organizaban también en función de los recursos que el Estado ponía disponibles a la movilización. Los "derechos" comenzaron así a encontrar un nuevo lugar en la politicidad de los sectores populares, y con este proceso, inevitablemente, las organizaciones capaces de establecer una nueva relación con la política fueron otras. Desde este punto de vista, el círculo vicioso por el que, cuanto más dependientes de la asistencia se volvían los pobres, más disminuían los recursos, de los que disponía el Estado, puede ser visto desde otra óptica: este círculo giraba entonces en el sentido contrario. Paradójicamente, cuanto más restringidos eran los rendimientos del sistema político, más indispensables se volvían en los barrios pobres. La espiral de la dependencia avanzaba así sobre la base de recursos cada vez más escasos.

Así, mientras los chicos de un barrio de Florencio Varela comen en el "comedor comunitario", un militante del movimiento piquetero MTD Aníbal Verón explica:

<sup>26</sup> Aun cuando los montos destinados a las políticas de asistencia social aumentaron (lo cual es el caso hasta 1998), se revelaban crecientemente ineficaces debido a la desinversión en el conjunto del sector público y por tanto a la desestructuración del sistema de protección social ya evocada.

"¿Qué hace un piquetero cuando no está en el piquete? Y... va a trabajar todos los días en el comedor comunitario y participa en la panadería comunitaria [...] Acá la mayoría de la gente tiene como ocho hijos, así que es imposible darles de comer o vestirlos. Entonces, es una manera de enfrentar la crisis. [...] Es por eso que los comedores funcionan, es una necesidad real de la gente. Es el único medio de darles algo de comer a los pibes. La ayuda que nos da el gobierno es insuficiente. Ellos nos mandan mercaderías cada quince o veinte días... Y cuando no hay más, salimos a cortar la calle. Es por eso que estamos todo el tiempo en la calle."<sup>27</sup>

### Un universo organizacional heterogéneo

Un segundo elemento unificador de las experiencias populares se encuentra paradójicamente en su carácter heterogéneo, en que la diversidad de experiencias no puede ser aprehendida sólo a partir de la dimensión económica. La "heterogeneidad social de las pobreza"<sup>28</sup> se explica, por un lado, por la multiplicidad de trayectorias: en el mismo territorio de pobreza se encuentran tanto quienes viven en una villa desde hace cuatro generaciones como los habitantes de un *asentamiento* vecino que se vio recientemente en la necesidad de ocupar tierras ilegalmente.

Más allá de esto, la heterogeneidad se explica por la multiplicidad de pertenencias en las que se encuentran inscriptos los individuos, lo cual se va volviendo más y más significativo que el carácter (residual) de las trayectorias a

<sup>27</sup> Este testimonio abre un interrogante que hacemos nuestro y que es también una de las preguntas centrales respecto de la posible evolución política de la movilización. ¿Cómo interpretar esta situación? ¿Es un ejemplo de la situación de dependencia frente al Estado, situación que éste controla mejor en la medida en que el empobrecimiento aumenta? O, al contrario, ¿es una prueba del aumento de la capacidad de movilización de las clases populares y de la construcción progresiva de un "actor" frente al Estado? Volveremos sobre estas preguntas.

<sup>28</sup> Miguel Murmis y Silvio Feldman habían llamado la atención tempranamente sobre el riesgo de homogeneizar la situación social de los sectores populares bajo la noción de pobreza, riesgo claramente presente en las primeras publicaciones sobre la pobreza en la Argentina. Cf. Murmis, Miguel y Feldman, Silvio, "La heterogeneidad social de las pobreza", en Minujín, A. et al., *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1992, pp. 45-92.

medida que el tiempo pasa para los individuos y para la sociedad. Los distritos populares del conurbano son al mismo tiempo tierra de múltiples organizaciones barriales, parroquias, iglesias pentecostales, centros de salud o escuelas, *manzanas*<sup>29</sup>, diferentes ONG, agrupaciones diversas formadas alrededor de equipos de fútbol, de la música, de la droga y de fracciones políticas, no solamente peronistas. Cada uno de estos grupos participa de dinámicas específicas con reglas y recursos propios, lo cual mirado con una excesiva exterioridad es imposible de unificar.<sup>30</sup>

### La inscripción territorial

Esta trama social compleja no puede estructurarse más que a nivel local, y configura lo que proponemos llamar "la inscripción territorial"<sup>31</sup> de las clases populares, que es el tercer elemento común a ellas. Desde comienzos de los años ochenta, y en especial a partir de los años noventa, se desarrollaron episodios de cooperación, movilización y protesta colectivas que encontraban su centro organizativo en el barrio. Esta figura de lo local se convirtió progresivamente en el principal componente de la inscripción social de una masa creciente de individuos y de familias que no pueden definir su *status* social ni organizar la reproducción de su vida cotidiana exclusivamente a partir de los frutos del trabajo. El proceso de "desafiliación"<sup>32</sup> que alcanzó a esta parte importante de las clases populares compuesta mayoritariamente por hogares jóvenes encuentra un sustituto (que no es casi más que un parche) de reafiliación en la inscripción territorial.

<sup>29</sup> Las *manzanas* son delegadas de manzana de un programa de asistencia lanzado por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, en 1994. Son alrededor de 30.000 mujeres que distribuyen la ayuda alimentaria en 2.400 barrios del conurbano. El programa recibía 200 millones de dólares por año.

<sup>30</sup> Es con esta "exterioridad" que las ciencias sociales observaron las clases populares en Argentina en los últimos veinte años. Volveré sobre este punto en la última sección del capítulo.

<sup>31</sup> Merklen, Denis, *Inscripción territorial*...

<sup>32</sup> Retomamos aquí el concepto desarrollado por Robert Castel en su significación más general, a la vez como descomposición de un sistema de integración social (desde el punto de vista societal) y como pérdida de las inscripciones colectivas (desde el punto de vista de los trabajadores o de los individuos). Castel, Robert, *Les métamorphoses de la question social. Un chronique du salariat*, Fayard, París, 1995. [Hay traducción al español: *Las metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires, 1997.]

Un hogar de un barrio pobre del Gran Buenos Aires no vive más que parcialmente de los ingresos del jefe de hogar y del de los demás miembros activos de la familia. A esto agrega los recursos provenientes de las políticas sociales bajo la forma de dinero o especies (leche, alimentos, medicamentos, chapas o vestimentas), a los que se accede gracias a la inscripción en estructuras de vecinazgo, en las cuales todo es objeto de intercambio. Existen además las actividades informales e ilegales más diversas (*changas*, limosnas, limpieza de parabrasis en los semáforos, robos o tráfico de varios).<sup>33</sup>

Las familias logran "*redondear*" sus ingresos precisamente en el barrio. Sobre esta base, participan en la vida política a través de organizaciones barriales que se muestran cada vez más eficaces para obtener beneficios de las nuevas políticas sociales. Los barrios se constituyen de esta forma en lugares de valorización social, por la cuota de prestigio (o de estigma) que aporta cada uno. La multiplicación de las afiliaciones a nivel local funciona como un seguro social de múltiples dimensiones que permite a los individuos hacer frente a los riesgos de un presente permanente. Este presente se estabiliza en la construcción de una solidaridad social estructurada localmente, en la que los círculos de pertenencia se entrecruzan como los conjuntos en un diagrama de Wenn, y en el cual los intercambios se organizan bajo la forma de una "sociedad de racimos" donde los granos aparentemente aislados se encuentran ligados por fuertes pedúnculos.<sup>34</sup> Por último, es por esta vía de lo local que los individuos y las familias entran en relación con las instituciones públicas (la escuela, los servicios públicos, las políticas sociales), lo cual significa una transformación mayor en las formas hasta entonces comunes de socialización y de ciudadanía.

Dicho esto, es necesario saber que esta multiplicación de las afiliaciones no debe ser comprendida como el resultado de una sociabilidad caótica y aun menos como el producto de una racionalidad incoherente o anómica, sino como la producción de una forma específica de solidaridad y de normatividad. En este sentido, la densidad del territorio local en la ciudad permite a las clases populares escapar parcialmente al

*tiempo*

<sup>33</sup> He realizado una descripción de las lógicas de movilización que organizan estas estrategias a través de la metáfora de la "lógica del cazador". Cf. Merklen, Denis, "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador", en Svampa, M. (ed.), *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000, pp. 81-119.

<sup>34</sup> La imagen ha sido acuñada por Ndione, Emmanuel, *Dakar, une société en grappe*, Khartala-Enda Graf, Paris-Dakar, 1993 (1ª ed.: 1987). En este punto, los barrios pobres de la Argentina no se distinguen en nada de los de otras sociedades en las cuales ni las instituciones ni el mercado son suficientes para la reproducción social de los sectores populares.

riesgo de no constituir más que "un saco de patatas" (según la célebre metáfora empleada por Marx para describir el campesinado francés del siglo XIX), es decir, un conjunto social conformado por elementos que no comparten ningún vínculo entre ellos.

Desde siempre, la ciudad ha constituido un recurso importante para aquellos sectores de las clases populares desprotegidos y con salarios insuficientes. Familias de obreros, marginales, informales, pobres o desocupados, han sabido hacer de la ciudad una fuente importante de recursos y protecciones.

### La cultura popular

Finalmente, esta recomposición de los mundos populares constituye un aspecto importante de la producción cultural que puede observarse a nivel barrial. La expresión más clara de esta dimensión se encuentra en la nueva y prolífica producción simbólica, puesto que en ella puede observarse cómo se construye positivamente (y no sólo como acción reflejo de la crisis) el complejo y nuevo mundo popular argentino. Es el caso de la difusión de la nueva religiosidad, marcada entre otras cosas por la proliferación del pentecostalismo y en especial por la renovación de las prácticas católicas. Como lo ha señalado Pablo Semán, esta nueva religiosidad participa de la configuración de una matriz cultural "cosmológica" y "relacional"<sup>35</sup> y se manifiesta en un primer atisbo por el desarrollo de una multiplicidad de sincretismos a través de los cuales las pertenencias y las prácticas religiosas se articulan en un juego de reinterpretación recíproca con el rock, con la *bailanta* y con formas tradicionales de la política, como el peronismo.<sup>36</sup> El carácter relacional de la cultura popular se percibe a través de la prioridad que otorga al colectivo (la familia ocupa el primer lugar, los otros círculos vienen después) sobre el que se erigen los individuos.<sup>37</sup> Estas matrices simbólicas permiten reordenar el mundo

<sup>35</sup> Según los desarrollos de Pablo Semán, esta matriz es en realidad, además de "cosmológica y relacional", "holista", en el sentido de que permite la armonización de principios y de valores diversos, la integración de fenómenos "físicos y morales" y la prioridad del colectivo sobre los individuos. Centro aquí mi argumento sobre dos de estas características. Cf. Semán, "Cosmológica, holista y...".

<sup>36</sup> Semán, Pablo y Míguez, Daniel, *op. cit.*

<sup>37</sup> Tenemos aquí una pequeña divergencia con la evaluación que Pablo Semán hace de la cultura popular en relación con el individuo. Según él, existiría tal prioridad de lo colectivo sobre el individuo, que este último tendría dificultades para emerger. Volveremos sobre este punto en los dos últimos capítulos.

en un sistema de jerarquías más adaptadas (es su aspecto cosmológico) y dar un sentido aprehensible a la multiplicación de las prácticas relacionales.

## Las organizaciones de base territorial en la nueva relación con la política

Esta transformación en la sociabilidad de las clases populares fue rápidamente percibida por el Estado, que impulsó sin demora, desde 1985-87, una reorientación de las políticas sociales, entre las cuales resultaron más exitosas aquellas que tomaron en cuenta la participación de las organizaciones de base territorial. En este sentido, sectores de la Iglesia católica aparecen como el otro gran actor que comprendió esta transformación en la politicidad de las clases populares, en especial en su anclaje territorial. Es así como los "curas de base", las capillas y las comunidades eclesiales de base se encuentran presentes en casi todos los rincones de casi todos los barrios, proveyendo una buena parte de los militantes y de las orientaciones políticas.<sup>38</sup>

Es precisamente en esta brecha abierta a nivel barrial donde comienzan a engendrarse algunos de los procesos de movilización que se desarrollaron a partir de la segunda mitad de los años noventa. Hacia 1996, uno de los principales dirigentes de los *asentamientos*, Luis D'Elía, se afilió a una escisión renovadora de la central obrera (la Central de los Trabajadores Argentinos, CTA<sup>39</sup>) y, al crear la Federación de Tierra y Vivienda (FTV<sup>40</sup>), inició una acción destinada a incorporar la dimensión

<sup>38</sup> No trataremos aquí este aspecto en detalle, que ya hemos analizado en otra parte (Merklen, Denis, *Asentamientos en... e Inscription territoriale...*). Es necesario decir, por otra parte, que no se ha realizado ningún estudio en profundidad sobre el rol de la Iglesia católica y su presencia en los barrios (los trabajos que se acercan más al tema son los de Pablo Semán, que tratan sobre la religiosidad de las clases populares pero en especial a través de un trabajo de campo sobre las iglesias pentecostales). Un estudio profundo de esta presencia de la Iglesia en el movimiento popular es un trabajo que queda por hacer.

<sup>39</sup> La CTA reúne sobre todo a los sindicatos de empleados públicos y de la educación nacional. Esta central representaba el ala "progresista" de la tradicional CGT hacia fines de los años 1980. Se propone mantener la independencia política (la CGT forma parte del movimiento peronista desde los años 1940) y se opone a la ofensiva neoliberal.

<sup>40</sup> La FTV es la más pujante de las experiencias salidas del trabajo militante llevado a cabo en los barrios a partir de los *asentamientos* de los años 1980 y 1990. Este grupo se desarrolla en el marco de un vínculo importante (aunque conflictivo y no orgánico) con un número significativo de militantes cercanos a los curas herederos de los preceptos del Concilio Vaticano II y de las teologías de la izquierda latinoamericana. En la actualidad, la FTV forma parte de la CTA en tanto que "sindicato territorial".

territorial en las estrategias sindicales, lo que se unía a una búsqueda hasta ahora infructuosa por parte de los dirigentes sindicales de una vía de organización de todos los que han quedado fuera del mundo del trabajo.<sup>41</sup> Con una evolución similar, otro dirigente barrial importante, también proveniente de los *asentamientos* de La Matanza, Juan Carlos Alderete, se integró a otra corriente sindical (la Corriente Clasista y Combativa, CCC<sup>42</sup>). Aun cuando poseyera menor representatividad, esta corriente aparecía en la arena pública como uno de los principales voceros de las demandas de *trabajo*, haciendo de la desocupación el centro de sus acciones. Como ya ha sido señalado, en noviembre del año 2000 se organizó un *piquete* que cortó durante un mes la importante ruta 3 a la altura del distrito de La Matanza. Los dos dirigentes mencionados estuvieron en el origen de este movimiento que concluyó con una asamblea de grupos de *piqueteros*, y no es por azar que los dos hayan encontrado sus mejores armas y el grueso de sus bases de apoyo en este populoso distrito del oeste del conurbano bonaerense. Los resultados inmediatos de esta acción fueron el reconocimiento de las que en adelante serían llamadas "*organizaciones piqueteras*" como actores legítimos de la gestión de las políticas sociales y la unificación de la mayor parte de las organizaciones barriales alrededor de estos dos líderes, que se convirtieron así en importantes voces del espacio público.

Los *estallidos*, las revueltas y los *saqueos* se desarrollan sobre estas estructuras organizacionales complejas, que combinan lo que queda de los sindicatos, de los partidos y de las iglesias con grupos de base territorial de un modo que puede parecer sorprendente para un observador externo (ya se trate de un sociólogo o de un periodista), simplemente porque la relación de exterioridad que se tiene con las clases populares (la situación de "extranjero", en el sentido que Georg Simmel ha dado a este término) impide observar esos mundos locales hasta el momento en que afloran a la superficie de un espacio público sordo a las manifestaciones de quienes ya tenían la cabeza bajo el agua desde hacía más de

<sup>41</sup> Ésta fue una de las inquietudes mayores de Germán Abdala, líder fundador de la CTA. Cf. Murnis, Miguel, ponencia para el coloquio "Penser les dilemmes de l'Argentine contemporaine", IJCAU/Sorbonne Nouvelle, París, mayo de 2001. Debe recordarse aquí que el militanismo de izquierda (de inspiración católica, marxista o peronista, y sus expresiones sincréticas) tuvo un componente "*basista*" que buscó en el trabajo barrial de las *villas* una fuente de acción, corriente importante en los años sesenta y setenta. Aunque el "*basismo*" puede ser visto como un antecedente de la territorialización de la política, esta estrategia no sería sino "*marginal*" hasta la segunda mitad de los años ochenta.

<sup>42</sup> La CCC une una nueva central obrera con fuerte implantación en ciertas provincias del noroeste y las organizaciones barriales del conurbano bonaerense surgidas de la experiencia de los *asentamientos*. Se encuentra ligada al Partido Comunista Revolucionario, de inspiración maoísta.

una década. Esta exterioridad, y la imposibilidad de observar que le está asociada, se encuentra estrechamente ligada a la concepción restringida de la política que examinamos en el capítulo 1.

El desarrollo de las *organizaciones piqueteras* y la apropiación de la metodología del *piquete* por parte de cientos de organizaciones barriales de diversos suburbios de la Argentina hicieron visible y audible a nivel nacional una nueva política que se desarrollaba territorialmente desde hacía largo tiempo. El desarrollo de las *organizaciones piqueteras*, que comenzaron a manejar partes importantes de la asistencia social y a articularse como verdaderas redes en el territorio nacional, permite conjugar los sustantivos de la acción colectiva como los verbos de un mismo repertorio: la ocupación de tierras y las organizaciones barriales buscan promover una solidaridad local y comunicarse con el sistema político; los *estallidos* intentan decir *¡basta!* y restablecer los límites morales frente a la corrupción, al disfuncionamiento político y los nepotismos múltiples; los *saqueos* constituyen una explosión de rabia y una manifestación invertida de la fractura social; el *piquete*, por último, procura dar expresión a una existencia social reprimida y articular una nueva demanda social en la cual se buscaba establecer un vínculo de nuevo tipo con el Estado.

No es por azar, entonces, que la acción de base territorial haya sido la cuna de los principales dirigentes del "*movimiento piquetero*": la lucha por el "derecho a la ciudad" y por las políticas sociales los había preparado lo mejor posible para luchar en las nuevas condiciones sociales y frente al nuevo Estado que encontrarían como interlocutor. Tres rasgos comunes identifican el *piquete*, el *estallido* y el *saqueo*: la exterioridad respecto de las relaciones salariales clásicas, el anclaje territorial y una nueva relación con el Estado, basada en el conflicto por la distribución de una ayuda social cuyos recursos son tan indispensables como escasos e insuficientes.

## La ciudadanía frente al desafío de la supervivencia

Podemos ahora identificar dos tendencias –que no son mutuamente excluyentes– en la evolución ulterior de estos movimientos. Es necesario insistir sobre el hecho de que las movilizaciones encuentran su marco de orientación en el contexto más amplio de las estrategias de supervivencia, como un elemento más en la serie heterogénea e inestable de herramientas utilizadas por una familia.

Este aspecto es importante puesto que permite aprehender mejor la tensión en la que se encuentra la acción colectiva, en el marco de una articulación entre los términos de "urgencia" y de "proyecto". Escapamos así a la alternativa errónea en la que se tiende a emplazar la relación de las clases populares con lo político: ciudadanía *versus* clientelismo. Cuando la movilización es conducida por organizaciones que perduran, estables, éstas se ven enfrentadas a la doble exigencia de construir un proyecto colectivo capaz de guiar las acciones y de organizar sus bases y de responder a la urgencia producida por el agravamiento cíclico de las condiciones de miseria y por el hecho de que la reproducción de lo cotidiano depende de los recursos controlados por el sistema político. En la posibilidad o imposibilidad de encontrar una solución a esta tensión se juega la evolución de los movimientos sociales.

Así pueden comprenderse mejor las dos tendencias que se han perfilado recientemente en el seno de la movilización de los *piqueteros*, en tanto éstas expresan la tensión que aquí discutimos. Por un lado, existe un conjunto de organizaciones que emergen hacia fines de los años noventa, más o menos directamente ligadas a los partidos de la izquierda marxista más tradicional o a otras variantes de la izquierda (peronista, por ejemplo, o simbólicamente ligada a los movimientos guerrilleros de los años sesenta<sup>43</sup>), a las que se les suman una constelación de pequeños grupos autónomos no ligados a ningún partido político. Este primer conjunto es claramente minoritario en el seno del movimiento social y mantiene su anclaje principal en algunos distritos de la zona sur del conurbano y en algunos barrios de la capital, así como en las provincias del noroeste del país (en especial en Salta). Esta vertiente está compuesta por múltiples pequeños grupos no unificados en una sola organización y con poca influencia sobre el resto del país (algunas encuestas les atribuyen cerca del 10% de las personas movilizadas en los *piquetes*<sup>44</sup>).

<sup>43</sup> Entre las formaciones activas, puede citarse el Partido Comunista o el Partido Obrero –trotskista– (entre las fuerzas políticas más antiguas); la Corriente Patria Libre o Quebracho se encuentran entre los nuevos grupos de izquierda herederos de organizaciones que responden a las más diversas tradiciones políticas, algunas de cuyas características son la radicalidad, el "basismo" y el rechazo en bloque del sistema político. Ninguno de estos partidos tiene representación parlamentaria y, excepto el PC, no la han tenido nunca. Esta breve enumeración alcanza para mostrar que el agrupamiento que aquí realizamos es artificial y que los grupos presentan importantes diferencias entre ellos.

<sup>44</sup> Véase, por ejemplo, el relevamiento realizado por el diario *Clarín*, publicado del 1 al 4 de septiembre de 2002.

En general, estos grupos articulan en su movilización una lógica de la "protesta" con una lógica de confrontación con el Estado y con la clase política en su conjunto. Hasta la elección de Néstor Kirchner como presidente, adhirieron a la demanda de "que se vayan todos"<sup>45</sup>. Su capacidad de movilización aumenta en los momentos más agudos de las crisis, que pueden evocar para ciertos militantes la imagen de una situación "prerrevolucionaria". En estas situaciones, la falta de una salida política a los conflictos predispone frecuentemente a los militantes y a sus bases a realizar acciones de confrontación violenta con la policía. En el contexto de deterioro político, su rol fue importante, puesto que el crecimiento de sus posibilidades de movilización contribuyó a la radicalización de otras organizaciones.<sup>46</sup>

Por otro lado, aparece un grupo más importante, menos disperso e ideológicamente más independiente, cuya acción parece orientarse hacia la articulación de una nueva demanda social. Es la vertiente ligada a la CTA, representada por la FTV y por la CCC. Este conglomerado obtiene así una importante representación en una buena parte del territorio nacional, con un anclaje fuerte en el oeste del Gran Buenos Aires. Este grupo es el único capaz de participar en una alianza política que trascienda el corte resultante de la fractura social (que las acciones del otro conglomerado tienden a perennizar). Esta predisposición, visible claramente ya en 2001, dio lugar al acercamiento con el gobierno de Kirchner desde su elección en 2003 (con un grado de proximidad más importante en el caso de la FTV).

En las dos vertientes se entrelazan organizaciones barriales, comunidades eclesásticas, pequeños sindicatos y organizaciones de *piqueteros* (con un abanico más amplio en la segunda corriente). Estos grupos se han consolidado a través de una larga experiencia de negociación de la asistencia social adquirida en los barrios (donde las organizaciones barriales se convirtieron en las gestonarias de las políticas sociales negociadas). Este último punto es el de la discordia entre los

dos grupos de organizaciones de *piqueteros*: mientras los primeros acusan a los segundos de negociar "parches" o "paliativos" con el gobierno, éstos reprochan a aquéllos el prestarse a las provocaciones policiales e impedir una alianza indispensable con las clases medias.

Más allá de las diferencias ideológicas que los separan, la ruptura entre las dos tendencias puede leerse en la clave interpretativa de la tensión evocada entre urgencia y proyecto, así como por el acento que cada una coloca sobre los términos de dicha tensión. Sin embargo, el conflicto subyace al conjunto de las organizaciones y caracteriza toda forma de acción política de las clases populares. Es allí donde la influencia de las organizaciones sindicales y de los partidos es tamizada por la dinámica de las organizaciones territoriales y por la lógica de los intereses inmediatos que las bases imponen. La proporción siempre importante de dirigentes barriales presentes en todos los movimientos impone una lógica a la vez reivindicativa y de la oportunidad que tiende a atemperar las iniciativas de confrontación con el gobierno. Así, en una asamblea de la FTV, escuchamos a un dirigente decir: "¡compañeros, tenemos que hacer como el 'Llanero solitario' 47: hay que ponerse el antifaz en la cara y la [pistola] nueve [milímetros] en la cintura para pedirle al Estado nacional lo que es del Estado, a la Provincia lo que es de la Provincia y a las municipalidades lo que es de las municipalidades" y explicar luego su voluntad de llevar a cabo una estrategia electoral dirigida a establecer una *asamblea constituyente*. Los dirigentes populares, sean del sector político que fueren, conocen perfectamente bien la vida de los partidos políticos así como la mayoría de los niveles de la burocracia estatal, en los que discuten y de los que obtienen soluciones y mediaciones. Si estos dirigentes se inscriben en una lógica de confrontación con el Estado es porque siguen una regla dictada por la experiencia: se trata del proceso de articulación de una nueva demanda social y de construcción de organizaciones capaces de representarla y de tomarla a su cargo.

Así, aunque una de las evoluciones posibles de estos movimientos pasa por la organización de una nueva demanda, es gracias a la combinación de dos circunstancias que se abre en ellos una posibilidad al trabajo paciente de los militantes. En primer lugar, por primera vez después del retorno de la democracia en 1983, las clases dirigentes han tomado conciencia del hecho de que la pobreza



<sup>45</sup> Esta consigna apareció a comienzos de 2002 y puede ser tomada como un índice de la profundidad de la crisis política argentina. "Que se vayan todos" implicaba un rechazo al conjunto de la clase política con representación parlamentaria y con participación en los gobiernos precedentes. El problema era que "todos" concernía verdaderamente a todos, sin dejar ninguna salida. La consigna se diluyó con el envío de popularidad del que se benefició N. Kirchner después de su asunción, en mayo de 2003.

<sup>46</sup> Podríamos agregar aquí un peligro presente en estos grupos: en virtud de la posición de exterioridad que algunos de estos grupos ocupan frente al sistema político, constituyen más fácilmente un blanco para las provocaciones policiales, pagando frecuentemente un pesado costo en la represión.



<sup>47</sup> El "Llanero solitario" es el héroe de una serie televisiva norteamericana muy popular en la Argentina de los años setenta y ochenta (nota para los más jóvenes).



es una realidad de primera prioridad que demanda una respuesta masiva del Estado. Fue sólo a partir de la extensión de una crisis que afectó igualmente la supervivencia de las clases medias que esta toma de conciencia se instaló en el espacio público como evidencia.<sup>48</sup> En segundo lugar, las viejas estructuras que representaban las clases populares no se encuentran en condiciones de articular las nuevas necesidades, cuya inmediatez y urgencia no hallarán solución, a corto plazo, en el empleo. Las nuevas organizaciones encontraron en este sentido una vía para mantenerse políticamente activas y socialmente alimentadas en su nueva relación con el Estado. (En este sentido, dos interrogantes planean sobre el juego político. Uno: ¿podrán los argentinos encontrar el camino de una nueva cultura del trabajo que les permita vivir en una sociedad de integración? Y el otro: ¿en qué medida los nuevos movimientos van a avanzar en ese sentido?)

### La sorpresa de las ciencias sociales

A pesar de la insistencia con la que algunos investigadores vienen presentando, desde hace una quincena de años, sus trabajos sobre la erosión de la estructura social argentina, sobre la amplitud del proceso de empobrecimiento y sobre la emergencia de nuevas modalidades de acción colectiva, las clases medias parecen "caídas del catre" luego de diciembre de 2001 y con el fracaso de la experiencia política de la Alianza, que, tanto en su vertiente conservadora (representada por el presidente Fernando De la Rúa, de la UCR) como en su vertiente progresista (representada por el vicepresidente Carlos Álvarez, del FREPASO) quiso encarnar un proyecto de clases medias urbanas en el contexto de una profunda fractura social. La mayor parte de los intelectuales, tanto periodistas como universitarios, permanecieron estupefactos por el efecto de la sorpresa.

Son los temas de la filosofía política privilegiados por las ciencias sociales desde 1983 los que permiten comprender el hecho mismo de esta sorpresa, puesto que la desatención a los efectos de la desafiliación y de la fractura social



<sup>48</sup> Una pregunta permanece abierta respecto de las clases medias. ¿Que pasará con ellas una vez que la Argentina salga de la crisis económica? Esta salida puede hacerse por la vía de una aceptación de la fractura social, que ha sido la vía escogida e iniciada por el menemismo para salir de la crisis de la hiperinflación. La evolución de las organizaciones populares depende en gran medida de su capacidad para construir una alianza con las clases medias.

dejó al mundo intelectual desprovisto de herramientas críticas. Encandilados por la luminosidad de los procesos políticos asociados a la "transición democrática" y a la fundación de un orden político "moderno", o por el decisionismo todopoderoso de un gobierno que se desembarazaba del Estado, la ciencia política cerró los ojos frente a lo que sucedía en la "sociedad" a lo largo de las dos décadas que siguieron al fin de la dictadura militar. Todo pasaba como si se tratara del mundo de Gaston Bachelard: a la salida de la dictadura la formación de un nuevo espíritu científico choca contra un obstáculo epistemológico que consiste en la perplejidad misma de esta primera experiencia.

¿De dónde provienen los efectos del espejismo que redujo el campo visual e impidió la toma de conciencia de la formación de nuevas clases populares? En muchas de las evaluaciones realizadas sobre las movilizaciones recientes se ha destacado su carácter fundamentalmente "ciudadano". La unidad de las movilizaciones colectivas es hallada en una noción de "protesta" que orientaría la acción como una consecuencia natural de un universo de "derechos" abierto por la democracia.<sup>49</sup>

El problema de la ciudadanía unívoca e immanente, es decir, que existiría ya antes de todo proceso de socialización y de politización operados desde la desarticulación del sistema social anterior (concomitante con la reorganización del régimen democrático), se manifiesta en la óptica que observa las movilizaciones actuales con la lente de las "protestas". La imagen de la "protesta" (finalmente reencontrada) no contiene más que una de las lógicas presentes en las diversas formas de movilización observadas. Traduce en especial las ideas de reclamo, de oposición y de confrontación con los gobernantes, lo cual es efectivamente una de las dimensiones de la acción colectiva. Sin embargo, ésta no puede traducir los otros aspectos fundamentales ya mencionados.

La protesta es, por una parte, uno de los momentos de la movilización, particularmente visible en los "estallidos", así como en otras manifestaciones colectivas, o en las declamaciones hechas frente a la televisión. Por otra parte, la

<sup>49</sup> Se encuentran en esta perspectiva los trabajos recientes de Javier Auyero (cf. *La protesta*, cit. *supra*), así como los de Federico Schuster y Sebastián Pereyra, *op. cit.* En relación con los trabajos de Auyero, es interesante observar la evolución de su obra. De una primera época en la que privilegiaba el "clientelismo" como factor central en la comprensión de la relación con la política de las clases populares, se ve un cambio hacia los trabajos más recientes, en los que pone el acento en la "beligerancia" de la movilización. Parece así oscilar, en alternancia, de uno a otro de los dos términos que aquí preferimos considerar como concomitantes y constitutivos de una tensión.



protesta es también el eje alrededor del cual ciertos grupos sostienen su acción (en especial los pequeños grupos ligados a las diversas izquierdas radicales). Esta perspectiva, sin embargo, olvida particularmente el hecho de que la movilización actual se articula alrededor de la construcción de una nueva demanda social hacia el Estado. Por supuesto, en este proceso los actores colectivos deben prepararse para protestar, pero con la misma energía que deben utilizar en su preparación para convertirse en actores de gestión de políticas sociales.

Más generalmente, el deterioro social y la situación de urgencia material en la que se encuentran las familias de las clases populares las coloca en una posición de dependencia frente al Estado, así como en la obligación de encontrar una vía de negociación en la arena política. Y más profundamente, las clases populares han desarrollado un tipo de relación con la política en la que la defensa de sus estructuras de solidaridad territorial (de la familia a la vecindad, ya sea a través de los grupos religiosos, de las organizaciones barriales de todo tipo, de las *sociedades de fomento*, de las mutuales, de los clubes deportivos o de los locales partidarios, todos ellos parte de los "racimos" de la sociedad local) y de lo colectivo antes que lo individual se combina con la herencia de una ciudadanía aprendida con la influencia del populismo (en la que otras formas de ciudadanía, en especial las provenientes de la izquierda, fueron destruidas por la última dictadura militar y por la recuperación que la misma izquierda ha realizado de la experiencia de los años sesenta y setenta).

La acción colectiva es tributaria de una tensión en la que la construcción de estructuras relacionales de base territorial se combina (de manera problemática) con la lucha por los derechos correspondientes más a un orden extinguido y ya inexistente que a un nuevo proyecto de integración del que nadie alcanza a comprender cuáles serán los contornos.<sup>50</sup>

La imagen clásica de la ciudadanía a partir de la cual nos acercamos a las clases populares se encuentra teñida de una esencia normativa surgida justificadamente de la lucha de la modernidad contra sus enemigos. Sin embargo, en Argentina esta confrontación se produce más que nada frente a enemigos imaginados, pues nunca el combate contra la tradición tuvo aquí la centralidad constitutiva que lo marcó en Europa. Aquí la democracia ha tenido que luchar

más bien contra sus enemigos modernos. Es así que, tal como se lo moviliza generalmente en filosofía política, el concepto de "ciudadanía" opera como un "obstáculo epistemológico" que vuelve difícil la comprensión de la política que las clases populares desarrollan al mismo tiempo que intentan responder a las necesidades de una nueva sociabilidad. En este sentido, las ciencias sociales deben aún consagrarse a un trabajo de acumulación descriptivo y problematizador del nuevo marco de relaciones sociales en el que ingresó el país. En tiempos de la apertura democrática, ya habían cometido un primer error al creer que las nuevas manifestaciones colectivas observadas por entonces (desde los movimientos de defensa de los derechos humanos hasta las ocupaciones ilegales de tierras, pasando por el *rock nacional*) constituían "nuevos movimientos sociales" portadores de una renovación democrática por oposición a un movimiento sindical mirado con desprecio y desconfianza y calificado de "corporativo"<sup>51</sup>. Y volvieron a equivocarse cuando se convencieron de que la acción colectiva no podía ser pensada y esperada más que a partir del islole del Individuo, concebido como tal con una *l* mayúscula. En gran medida, las ciencias sociales persisten en el error cada vez que esperan que los "argentinos" reencuentren la sustancia de la ciudadanía (por supuesto, estas visiones no permanecen encerradas en la universidad, sino que por efecto de la prensa se han extendido sorprendentemente en la opinión pública de las clases medias). La politicidad de las clases populares es tributaria de la multiplicación de las afiliaciones y de su vínculo con el Estado, mecanismos a través de los cuales esas clases populares intentaban sobrevivir y no caer en el olvido. Esta dimensión de la cultura popular corresponde a la formación de sujetos condicionados a funcionar con principios de valor alternativos.<sup>52</sup>

Nos encontramos frente al desarrollo de cosmogonías y de estructuras de pertenencia complejas por parte de sujetos capaces de ponerse en relación con un universo que exige el manejo de principios diferentes y no exclusivos en los diversos campos y en las diferentes situaciones de su participación en la vida

<sup>51</sup> Encontramos varios ejemplos de este tipo de mirada en las importantes compilaciones publicadas sobre el tema por Elizabeth Jelin en los años ochenta. Cf. Jelin, Elizabeth, *Los nuevos movimientos sociales*, CEA, Buenos Aires, 1985, y *Movimientos sociales y democracia emergente*, CEA, Buenos Aires, 1987.

<sup>52</sup> La exigencia de "coherencia", que por otra parte no puede ser demandada a ningún sujeto, es no obstante efectuada sistemáticamente por la sociología que observa el mundo popular. Se exige así al pobre tener una visión coherente del mundo y dar opiniones "racionales", con sentidos unívocos.

<sup>50</sup> Merklen, Denis, "Le quartier...", Retomamos este punto en el capítulo siguiente.

social. Aún más, la exterioridad con la que se relacionan con las instituciones los lleva a proceder como "cazadores" en busca permanente de una presa para llevar a su colectivo de pertenencia (la casa, el barrio, la banda, la iglesia, el partido). Este punto es crucial en la comprensión de la multiplicidad de sentidos con los que los sujetos se ponen en contacto con la política. La acción individual o colectiva es al mismo tiempo tanto "estratégica" como "ideológica" o "expresiva". Es posible, *al mismo tiempo*, participar en una red clientelista y reclamar por los derechos o protestar contra la corrupción. Es perfectamente posible tratar al candidato por el que se vota o por quien se hace campaña de corrupto, desde el momento en que dicha elección ha sido determinada por un principio moral que defiende y valoriza las únicas estructuras que hacen posible la supervivencia.

Podemos concluir que la democracia argentina juega su futuro en la posibilidad de la articulación de movimientos sociales que representen a las clases populares. Estos últimos, a su vez, juegan su existencia, por ensayo y error, en un doble registro. Por un lado, tomando al Estado como oponente, luchan contra los condicionantes de la pobreza y contra los efectos de la desintegración social que ha destruido las modalidades tradicionales de inscripción colectiva. Pero, al mismo tiempo, luchan con su pasado: ¿Qué harán con su herencia peronista? ¿Cómo recompondrán la memoria de sus movimientos de izquierda? ¿Cómo capitalizarán la presencia de las iglesias sobre el territorio barrial? Y, más profundamente: ¿qué harán con su experiencia de integración a través del trabajo? En el próximo capítulo exploraremos este punto fundamental del vínculo entre las movilizaciones colectivas y las modalidades de la integración social, y de los condicionantes impuestos a los movimientos sociales por las consecuencias de la desintegración social.

## EL MOVIMIENTO DE LOS PIQUETEROS: SUPERVIVENCIA E INTEGRACIÓN

Observemos aquí la movilización popular a la luz de las transformaciones sufridas por el mundo del trabajo y de las reformas introducidas en el dominio estatal. Ellas se encuentran en el origen del cambio en la politicidad de las clases populares que ven así modificados sus repertorios de acción colectiva. La nueva relación con lo político y las nuevas modalidades de la acción se descentran hacia lo local (o el barrio), donde los más carenciados encuentran una fuente de "reafiliación", modos de supervivencia, e incluso una base para la recomposición identitaria. Este movimiento complejo es particularmente visible en sociedades como la argentina, que han vivido una regresión social extraordinaria. En ese contexto, el primer objetivo de este capítulo es aportar nuevos elementos para la comprensión de la crisis general que atraviesa la Argentina. Ellos deberán ponernos en condiciones de encarar nuestro segundo objetivo, a saber, una descripción de las lógicas de movilización colectiva en un contexto de descomposición acelerada de una sociedad salarial.

A este fin, ubicaremos la movilización popular en el marco general del problema de la integración social. Las transformaciones evocadas anteriormente no son aquí sólo un telón de fondo o un contexto en el que emplazar la acción. La lucha por la supervivencia, por el reconocimiento y contra la inseguridad social dotan a la acción de un sentido cuya naturaleza es indispensable descifrar. Ella se encuentra en el centro de aquello que está en juego y que determina así la politicidad de las clases populares. De un modo general, damos a leer aquí la política desde la perspectiva de la integración social. En el caso argentino, ésta se encuentra representada con la inscripción territorial en el centro del cuadro.

social. Aún más, la exterioridad con la que se relacionan con las instituciones los lleva a proceder como "cazadores" en busca permanente de una presa para llevar a su colectivo de pertenencia (la casa, el barrio, la banda, la iglesia, el partido). Este punto es crucial en la comprensión de la multiplicidad de sentidos con los que los sujetos se ponen en contacto con la política. La acción individual o colectiva es al mismo tiempo tanto "estratégica" como "ideológica" o "expresiva". Es posible, *al mismo tiempo*, participar en una red clientelista y reclamar por los derechos o protestar contra la corrupción. Es perfectamente posible tratar al candidato por el que se vota o por quien se hace campaña de corrupto, desde el momento en que dicha elección ha sido determinada por un principio moral que defiende y valoriza las únicas estructuras que hacen posible la supervivencia.

Podemos concluir que la democracia argentina juega su futuro en la posibilidad de la articulación de movimientos sociales que representen a las clases populares. Estos últimos, a su vez, juegan su existencia, por ensayo y error, en un doble registro. Por un lado, tomando al Estado como oponente, luchan contra los condicionantes de la pobreza y contra los efectos de la desintegración social que ha destruido las modalidades tradicionales de inscripción colectiva. Pero, al mismo tiempo, luchan con su pasado: ¿Qué harán con su herencia peronista? ¿Cómo recompondrán la memoria de sus movimientos de izquierda? ¿Cómo capitalizarán la presencia de las iglesias sobre el territorio barrial? Y, más profundamente: ¿qué harán con su experiencia de integración a través del trabajo? En el próximo capítulo exploraremos este punto fundamental del vínculo entre las movilizaciones colectivas y las modalidades de la integración social, y de los condicionantes impuestos a los movimientos sociales por las consecuencias de la desintegración social.



## EL MOVIMIENTO DE LOS PIQUETEROS: SUPERVIVENCIA e INTEGRACIÓN

Observaremos aquí la movilización popular a la luz de las transformaciones sufridas por el mundo del trabajo y de las reformas introducidas en el dominio estatal. Ellas se encuentran en el origen del cambio en la política de las clases populares que ven así modificados sus repertorios de acción colectiva. La nueva relación con lo político y las nuevas modalidades de la acción se descentran hacia lo local (o el barrio), donde los más carenciados encuentran una fuente de "reafiliación", modos de supervivencia, e incluso una base para la recomposición identitaria. Este movimiento complejo es particularmente visible en sociedades como la argentina, que han vivido una regresión social extraordinaria. En ese contexto, el primer objetivo de este capítulo es aportar nuevos elementos para la comprensión de la crisis general que atraviesa la Argentina. Ellos deberían ponernos en condiciones de encarar nuestro segundo objetivo, a saber, una descripción de las lógicas de movilización colectiva en un contexto de descomposición acelerada de una sociedad salarial.

A este fin, ubicaremos la movilización popular en el marco general del problema de la integración social. Las transformaciones evocadas anteriormente no son aquí sólo un telón de fondo o un contexto en el que emplazar la acción. La lucha por la supervivencia, por el reconocimiento y contra la inseguridad social dotan a la acción de un sentido cuya naturaleza es indispensable descifrar. Ella se encuentra en el centro de aquello que está en juego y que determina así la política de las clases populares. De un modo general, damos a leer aquí la política desde la perspectiva de la integración social. En el caso argentino, ésta se encuentra representada con la inscripción territorial en el centro del cuadro.

Es en ese marco que nos interesaremos en el movimiento de los *piqueteros*<sup>1</sup>. Como hemos visto, este movimiento de corte de calles, puentes, rutas y avenidas llega a movilizar frecuentemente varios miles de personas, incluso coordinadas sobre decenas de puntos estratégicos. Se ha convertido así en un modo eficaz de protesta y de articulación de una demanda social. Este movimiento de los *piqueteros* ha suscitado un gran número de interrogantes y de expectativas, cuando no de esperanzas. La Argentina es un país rico y la descomposición social a la que asistimos desde hace dos décadas sorprende tanto más cuanto que hasta ahora parecía operarse prácticamente sin resistencia social. Esta movilización de los más pobres es entonces observada atentamente tanto por la prensa como por las élites políticas y por un buen número de intelectuales que buscan comprender qué es lo que pasa. Por nuestro lado, en lugar de aferrarnos a la "novedad" del movimiento optaremos por observarlo en la continuidad en la que parece inscribirse. En efecto, los sectores que se movilizan hoy cortando las rutas son los mismos a los que desde hace veinte años vemos movilizados en el seno de los barrios en respuesta a la transformación social.

La movilización social se organiza sobre la base de una identidad territorial. No sólo porque a menudo son dirigentes barriales quienes la implementan, sino principalmente porque es sobre esta base local que se afirma la participación de los *piqueteros* y se entablan las negociaciones con las autoridades. Estos sectores se movilizan en una buena medida sobre la base de barrios organizados. ¿Qué sentido adquiere esta participación de base territorial? ¿Qué tipo de relación con la política, y con la sociedad en general, puede construirse sobre esta base local, territorial o urbana? ¿Cuáles son las lógicas de acción que se despliegan en un marco relacional en el que se encuentran zamarreados a la vez los lazos de ciudadanía y de trabajo?

## Los piqueteros, cuando la ruta está cortada

El lunes 30 de octubre de 2000, la ruta nacional número 3 fue cortada por un *piquete* a la altura del distrito de La Matanza. La ruta 3 es una arteria central

<sup>1</sup> Dado que *piqueteros* es un neologismo y que creemos necesario conservar una distancia mínima con su utilización corriente y ciertamente descontrolada en el contexto del español argentino, conservamos

en la circulación de la zona oeste del área metropolitana de Buenos Aires, y su importancia económica es mayor por el hecho de comunicar la Capital con el sur del país y con las zonas más ricas de la provincia de Buenos Aires. Un *piquete* se mantuvo allí durante una semana.

"Las tres mil personas que cortaron la ruta 3 [...] llegaron de los barrios más pobres del partido más pobre del conurbano bonaerense: La Matanza. Donde vive el 3,5 por ciento de la población nacional y el 4,9% de los desocupados de todo el país. Esas tres mil personas son apenas un puñado de las 476 mil personas que en La Matanza viven bajo la línea de pobreza, según las cifras del INDEC. [...] Todos en el *piquete*, pasan día y noche en el medio de la ruta. Duermen debajo de tiendas armadas con palos y plásticos agujereados que nunca alcanzan para frenar el aguacero [...] Todos dicen que no se moverán del *piquete* hasta que no se cumplan sus reclamos. 'No tenemos nada que perder', es su explicación. Y resumen su reclamo en apenas una palabra: 'trabajo'."<sup>2</sup>

Esto pasó en el distrito que había sido antaño un símbolo de la industria peronista. El acontecimiento ocupó rápidamente los titulares de la prensa escrita y televisada, y el debate llegó al seno de los partidos políticos, instalándose especialmente entre la nueva alianza gubernamental y el peronismo.<sup>3</sup> El movimiento cortó la ruta 3 en varios sitios, y otros *piqueteros* se multiplicaron enseguida en varios puntos a lo largo del conurbano bonaerense. Como se sabe, desde 1996 otras rutas habían sido ya cortadas, dando lugar al nombre de *piquetes y piqueteros*, primero en las provincias de Neuquén y Salta, luego en las de Corrientes, Chaco, Jujuy y Santa Cruz. Pero la movilización de La Matanza en 2000 marca un giro en la historia del movimiento no solamente por la envergadura de la movilización y por el auge a las puertas de la capital, sino sobre todo por la profunda articulación

<sup>2</sup> Las *italicas*. Para una descripción general del "fenómeno piquetero" véase Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003, texto de referencia sobre el tema.

<sup>3</sup> *Clarín*, "El rostro de la desocupación. La situación social: historias de piqueteros", 2-11-2000.

<sup>4</sup> En 1999 Fernando De la Rúa es electo presidente del país, a la cabeza de la Alianza, coalición que reúne al Partido Radical (UCR) con el Frente por un país Solidario (Frepaso). Esta alianza cae en diciembre de 2001 en un cuadro de crisis profunda.

entre el modo de organización y el tipo de demandas presentadas a las autoridades.<sup>4</sup>

En una primera etapa, cuando todo pasaba sólo en los pueblos del interior (hacia la época de los cortes de Cutral-Co y Plaza Huincul, en 1996, y de General Mosconi en 1997), los *piquetes* se instalaron en la arena pública como un modo de protesta. Pero como lo muestran Svampa y Pereyra, en esta etapa los cortes son todavía la expresión y la coagulación de revueltas pueblerinas o de protestas sindicales contra las administraciones provinciales, las que cargaron con las principales consecuencias del "ajuste". Los *piquetes* llegan a la escena nacional solamente gracias a los medios de prensa que cubren los acontecimientos, pero el blanco de la protesta siguió siendo el gobierno provincial. El atraso en el pago de los salarios de la administración pública local y los despidos masivos provocados por el cierre de las plantas de explotación petrolera se encuentran en el origen de las protestas. Una doble característica se impone entonces a la movilización. Por un lado, ésta se presenta en la arena pública como una cuestión local ligada a la corrupción reinante en los estados provinciales; por el otro, la motivación principal de la protesta está dada por la supresión de puestos de trabajo. No obstante, se trata todavía de crisis de empleo presentadas como un problema de las provincias.

La migración del *piquete* hacia Buenos Aires y su anclaje en los barrios del conurbano marcará un cambio. Al apropiarse de la herramienta *piquete*, las organizaciones barriales muestran que cualquier grupo puede hacerla funcionar (con la condición de que haya alcanzado un cierto grado de organización y de enraizamiento) y en consecuencia que se la puede replicar. Igual que "huelguista", *piquetero* se convierte entonces en una categoría a través de la cual las organizaciones y los individuos serán identificados en la prensa, y a través de la cual los actores comenzarán a identificarse a sí mismos. Mas, al apropiársela, las organizaciones territoriales del conurbano imprimen su marca a la herramienta. Ya no será solamente un arma de protesta: el *piquete* se presentará desde ahora como la ocasión de establecer una relación de fuerzas con el gobierno nacional que deberá desembocar en una negociación sobre la distribución de la ayuda

<sup>4</sup> Se contabilizan 140 barricadas en 1997, 51 en 1998, 252 en 1999 y 476 en 2000. Como una consecuencia directa del movimiento de La Matanza, en el 2001 se realizó la "primera Asamblea Nacional de Piqueteros" que decide realizar un movimiento de barricadas coordinadas a nivel nacional ("el primer corte nacional de rutas", el 31 de julio de 2001). Cf. De Pena, Jean, Morgane, Iserte y Montes Cató, Juan, *Informe sobre contexto y situación del Movimiento Piquetero*, Médicos del Mundo Argentina, Buenos Aires, mimeo, 2001, 17 páginas.

social. Luego del corte de octubre de 2000 en La Matanza, los *piqueteros* convierten su movilización en la oportunidad de articular una demanda social más que en la sola manifestación de un descontento. Los *piqueteros* se presentan efectivamente a sí mismos como *organizaciones de desocupados*, lo que significa una evolución importante para las organizaciones territoriales del conurbano (hasta entonces centradas principalmente sobre el hábitat y la ayuda social). Pero en su fin inmediato, los *piqueteros* no apuntan ya a resolver directamente cuestiones de empleo. La apuesta real son las políticas de asistencia. Las organizaciones apoyan y legitiman sus demandas en el aumento del desempleo, lo que les permite convertirse en gestores de las políticas sociales integradas como *partenaires* reconocidos por el Estado. En otros términos, al articularse sobre la base de su anclaje territorial, las organizaciones *piqueteras* se alzan a la esfera nacional a través del lazo que establecieron con el desempleo (señalando la responsabilidad del gobierno nacional en la evolución del mercado de trabajo). Paradójicamente, al acusar al gobierno de la falta de trabajo, los *piqueteros* apuntan al Estado como administrador de las políticas sociales. En síntesis, tras acumular veinte años de experiencia, las organizaciones territoriales eran ya expertas negociadoras de la ayuda social. Ellas se asociaron, y en cierta medida se apropiaron entonces de la demanda *piquetera de trabajo* con el fin de obtener subsidios y ayudas por parte del gobierno.<sup>5</sup>

A la salida de la crisis de 2001, los argentinos descubren así que una nueva forma de movilización social ha venido para quedarse. Los *piquetes* se convierten en el nuevo modo de protesta de los más desfavorecidos y los desocupados de la Argentina. Frente a un proceso histórico que los deja al margen de las relaciones de fuerzas, han comenzado a cortar las rutas. Sin la posibilidad de hacer huelga, están decididos a impedir el funcionamiento de la economía y de la sociedad. Los manifestantes son dispersados por Gendarmería a veces, y otras veces rudamente reprimidos; todo termina siempre en una negociación sobre la distribución de la ayuda social. Y todo recomienza siempre frente a las mismas demandas fundamentales que no obtienen respuesta, y a una asistencia que no puede ser distribuida más que de modo insuficiente. A través de la movilización, las clases populares se posicionan en el seno del sistema político, lo que les

<sup>5</sup> No es inútil recordar aquí que en 1996 el desempleo explotó en Argentina (llegando al 18%) para instalarse como el primer problema público, situación que se agravaría con la recesión de 1998-2003.

permite recuperar algo de poder y no resignarse a quedar totalmente fuera de juego. Cortar la ruta es un medio de resistir al cierre de las otras vías que permitirían acceder al progreso.

Frente a la falta de iniciativa de un sindicalismo en crisis, los *piqueteros* se han transformado en uno de los grandes protagonistas del momento. El escepticismo generalizado respecto de la política se vio acompañado durante 2001 y 2002 por una esperanza en las nuevas formas de protesta social: las asambleas barriales y las cacerolas de la clase media que crepitaban en la capital, las fábricas *recuperadas* por la autogestión obrera y los *piquetes* de los más desfavorecidos, especialmente en el conurbano bonaerense. Muchos intelectuales (en particular los de izquierda) observaron este proceso desde una perspectiva quizás demasiado optimista, tributaria de la ilusión de una "multitud creadora". Luego, consecutivamente con la desmovilización de las clases medias y con la recuperación de las riendas políticas por el gobierno desde 2003, el escepticismo ha vuelto a reinar entre buena parte de los intelectuales (entre los de izquierda también) cansados de ver que las rutas cortadas se convierten en un mal endémico sin demasiada perspectiva de evolución política, en el estado actual de fractura social dentro del cual intenta avanzar la democracia argentina.

Más allá de las expectativas y de los descontentos que despierta, esta acción colectiva debe ser observada a la luz de la historia reciente del movimiento popular. El movimiento de *piqueteros* es heredero, en cierta medida, del movimiento de *asentamientos* y de organizaciones barriales que se han venido desarrollado desde hace veinte años en la periferia de las grandes ciudades (y en particular en el Gran Buenos Aires). Ya que, aun si históricamente los primeros *piquetes* tuvieron lugar en ciudades pequeñas (en las provincias de Neuquén y Salta), es siempre en los barrios pobres donde éstos se organizan, y es también allí donde se encuentra la base social que movilizan. Es por ello que la observación de tal movimiento barrial puede ayudarnos a comprender los límites y las posibilidades de acción de las nuevas movilizaciones. Pero para saber lo que ocurre en los barrios, lugar de organización de solidaridades locales, es necesario comprender primero el impacto de las transformaciones sociales sobre las clases populares.

## La transformación social: retirada del Estado y descomposición de la estructura salarial

Más allá de sus componentes económicos, la crisis generalizada que atravesó la sociedad argentina presenta una importante dimensión social. Es sobre este registro de transformaciones sociales que nos centraremos, a fin de comprender las diferentes vías de movilización de los más desfavorecidos. Nuestra hipótesis es que la relación de las clases populares con la política debe ser explicada a partir de las transformaciones sociales antes que como una respuesta a la situación económica. En efecto, no se puede buscar una explicación de las modalidades que adquiere la movilización actual y sus posibilidades de evolución futuras, ni en la bancarrota financiera, ni en la crisis política consecuente, acontecidas recientemente. Las claves para entender la movilización se encuentran antes de la crisis, río arriba. Son anteriores al período de los últimos años en que la crisis se incubó, y preceden evidentemente a los efectos de cascada observados luego del estallido de diciembre de 2001. Más aún: vuelta la mirada hacia el futuro, vemos que las líneas mayores que dan cuenta de las formas de acción colectiva que observamos hoy, seguramente atravesarán la crisis actual. Vinieron para quedarse.

• El primer componente de tal transformación social está dado por la reorganización general del mundo del trabajo. Hasta los años ochenta, la sociedad argentina era una sociedad salarial, con casi el 75% de su población activa implicada en relaciones salariales. Tras su desintegración progresiva iniciada a fines de los años setenta y su reestructuración violenta en los años noventa, las relaciones salariales alcanzan hoy en día a poco más de un tercio de la población activa. En un lapso de veinte años, los momentos claves de este proceso son: la crisis del modelo populista con el último gobierno de Perón en 1975; los comienzos de la desestructuración del modelo precedente y la puesta en práctica de las primeras tentativas de inspiración neoliberal con la dictadura militar (1976-1983); la hiperinflación que derrumbó el gobierno de Raúl Alfonsín en 1989 y que sometió a vastos sectores de la población a situaciones de miseria extrema por vez primera en la historia del país; finalmente, el decenio de Carlos Menem (1989-1999) de desestructuración del Estado, de apertura comercial y de flexibilización de las relaciones laborales. El conjunto del período se caracteriza por una desindustrialización creciente y una fuerte concentración del capital financiero.

Apenas una minoría ha escapado a la desalarización y mantiene aún relaciones laborales estables. La mayor parte de la población, por el contrario, sólo conoce

en la actualidad las precarias relaciones salariales características de la economía informal. Es decir que se encuentra en situaciones de hiperprecariedad: más de un tercio de la población activa trabaja en condiciones ilegales, con un salario muy bajo, fuera de toda protección social y sin sindicalización. El resto (20%) se encuentra sin trabajo.

La violencia de esta desestructuración del lazo salarial se agudizó con la redefinición del rol del Estado. Éste renunció a la pretensión de ocupar el lugar central en el control de la economía y redujo en forma drástica su participación en la producción de bienes y servicios por medio de un vasto programa de privatizaciones. Sumado a esto, el Estado social redujo hasta el extremo sus mecanismos más elementales de protección social. (Más allá de la amplitud de las desregulaciones salariales, en su pasado reciente la Argentina se diferencia en este punto decisivo de otras sociedades salariales, y en especial de las de Europa continental, donde por el contrario la desregulación del mercado de trabajo ha sido acompañada por una ampliación y una renovación de sus sistemas de protección social.<sup>6</sup>)

Se trata de una transformación radical de la sociedad argentina que se tradujo en un proceso de empobrecimiento que, naturalmente, impactó sobre una buena parte de la clase obrera, pero que también hundió segmentos enteros de las clases medias: empleados del sector público y privado, profesionales independientes, jubilados y jóvenes ingresantes al mercado de trabajo. Estas franjas importantes de la población que se encontraban en el contexto de una relativa autonomía, asegurada por las protecciones sociales, se encuentran hoy sometidas a una situación de dependencia respecto de las políticas de asistencia social.

Es necesario tener en cuenta tres componentes indisolubles en la definición de la situación social actual. El primero está dado por la crisis de la estructura salarial que erosionó fuertemente la base social de los sindicatos, despojándolos del lugar que habían ocupado desde los años cuarenta. Este aspecto es todavía

▼ \* Tanto las viejas como las nuevas formas de protección social se muestran frecuentemente ineficaces para invertir la tendencia a la inseguridad social provocada por las desregulaciones. Ellas no logran más que atenuar sus efectos. Pero es inexacto hablar de reducción de los mecanismos de protección en el caso europeo. Puede ciertamente señalarse la multiplicación de los riesgos sociales. Pero en un país como Argentina, a la multiplicación de los riesgos se agrega la desaparición de las protecciones sociales para amplias capas de la población, con los efectos dramáticos que observamos.

más significativo si se tiene en cuenta el rol que los sindicatos jugaron en la administración de la seguridad social (a través de las "Obras Sociales") y en la socialización política de los trabajadores. Tal como se señaló en el capítulo 2, es necesario considerar en toda su amplitud las consecuencias provocadas por el repliegue de los sindicatos. Éstos cumplieron una función por demás importante en la organización y en la implementación de las protecciones sociales. Hecho muy rara vez señalado en la literatura, los sindicatos argentinos constituyeron uno de los componentes centrales del sistema social, que no era enteramente estatal. Esto constituye una gran diferencia respecto a otros casos, como el francés. La insistencia en esta especificidad es de gran importancia, pues ella marcó profundamente la ciudadanía social del país y, en consecuencia, la política de las clases populares. Éstas vieron una parte sustancial de sus derechos materialmente garantizados por sus sindicatos (y no necesariamente por el Estado), que permitían así acceder principalmente al seguro por enfermedad. (Volveremos sobre este punto.)

En segundo lugar, en la experiencia de los sectores más desprotegidos, la dimisión de los sindicatos y del Estado social se tradujo en una fuerte desorganización institucional. Prácticamente en todos los dominios de la vida cotidiana, las instituciones dejaron en el desorden y la inestabilidad a sectores enteros de la población y a zonas enteras de la ciudad. Desde hace al menos quince años, poco es lo que funciona bien en los barrios de la periferia, ya sea a nivel del sistema educativo o de la salud, la seguridad o el transporte, los servicios urbanos o la administración, y ésto no hace más que profundizarse.

En tercer y último lugar, este proceso ha tomado la forma de una fractura social en un país que había alcanzado un alto nivel de integración. Paralelamente al empobrecimiento y a la "desafiliación"<sup>7</sup> de muchos, podemos observar la formación de un sector de nuevas clases medias. Este sector de los ganadores, compuesto por profesionales, empleados y comerciantes, se benefició ampliamente con las reformas y llegó a identificarse con el modelo de ciudadanía construida alrededor de las nuevas modalidades de consumo, desarrollado especialmente durante el período menemista. Esta nueva "ciudadanía de consumo"<sup>8</sup> se construyó,

▼ <sup>7</sup> Retomamos aquí el concepto de Robert Castel, *Les métamorphoses...* No obstante, más allá de la profundidad del proceso de desafiliación, el caso argentino se diferencia del caso francés en muchos puntos, y muy especialmente por la dimisión del Estado social, que como dijimos, no se observa en Francia y sí en Argentina.

\* Tomo esta expresión de Maristella Svampa.



entonces, sobre la base de una "desolidarización" total con la suerte de los perdedores. Esta nueva clase media ha apoyado lo que se ha conocido como la "modernización excluyente", por decirlo en los términos de un libro que describe bien el proceso.<sup>9</sup>

Como vemos, no es exagerado calificar de radicales las profundas transformaciones de la estructura social de la Argentina: en el área metropolitana de Buenos Aires, la pobreza alcanza a uno de cada dos habitantes, la proporción de desempleados se multiplicó casi por cuatro<sup>10</sup> y el número de trabajadores informales llegó a igualar al número de asalariados formales. Todo esto en un país que hasta los años ochenta no había conocido un desempleo superior al 5%, y donde, en 1970, la pobreza urbana era estimada por la CEPAL en un 3% de la población. Es así como en 1990, frente al crecimiento del desempleo, los salarios se encontraban un 30% por debajo de los niveles de 1980. En el 2001, el ingreso promedio del 10% más rico de la población era 26 veces superior al del 10% de los más pobres (que percibían un 1,7% del ingreso nacional en 1993). La Argentina de los últimos veinticinco años es un país de catástrofe social.

### El repliegue en el barrio

Frente a este proceso de empobrecimiento y de desafiliación masivo, muchos encontraron su principal refugio en el barrio, convertido al mismo tiempo en lugar de repliegue y de inscripción colectiva. Esta estrategia de repliegue que se viene desarrollando desde hace más de veinte años ha sido, tal como hemos mostrado en otros textos, la principal respuesta de los sectores populares frente al vacío dejado por las instituciones y la falta de trabajo.<sup>11</sup>

La "rea filiación" encontró su componente "comunitario" en la trama de una solidaridad primaria. Pero se estructuró igualmente a partir de sus viejas capacidades de movilización colectiva, a través de las organizaciones barriales.

<sup>9</sup> Barbeito, Alberto y Lo Vuolo, Rubén. *La modernización excluyente. Estado de bienestar y transformación económica en Argentina*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1992.

<sup>10</sup> Inferior al 5% desde los años cuarenta hasta los ochenta, la tasa de desempleo alcanzaba al 7,6% de la población activa en 1989, 8,6% en 1990, 13% en 1994 (23% entre los jóvenes de 14 a 24 años) y 18,4% en 1995. Si sumamos al desempleo el subempleo, el porcentaje llega al 30,1% en 1996.

<sup>11</sup> Merklen, Denis, *Inscription territoriale...*

Teniendo como base las solidaridades locales (el vecinazgo, entrelazado con las estructuras familiares y otras pertenencias, como los grupos religiosos o el lugar de origen, en el caso de los inmigrantes provenientes de provincias del norte, Bolivia o Paraguay), se articuló en los barrios una movilización social con registros igualmente clásicos: ocupación colectiva de tierras para construir viviendas, autogestión de ciertos servicios urbanos, organización de guarderías, comedores y dispensarios comunitarios, acceso a los rendimientos de la política municipal y provincial. Así, mientras los sindicatos perdían su peso, las organizaciones barriales reaparecían en el paisaje político y social de la Argentina, poniendo en evidencia la fuerza latente del territorio urbano.<sup>12</sup> Inscripción territorial y acción colectiva se vieron así combinadas, haciendo del barrio un bastión de resistencia para aquellos que progresivamente dejaban de estar cubiertos por las tradicionales formas de inscripción colectiva, tanto estatales como sindicales. Esta respuesta se mostró particularmente eficaz en los momentos de crisis aguda como la hiperinflación de 1989 y 1990, y lo es aún hoy, diez años más tarde. Con sus escuelas, sus iglesias y sus organizaciones, el barrio ha sido una muralla sin la cual la supervivencia habría resultado verdaderamente amenazada para muchos en los años 2001, 2002 y 2003.

Sin embargo, esta actitud defensiva no podía ser exclusivamente "comunitaria". La ayuda mutua y la solidaridad local no son suficientes por sí mismas. En un primer registro se observa a las organizaciones barriales actuar sobre el sistema político a partir de una demanda de asistencia; pero desde el comienzo la movilización llevaba implícitas lógicas que iban más allá de una lucha por los bienes proporcionados por la ayuda pública. Es así como en un segundo registro la acción colectiva se despliega a partir de la articulación de una demanda institucional: la creación de escuelas y de dispensarios, el reconocimiento legal de las organizaciones barriales y de su participación en la gestión de políticas sociales, o el acceso a servicios esenciales como el agua o la electricidad, entre otros. Esta dimensión, orientada hacia la institucionalización y la integración, otorgó una estructura compleja a las lógicas de la movilización colectiva.

<sup>12</sup> El barrio constituye una fuente de identidad importante para las categorías populares en Argentina. Ha conquistado este lugar con el arribo masivo de la inmigración de origen europeo a principios del siglo XX, eclipsándose con la consolidación de una estructura salarial y el desarrollo del Estado social a partir de los años cuarenta, para reaparecer hacia los años ochenta. Cf. Merklen, Denis, "Deux figures de l'habitat populaire. Le quartier et le bidonville", en *Inscription territoriale...*, pp. 171-256.



Esta movilización colectiva, que pudimos observar y caracterizar en varios trabajos, presenta una historia de dos largas décadas. El movimiento de ocupaciones ilegales de tierra fue iniciado en 1981 por militantes ligados a los grupos "basistas" de izquierda, especialmente bajo la influencia de la Iglesia de la Teología de la Liberación.<sup>13</sup> Este movimiento propiciaba la participación de los habitantes a través de mecanismos de organización y de movilización democráticos sorprendentes: asambleas, elección de dirigentes, *cuerpos de delegados*, participación, etc. Pero este contenido democrático de base iba rápidamente a encontrar sus límites. Primero, como acabamos de ver, las organizaciones barriales debían actuar sobre las instituciones e inscribirse en un sistema de intercambios con el poder político. En segundo lugar, en ese contexto de intercambios la respuesta del Estado pasó rápidamente de una actitud de confrontación y de represión a una actitud de cooptación y cooperación.<sup>14</sup> Las organizaciones barriales fueron así rápidamente integradas al juego político, lo que se tradujo en un cambio de las modalidades de acción colectiva. El contenido contestatario cedió terreno a la participación en la gestión de políticas sociales, especialmente en el contexto local. En la mayoría de los barrios, la negociación con las autoridades desplazó el eje de la acción política hacia el exterior del barrio. La acción colectiva perdió en ese desplazamiento una parte de su contenido participativo: principalmente se convirtió en el resorte de los dirigentes que poseen los recursos y la energía necesarios para salir del barrio y recorrer con denuedo las administraciones en busca de beneficios para *su gente*.

### Una nueva politicidad

El cambio es mayor en lo tocante a la relación con lo político, ya que esos mismos sectores populares habían sido socializados en el mundo del trabajo, con una concentración de la actividad política en el Estado y las organizaciones de

masa, partidos políticos y sindicatos. Con la crisis social el barrio recobra importancia como terreno de socialización política de los sectores más pobres, lo que se asoció evidentemente a un giro a nivel de las prácticas colectivas.

Vemos emerger una nueva politicidad, y ella nos proporciona ciertas claves de lectura para interpretar la movilización sobre las que nos interesa particularmente detenernos. La primera nos es dada por el hecho de que es alrededor del barrio que estos sectores encuentran un buen número de los "soportes"<sup>15</sup> necesarios para la vida de las familias y de los individuos. A medida que la deficiencia institucional se extiende y que aumenta el número de individuos que no encuentran soportes suficientes en el mundo del trabajo, la inscripción territorial gana importancia. El barrio se presenta como un lugar privilegiado para la organización de solidaridades y cooperaciones, base de la acción colectiva y fuente de identificación: ante la desagregación de las identidades profesionales sufrida por las clases populares en los últimos años, el lugar de residencia aparece como una fuente identitaria e incluso como fuente de prestigio en algunos casos.

Ahora bien, la naturaleza de esta inscripción social territorial no puede funcionar más que sobre la base de una acción específica sobre el sistema político, lo que constituye la segunda clave de lectura de este proceso. Ante la articulación de tal movilización en los barrios o, en otras palabras, el desplazamiento de una parte de la acción colectiva hacia lo local, los partidos políticos respondieron a través de todo un nuevo sistema de políticas sociales.<sup>16</sup>

Sin embargo, los partidos políticos que controlan el Estado no están en condiciones de ofrecer soportes institucionales estables.<sup>17</sup> Frente a la movilización social, los partidos se muestran incapaces de proponer una dinámica de construcción institucional inclusiva (como en su momento hicieron frente al movimiento social representado por los sindicatos). En un marco de desafiliación, los partidos se presentan como administradores de instituciones que concentran

<sup>13</sup> Tal como lo tomamos aquí, el concepto de "soporte" (*support*) fue teorizado por Robert Castel en el marco de la problematización del individuo visto desde una perspectiva de la integración social. Véase Castel, Robert y Haroche, Claudine, *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi. Entrétiens sur la construction de l'individu moderne*, Fayard, Paris, 2001. Volvemos sobre el tema en la última parte de este libro.

<sup>14</sup> Nos detendremos con especial atención sobre este punto en el cap. 5.

<sup>17</sup> No olvidemos que es el peronismo quien controla el Estado. Lo controló durante todo el período menemista, y aun antes en lo que concierne a la mayoría de las provincias y especialmente al conurbano bonaerense. Esta situación se vio acentuada con la debacle del radicalismo y del FREPASO en 2001 y el consecuente triunfo peronista en 2003.

recursos indispensables para la supervivencia. Paradójicamente, es a partir de la escasez de tales recursos que, sin embargo, los partidos políticos construyen una posición de fuerza en relación con las organizaciones barriales: cuando los recursos son insuficientes para todos, su modo de distribución no puede ser sino discrecional. En un contexto de regresión social, las organizaciones barriales no pueden dejar de estar a la "caza" de las ocasiones que las instituciones estatales o privadas (tales como las ONG o las iglesias) les proponen.<sup>18</sup> Esta situación lleva muy fácilmente a las organizaciones barriales a competir entre ellas, tanto más cuanto que éstas se encuentran ahora esparcidas por el territorio.

Frente a este repliegue de los sectores populares a nivel local, y frente a las transformaciones del Estado, el peronismo ha sabido rápidamente modificar el rol político desempeñado por éste. Si hasta 2003 el peronismo de la era democrática demuestra, a los ojos de una parte de los más pobres, su incapacidad para proponer una nueva fuerza de promoción social, este movimiento político ha sabido presentarse como el único capaz de *hacer algo*, es decir, de aportar respuestas concretas a las nuevas demandas de las organizaciones sociales. Cuando a principios de los años ochenta el movimiento de los *asentamientos* planteaba un problema al naciente régimen democrático (problema presentado entonces en términos de "governabilidad"), el peronismo supo dar un paso hacia esos barrios calificados de ilegales y proponer políticas de asistencia adaptadas. Estas políticas significaban la consagración de un desvío con respecto a la noción de ciudadanía social tradicional en la Argentina, pero aportaban una respuesta a la urgencia social en la que se encontraban millones de individuos y, al mismo tiempo, a la manifiesta necesidad de las organizaciones barriales que intentaban articular nuevas modalidades de acción.

<sup>18</sup> Se trata este problema desde la óptica de la lógica de acción a la cual son confrontadas estas poblaciones. Viviendo en los bordes de la ciudad y de la sociedad, los individuos se encuentran ante la imposibilidad de lograr una inscripción social estable, caracterizada por un cierto control del mañana, y actúan conforme al modelo del "cazador" que recorre el territorio y las instituciones en búsqueda de una buena "presa": una changea, un subsidio, alguna cosa para robar o vender. La lógica del cazador puede ser observada tanto a nivel individual como a nivel colectivo. Esbozo esta idea en mi artículo "Vivir en...", y la desarrollo también en "Vivre dans les marges: la logique du chasseur", en *Inscription territoriale...*, pp. 426-89. Retomamos el tema del individuo de las clases populares en el cap. 6.

La coyuntura electoral de fines de los noventa puso a las "manzaneras"<sup>19</sup> en el centro del debate público. Durante su mandato como gobernador de la provincia de Buenos Aires (1994-1997), el futuro presidente de la República Eduardo Duhalde (2002-2003) creó un dispositivo de asistencia social alrededor de estas delegadas. El gobernador conocía ya la experiencia de los *asentamientos* desde sus tiempos de intendente de Lomas de Zamora (en los años ochenta), y había desarrollado entonces las *casas de tierras* con el fin de trabajar con esta población particular.

No obstante, el gobernador Duhalde dará un contenido diferente al plan de asistencia social que lleva a cabo a partir de 1994. En principio, el gobierno de la provincia de Buenos Aires integra a las delegadas en el Consejo de la Familia a través de la puesta en práctica del *Programa vida*, destinado a la distribución de alimentos. Otorgándole más tarde un tono que lo relaciona con una concepción de asistencia explícitamente ligada a "la familia", el programa determina que los delegados de manzana serán mujeres: las *manzaneras*, llamadas también por el gobierno *trabajadoras comunitarias*.

Según las cifras oficiales, las *manzaneras* "trabajan [entonces] en 2.107 barrios a través de los acuerdos firmados entre el Consejo de la Familia y cada municipalidad. Elegidas por su propio barrio, trabajan en zonas de concentración de pobreza extrema". Su tarea consiste en la distribución de una cuota semanal de alimentos destinados a los niños de menos de seis años, como por ejemplo 50 cl de leche por día, 1 kg de cereales, fideos y azúcar. "Las *manzaneras* son hoy 30.490 mujeres que no perciben ningún salario; son acompañadas por 6.484 parteras que asisten a las mujeres embarazadas."<sup>20</sup> Sobre esta base, y con un presupuesto de alrededor de doscientos millones de dólares por año<sup>21</sup>, la provincia construyó un sistema de asistencia pública destinado específicamente al Gran Buenos Aires.

<sup>19</sup> La Argentina de los últimos veinte años conoció la aparición de los delegados de manzana a través del fenómeno de ocupación ilegal de tierras que, como ya se describió, era un medio de proporcionar una base de participación y de democracia a la experiencia de ocupación de tierras imaginada por los curas del conurbano bonaerense. Inspirados en las Comunidades Eclesiásticas de Base de Brasil, los prelados católicos de la *opción por los pobres* intentaban crear así una estructura de poder popular. Para un análisis de la red de manzaneras, véase Auyero, Javier, *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

<sup>20</sup> *La Nación*, "Qué fue de las manzaneras de Duhalde", 7-1-2001.

<sup>21</sup> Las cifras concernientes al número de manzaneras y el presupuesto consagrado a esta acción no han podido jamás ser establecidas con precisión, existiendo disparidades aun entre las cifras oficiales presentadas por el gobierno en diferentes ocasiones. El número de *manzaneras* es estimado entre 24.000 y 30.000, y su presupuesto varía entre 140 y más de 600 millones de dólares. La disponibilidad discrecional de los créditos utilizados origina estas dudas y confusiones.

De esta manera, el peronismo montó una impresionante red de tipo clientelar, que transformó completamente el carácter de estas delegadas de manzana con respecto a sus funciones originales en los *asentamientos*. Sin embargo, el peronismo perdió las elecciones provinciales y legislativas de 1997, y el sistema de las *manzanas* mostró así sus límites en materia de cooptación política de masas, más aún cuando el porvenir político del gobernador se vio cuestionado por la pérdida de las elecciones presidenciales de 1999.

Si bien tal sistema de asistencia no pudo comportarse como una verdadera máquina electoral, resulta interesante observar cómo los partidos políticos intentan recuperar un movimiento social para integrarlo al funcionamiento del sistema político, y así comprender cómo pudo crearse una cierta simbiosis entre las organizaciones barriales y los partidos. Al mismo tiempo, si esta simbiosis muestra la debilidad de las organizaciones locales ante un poder político que controla las estructuras del Estado, la experiencia fallida del peronismo desde el punto de vista de esta voluntad de control es un ejemplo de la capacidad de los habitantes para mantener una cierta autonomía política a nivel nacional, al menos sobre el plano electoral.

La experiencia de las *manzanas*, que perduró aun tras el fracaso de Duhalde y su reemplazo en el gobierno provincial, muestra también un desplazamiento del espacio del ejercicio de la participación política. De un modo general, al tomar como interlocutores a las organizaciones y a los líderes locales, estos dispositivos de asistencia social reconducen una parte de la acción política al barrio. Pero no debe olvidarse que otro componente de la acción política se queda en el seno de la arena política nacional. Este desancilaje de las apuestas locales es consecuencia directa del funcionamiento institucional de la democracia, de la competencia partidaria y de la consolidación de un verdadero espacio público (en los años ochenta). Esta coexistencia de una doble lógica sobre las arenas locales y nacionales lleva a subrayar la coexistencia de la protesta y de la negociación en el seno de un movimiento social que debe manejar la tensión entre la "lucha por el reconocimiento" (en un sentido próximo a los análisis de Axel Honneth)<sup>22</sup> y la lucha por la supervivencia.

<sup>22</sup> Honneth, Axel, *La lutte pour la reconnaissance*, Cerf, París, 2000. [1ª ed. alemana: *Kampf um Anerkennung*, Frankfurt, 1992; hay edición en español: *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*, trad.: Manuel Ballester, Crítica, Barcelona, 1997.] Este trabajo de Honneth reintroduce el debate sobre la posibilidad de una justificación moral de las luchas sociales, posición defendida por el autor. No obstante, pensamos que desde un punto de vista descriptivo se debe dar cuenta de la tensión entre "moral" e "interés" como dos componentes de la acción, antes que renovar esfuerzos teóricos por inclinar la balanza hacia una u otra posición, lo que obliga a ir más allá de las connotaciones prescriptivas de la cuestión.

## Una lucha por el reconocimiento: los límites de una política por fuera del trabajo

La acción de estas organizaciones barriales, como la de los *piquetes*, se aproxima en parte a las descripciones de los "bandoleros sociales" realizadas por Eric Hobsbawm.<sup>23</sup> Luego de analizar numerosos casos tomados de España, los Balcanes, Brasil o Colombia, el historiador encontró entre ellos características comunes: se trataba siempre de categorías sociales dejadas fuera de las transformaciones que se estaban llevando a cabo en su sociedad, excluidas de un capitalismo en formación, que aprovechaban la ausencia de control estatal en ciertas zonas del territorio para desvalijar a los señores, los viajeros o los pueblos cercanos a modo de protesta social. La acción analizada por Hobsbawm es propia del mundo rural en transformación, nacida del paso de una agricultura familiar y comunitaria al capitalismo agrario. Ella nos recuerda los modos de acción de aquellos que no están integrados, que no pueden actuar sobre las relaciones de producción y que deben contentarse con el pillaje, con la venganza o con la acción del "bribón de gran corazón" que roba a los ricos para distribuir a los pobres. Este tipo de protesta que procede desde el exterior del proceso social dominante "tiende a volverse epidémica en los momentos de pauperización y de crisis económica", y refleja frecuentemente "la resistencia que oponen las comunidades o pueblos enteros frente a la destrucción de su modo de vida". En este sentido, como conductas colectivas "son, como máximo, síntomas de crisis y tensión en el seno de la sociedad, síntomas de hambre, de peste, de guerra", pero no constituyen nunca un programa de sociedad.<sup>24</sup> Ni bien el nuevo régimen social de producción se establece y las poblaciones se integran, el "bandolerismo" pierde su base social y su razón de ser, todavía más cuando el Estado retoma el control del territorio.

Esta comparación con esas guerrillas rurales y esos grupos de bandoleros o de bribones despierta nuestro interés en un sentido preciso. La acción colectiva de estas revueltas se sitúa al margen de la sociedad, tanto como la de los habitantes

<sup>23</sup> Hobsbawm, Eric J., *Les bandits*, La Découverte/Poche, París 1999. [1ª ed. inglesa: 1969; hay varias versiones castellanas, por ej.: *Los Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976.] Las citas están tomadas de la versión francesa.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 13-6.

de los barrios que observamos. Se trata de la acción de aquellos que se apartan de la ley, en principio para obtener algo que comer, mas luego para no quedar fuera de la sociedad, pues saben moribundo el mundo que conocían, y no ven lugar para ellos en el que se esboza. Entonces, como les es imposible inscribir su acción en el juego de relaciones que estructuran la sociedad, *cortan la ruta*. Impiden el funcionamiento normal de las cosas, interrumpen la circulación para decir "*¡Aquí estamos! ¡Nosotros también tenemos derecho a una existencia social! ¡Y si ustedes no nos la conceden, no los dejaremos vivir en paz!*".

Para ello, la única arma de la que disponen es la de ocupar un lugar, apropiarse de una parte del territorio que pueda otorgar una posición más o menos estratégica. Y son las rutas las que en parte dan acceso a tal posición, en tanto son indispensables para el funcionamiento del comercio, de la producción, de la comunicación. Claramente, entonces, las nuevas acciones prolongan la acción de los *asentamientos* (a través de las cuales los *vecinos* tratan de hacerse un lugar en la ciudad y en la sociedad), pues la toma de un terreno para la vivienda también da acceso a una posición, desde el punto de vista de la vida cotidiana del ciudadano.

### Una lucha por la supervivencia: las tensiones de una política por fuera del trabajo

Un movimiento social que encuentra su fuente de movilización por fuera del mundo del trabajo se ve directamente confrontado con las instituciones que mantienen el control de los recursos materiales accesibles a los más pobres, lo cual constituye un "dato" mayor olvidado en los análisis de las lógicas de acción. Los movimientos que tienen por objeto responder al problema de la supervivencia de las familias y los individuos que las constituyen son muy diferentes de los movimientos que sirvieron de fundamento para las teorías de la acción colectiva: el movimiento obrero (del siglo XX) tanto como los movimientos alrededor de la cuestión de las mujeres, de la ecología o de las minorías, pueden ser observados exclusivamente desde el ángulo de una acción moral expresada a través de la conquista de derechos. Pero la lucha por la supervivencia introduce forzosamente otras dimensiones. Es por esto que la movilización de los más pobres en Argentina constituye una buena base de observación y de conceptualización para analizar otras formas de protesta, como por ejemplo el caso de los desocupados movilizados

al final de la década de los noventa en Francia en el marco de la organización "AC! Agir contre le chômage" (¡Basta! Actuar contra el desempleo).

Trabajos recientes<sup>25</sup> ponen en evidencia la tensión existente entre las reivindicaciones por el *trabajo* (que apuntan a lo que es percibido por los militantes sindicales como la raíz de la cuestión de la desocupación) y las reivindicaciones por las medidas de *emergencia* (como la gratuidad del transporte o el aumento de las ayudas sociales, acceso a la vivienda, etc.), sostenidas por los *verdaderos desocupados*, quienes se encuentran apremiados por la pobreza y sometidos a severas limitaciones materiales. En el caso de los desocupados esta tensión se ve redoblada por la existencia de una tensión simbólica: por un lado buscan el reconocimiento de su condición de desocupados, en términos de una lucha contra el estigma que pesa sobre ellos; por el otro, persiguen el deseo de abandonar esta condición, percibida por ellos mismos como un estigma que contamina su honor social. Por un lado quieren ser respetados en su condición de desocupados, pero por el otro quieren dejar de serlo.

Cuando la integración social y la supervivencia están en juego, la lógica de la acción colectiva encuentra toda su complejidad en la combinación de tres registros, cuyo dominio determinará el porvenir del movimiento.<sup>26</sup> Estos tres registros no se presentan bajo la configuración de dimensiones excluyentes, lo que provoca que en cada uno de ellos la acción se encuentre sometida a una tensión específica. En el primer registro, la organización debe actuar, simultáneamente, hacia el Interior y hacia el exterior del movimiento. Hacia el interior la organización contribuye a promover lazos de solidaridad (local en nuestro caso); hacia el exterior, actúa sobre el sistema político y sobre la arena pública en la búsqueda de bienes materiales y simbólicos, intentando influir sobre una distribución que esencialmente escapa a su control.

El segundo registro concierne a la lucha por el acceso a los bienes y servicios. Esta dimensión material lleva implícita otra tensión: el movimiento lucha por una inscripción institucional en el marco de relaciones sociales estables que permitirían a los individuos salir (al menos parcialmente) del sufrimiento provocado por la inestabilidad y de las lógicas del tipo "cazador" a las que la inestabilidad obliga.



<sup>25</sup> Cf. Cohen, Valérie, *Chômage et mobilisation collective. Processus de formation et tentatives d'affirmation d'une force contestataire*, tesis de doctorado, Université de Paris X-Nanterre, París, 2003.

<sup>26</sup> La presentación que sigue retoma los desarrollos que llevé a cabo en mi tesis doctoral: *Inscription territoriale...*, principalmente en el cap. VII y en las Conclusiones (pp. 490-604).

No obstante, sometido a la urgencia, el movimiento está obligado a negociar con el sistema político, y se ve forzado a aceptar las ofertas de asistencia indispensables para la supervivencia, lo que lleva constantemente a las organizaciones a actuar como "cazadores".

En el tercer registro, el movimiento actúa sobre el terreno simbólico, donde nuevamente se encuentra confrontado a controlar una tensión. Por un lado, lucha por un *status* social de *dignidad* a través de una demanda de *trabajo* que constituye la llave de acceso a los *derechos sociales fundamentales* (ya que las personas cuya supervivencia está en juego comprenden rápidamente que, por fuera del mundo del trabajo, la ciudadanía es tributaria de la asistencia). Pero, por otro lado, el movimiento debe pelear por el reconocimiento de sus organizaciones en tanto que actores del sistema político, es decir, con capacidad para intervenir en la gestión concreta de las políticas públicas, lo que lo obliga a veces a poner entre grandes paréntesis la cuestión de los *derechos fundamentales* por razones "tácticas". Esta tensión simbólica es cercana a la conceptualización sobre el "estigma" hecha por Erving Goffman. El sujeto estigmatizado se debate entre su negación del estigma y su deseo de superar su condición, pues se siente al mismo tiempo plenamente humano y portador de una humanidad "defectuosa" en relación con los estándares definidos por los valores dominantes a los que adhiere. La tensión se convierte así en una fuente de ambigüedad en el terreno simbólico de la acción colectiva: la movilización debe responder a la doble exigencia de un reconocimiento (del *desocupado* o del *villero*, por ejemplo) como portador de derechos (los derechos del primero al subsidio de desempleo y del segundo a la asistencia o a la vivienda), y, a la vez, a su deseo de despegarse la etiqueta de esta identidad estigmatizada y de ser reconocido como un ciudadano que tiene derecho a vivir de su trabajo con toda dignidad.

El movimiento de los *piqueteros* se explica, por un lado, por una evolución en materia de movilización de los grupos populares, que permite observar cómo el segmento que había perdido su inscripción sindical encuentra refugio en la inscripción territorial (el barrio). Con el movimiento de *piqueteros*, la acción colectiva gana en contenido reivindicativo y sale de su marco local para llevar la voz de los "perdedores" a la arena pública. Es por ello que los discursos de los *piqueteros* contienen una fuerte demanda de *trabajo*. Además, a partir de la movilización de La Matanza en 2000, el movimiento avanzó notablemente en el sentido de una unificación de las organizaciones barriales, esparcidas a lo largo del conurbano bonaerense y de otras grandes ciudades. Bajo la fuerte demanda de trabajo, el movimiento de *piqueteros* unifica las reivindicaciones de los barrios

Pobres con las demandas análogas de las pequeñas ciudades y de las poblaciones golpeadas por la desindustrialización, la crisis de las provincias y las reestructuraciones regionales.<sup>27</sup> Es en este sentido que debe interpretarse el acercamiento entre las organizaciones *piqueteras* más importantes y una de las centrales sindicales.<sup>28</sup>

A pesar de todo, la expansión del movimiento *piquetero* no puede ser reducida a una demanda de *trabajo*. No puede olvidarse que aquél toma lo primordial de su fuerza de su capacidad para constituirse en actor de políticas sociales. Es decir, de su capacidad para ofrecer beneficios concretos, en particular a partir de la obtención de planes "Trabajar", "Jefes y Jefas de Hogar" y de otros tipos de ayuda social, como la ayuda alimentaria.<sup>29</sup> De esta manera el movimiento capitaliza la experiencia acumulada por las organizaciones barriales, cuyo mejor ejemplo es el movimiento de *asentamientos*.

Todas estas observaciones nos permiten indicar que, cuando la supervivencia está en juego, la acción colectiva no obedece a una sola lógica, esto es, que su comprensión no puede ser reducida a un mero reflejo frente a la pobreza o a una estrategia de supervivencia. Tampoco puede ser reducida a la lógica de la constitución de un "sujeto" o a la formación de una nueva voz en el seno del "espacio público". El análisis de la importante movilización despertada en el año 2001 en Argentina puso muy rápidamente en evidencia que este impulso de protesta era tributario de la incapacidad de acción del Estado. La crisis financiera puso al Estado frente a la imposibilidad de pagar siquiera los salarios de los empleados públicos, y lo obligó a la emisión de diferentes monedas de segundo

<sup>27</sup> Conviene recordar que los primeros piquetes fueron llevados a cabo en 1996 en la ciudad petrolera de Cutral-Co, en la provincia de Neuquén.

<sup>28</sup> Recordemos que a través de la FTV los piqueteros han encontrado un principio de alianza con los sindicatos más progresistas, reagrupados en la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). Creada en 1991 a partir de un desprendimiento de la vieja CGT peronista, esta nueva central aspira a una renovación de las prácticas sindicales con el fin de responder a la fragmentación de la base sindical. Teniendo como base principal a los trabajadores del sector público, cuyo número fue fuertemente reducido por la reestructuración del Estado, la CTA permanece como una central minoritaria.

<sup>29</sup> En mayo de 2001 los piqueteros obtuvieron la gestión de 9.500 planes *Trabajar*. Parcialmente financiados por el Banco Mundial, estos planes constituyen subsidios para personas sin empleo, durante cinco meses en promedio, a cambio de trabajo comunitario. Como se sabe, los planes *Trabajar* fueron transformados por el gobierno: en 2002 fueron creados los planes *Jefes y Jefas de Hogar*, clave mayor de la política social de la salida de la crisis. 2,5 millones de beneficiarios reciben \$150 por mes, de los cuales los *piqueteros* gestionan el 10% del total, es decir unos 250.000 subsidios. El financiamiento del Banco Mundial terminó en 2002 con el *default*.

orden (los *bonos*) para garantizar su funcionamiento elemental. Y su parálisis era casi total en agosto de 2002. Pero era ya evidente, y los hechos lo confirmaron luego, que la salida de la crisis financiera permitiría al Estado recuperar una cierta capacidad de acción y que con ella los partidos políticos regresarían al centro de la escena. Más que a un "estado de beligerancia", asistimos entonces a una revuelta general frente a la impotencia estatal.<sup>30</sup>

A pesar de la profunda crisis política que vivió el país en los años 2001 y 2002, y pese a la fuerza que parecía tener la consigna "*que se vayan todos*", nada autorizaba a pensar que los partidos políticos no recuperarían su rol de mediadores a partir de las instituciones públicas, al menos en lo que concierne a los más pobres. Es exactamente así como resultaron las cosas en 1984 tras la dictadura, y en 1991 tras la crisis de la hiperinflación. El análisis de un movimiento social exige siempre tomar en consideración las respuestas de sus interlocutores (la "actitud del oponente", en palabras de Alain Touraine)<sup>31</sup>.

Ciertos dirigentes *piqueteros* plantean uno de los focos de su movilización justamente sobre este terreno: en la demanda de una participación en la administración de las políticas de asistencia social. Pero, intentando así ganar terreno a los partidos políticos, entran en conflicto con aquellos que ven en estas negociaciones una *traición* a un movimiento social idealmente definido. Esta es probablemente una de las fuentes de la acusación hecha a los *piqueteros* de la FTV, que efectivamente se acercaron al gobierno luego de la elección de Néstor Kirchner.

Se vuelve entonces necesario encuadrar la acción colectiva en una perspectiva netamente política que plasme la nueva condición general de este tipo de movilización: las luchas de los más desfavorecidos están atravesadas por la problemática general de la integración. Las personas no se movilizan solamente porque tienen necesidades insatisfechas. Se movilizan a partir de un perfecto conocimiento de la coyuntura política (concientes de lo que pueden pedir) y, a la vez, a partir de una "moral" que les permite saber "lo que se les debe", a qué

<sup>30</sup> Javier Auyero caracterizó así las movilizaciones de entonces en *La protesta*, cit. *supra*.

<sup>31</sup> Una prueba de que las cosas eran visibles entonces la constituye el hecho de que presentamos un análisis de la situación exactamente en estos términos ya en enero de 2002, apenas a unas semanas de la caída de De la Rúa, del que aquí no hacemos más que retomar la argumentación. Se trata de nuestra intervención en el taller "Argentine", CEPREMAP/ENS, París, publicada luego en "Le quartier..."

tienen derecho. Si se abandona esta perspectiva política se cae en el marco de lo que E.P. Thompson llamaba una explicación "espasmódica" de las movilizaciones: cuando las gentes del pueblo tienen hambre, lo que las pone en movimiento es la contracción de su estómago.<sup>32</sup>

En la medida en la que el proceso de desafiliación torna frágiles e inconstantes los lazos de integración de los individuos y los de las familias, la lógica de la defensa identitaria coexiste con una lógica instrumental. Cuando la acción colectiva se vuelve hacia el interior de la "comunidad", hacia el barrio, por ejemplo, o hacia la "clase" de los desempleados (los *desocupados* del discurso de los *piqueteros*) los esfuerzos se orientan hacia el refuerzo de la solidaridad primaria, de acuerdo con una lógica identitaria, y también hacia un refuerzo de los lazos de cooperación en una lógica instrumental. Cuando la movilización se dirige al exterior del barrio, una lógica expresiva orienta la acción a manifestarse por el reconocimiento de los derechos sociales ignorados. Pero también hacia el exterior una lógica instrumental orienta a los habitantes a tomar iniciativas frente a las autoridades para obtener subsidios, agua, electricidad, una escuela o una comisaría. Los dos motores de la acción se ponen así en paralelo: uno hacia el reconocimiento y la defensa de la identidad, el otro hacia una práctica instrumental frente al sistema político y hacia el Estado y el refuerzo de las solidaridades barriales. Un juego de mosaicos se instala y vuelve complejas las lógicas de acción. Esta complejidad, como hemos visto, no es sólo analítica, sino que se manifiesta también en los procesos de acción, muchas veces tensados por duras contradicciones.

## El derecho y el revés

Alain Touraine ya había observado una doble lógica en la movilización de los barrios en Santiago de Chile en los años setenta. El autor indicaba entonces que "la acción colectiva se divide en dos elementos mal engranados entre sí: por un

<sup>32</sup> Cf. Thompson, Edward P.: "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", en *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, The Merlin Press, Londres, 1991, pp. 185-258. [Hay traducción al castellano: *Costumbres en común*, trad.: Jordi Beltrán y Eva Rodríguez, Cátedra, Barcelona, 1995.]

lado, colaboración y negociación con las autoridades; por el otro, protestas 'ejemplares' y violencia política"<sup>33</sup>. Touraine atribuye esta doble característica de la acción colectiva a las diferentes reacciones frente a la pobreza y la exclusión. Frente a la pobreza, la movilización apunta a una acción de integración comunitaria y a actividades de tipo instrumental que conllevan cierta incorporación al sistema político. Pero en la medida en que hay conciencia de la exclusión, la movilización no se define más por las necesidades inmediatas de supervivencia, el grupo se considera como víctima y defiende sus derechos, que considera despreciados.

Desde nuestro punto de vista, la doble lógica se comprende mejor como resultante de una lucha por la integración. La voluntad de integración o de resistencia a la desafiliación implica la necesidad de hacer frente a las urgencias de lo cotidiano para dar lugar al establecimiento de lazos de solidaridad local, a la formulación de demandas y de negociaciones y a la construcción de una conciencia contestataria orientada al reconocimiento. Las lógicas complejas de la acción colectiva no obedecen a dos motivos de movilización (pobreza y exclusión) sino exclusivamente a uno: la lucha contra la desafiliación (o contra los déficit de integración), con sus aristas materiales y simbólicas, comunitarias y políticas. En este sentido, podemos ver como una unidad aquello que parecería separado en la movilización de los sectores populares en Argentina: el fenómeno de los *piquetes* camina de la mano del desarrollo de las organizaciones barriales y del entramado de las solidaridades locales.

Cuando la supervivencia está en juego, la acción colectiva se expresa simultáneamente en dos facetas que no coinciden exactamente con la distinción clásica entre la lógica "expresiva" y la lógica "estratégica". Si se mira una de sus caras, la de la acción, vemos la protesta, la organización de una "comunidad" en torno a sus carencias, a su sufrimiento y al lugar que desearía ocupar en el mundo. La comunidad reclama entonces sus derechos. Al mirar la otra cara, la acción colectiva vista del revés, vemos la manifestación de la urgencia, de las necesidades inmediatas, la dependencia del Estado para satisfacer las necesidades de la "comunidad" y el sentido estratégico de los "cazadores". Ellos negocian entonces dentro del sistema político y refuerzan las estructuras locales de solidaridad. Y el derecho y el revés de la acción se estructuran también en el

<sup>33</sup> Touraine, Alain, *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*, Odile Jacob, París, 1988, pp. 240 y ss.

plano simbólico: de un lado encontramos las demandas por el derecho de todos al trabajo y a la dignidad; del otro, observamos el combate de cada organización social por ser reconocida como actor legítimo de las políticas sociales. Estas dos dimensiones de la acción se erigen sobre la base de una trama más o menos sólida de lazos de solidaridad local, y por esta vía se instrumentaliza una nueva territorialización de la relación con lo político. Pero tal descentramiento expresa siempre la misma tensión: si la negociación y la integración en el sistema político aparecen aquí ligadas al ámbito de lo local, el reconocimiento de los "derechos", en cambio, sólo puede realizarse a través de la extensión de la ciudadanía a un plano universal, o nacional.

En este sentido, la movilización desdobra el rol del Estado. Silvia Sigal había ya observado esto en su estudio sobre los comportamientos colectivos y la actividad política de los "marginales". La hipótesis de Sigal es que los grupos marginales no pueden llevar a cabo acciones de largo plazo ya que "su relación con el adversario se sitúa entre una acción reivindicadora de derechos y una acción de presión a fin de obtener beneficios institucionalizados"<sup>34</sup>. Se comprende así la plena inserción de estas clases populares en el sistema político: participan en las elecciones cuando el terreno electoral lo permite, salen a la calle, utilizan las redes clientelares... Esto no impide que sean particularmente vulnerables a las variaciones de coyuntura. Las clases populares se encuentran en una situación de fuerte dependencia política y su capacidad de influir en los cambios depende poco de ellas mismas. Volvemos a observar la posición del Estado determinada por la necesidad de las clases populares de encontrar en él un agente institucional del que depende la supervivencia y un garante de la integración. Al referirse a sus derechos, las clases populares pueden ampliar el horizonte democrático, pero su margen de maniobra se encuentra drásticamente reducido. El Estado como administrador de las políticas sociales se desdobra en, y al mismo tiempo se confunde con, el Estado como garante de la integración. De ahí la dificultad de mantener una relación de actor a adversario (como le gustaría a Touraine y a otros buscadores del "Sujeto"), pues esa relación es fácilmente transformada en relación entre un Estado asistencial y una colectividad asistida.

<sup>34</sup> Sigal, Silvia, "Marginalidad espacial, Estado y ciudadanía", en *Revista Mexicana de Sociología* N° 4/81, México, 1981, p. 1570.

## UNA ALQUIMIA AL REVÉS O CÓMO CONVERTIR TRABAJADORES EN POBRES

*Quand le "blé de Guinée" est mûr, il arrive que des  
fièvres se répandent; la seule façon d'éviter cette fièvre  
est de donner des présents de ce blé aux pauvres.*

Marcel Mauss

Consideradas las cosas desde el punto de vista de las clases populares, uno de los principales andariveles por los que se movió la Argentina democrática es el de las políticas sociales. Dada la violenta reestructuración social que vivió el país, la orientación de las políticas públicas en el terreno social tuvo naturalmente inmensas repercusiones sobre las clases populares y su relación con el proyecto democrático. Veremos cómo la reorientación política de la intervención social contribuyó a formar un interlocutor nuevo para las clases populares al modificar el tipo de intervención institucional con que éstas deberían lidiar. Vaya una prueba más, si hace falta, de que política y sociedad no pueden ser sistemáticamente observadas por separado.

Una acción enérgica fue implementada con el objetivo de reorientar la acción del Estado y de modificar el viejo sistema de acción incorporando nuevos actores en el terreno de las políticas sociales. La reorientación política de la intervención social fue importante por varias razones. En primer lugar porque esta iniciativa, llevada adelante desde lo alto de la sociedad, influyó notablemente sobre los cambios que estaban fermentando por abajo: la reorientación de las políticas sociales contribuyó a (y se articuló con) la producción de una nueva politicidad popular. En segundo lugar porque a través del diagnóstico que proporcionaron sobre lo que se llamó entonces una "nueva cuestión social", las ciencias sociales contribuyeron directamente en tanto actores políticos a definir el contexto intelectual del proyecto democrático, tal como éste se presentó en los años ochenta y noventa.

Una vez más, en este terreno la Argentina no se encontró sola, ya que en



Se le puede reprochar a nuestra reflexión el ser demasiado general. Hemos considerado a América Latina como una unidad en relación con su pasado y su tradición social, como lo hicimos también respecto de la promoción de las nuevas estrategias de *lucha contra la pobreza*. Así, hemos pasado por alto las distintas situaciones y los contextos nacionales y regionales en lo que se refiere, en particular, a las clases populares y al Estado. Del mismo modo, hemos asimilado las distintas estrategias de cada organización internacional a una unidad, mientras que dentro incluso de cada uno de estos organismos hay disensos importantes. Más aún, no hemos descrito la variedad de las políticas sociales en cada país (políticas de salud, de alojamiento, de protección social, de asistencia, etc.). Sólo hicimos referencia a una orientación, de mucho peso ciertamente, en la cual agencias internacionales, Estados, ONG y organizaciones de habitantes se han dado cita.

Con todo, el nivel de generalidad en el cual nos situamos no procede de una asimilación torpe sino de una voluntad específica. Sólo en la oposición de dos problematizaciones distintas en torno a la cuestión social se vuelve visible la construcción de dos sistemas de acción diferentes. Y es gracias a esta misma operación de generalización que podemos entrever algunos de los principales impactos de las políticas públicas llevadas a cabo durante casi dos décadas.

Podemos identificar la manera en que esta reorientación política de las intervenciones sociales contribuyó a la aparición de una nueva politicidad de las clases populares sobre tres planos. En primer lugar, porque al redefinir la orientación de las políticas sociales, éstas contribuyeron a modificar el marco institucional de la acción política a escala local. Las iniciativas de *lucha contra la pobreza* ofrecieron un interlocutor conveniente para la acción de base territorial. En segundo lugar, porque al centrar la acción pública en la figura del *pobre* en detrimento de la del *trabajador*, contribuyeron a desactivar una manera tradicional de inscripción de las demandas ciudadanas en el horizonte democrático a través del Derecho. Finalmente, porque aumentaron la cantidad de recursos accesibles a través de las estrategias de tipo "cazador" —lo que hemos visto sobre el plano de la acción colectiva en los capítulos 2 y 3, y que veremos en el plano individual en el capítulo 6.

## CON LOS PIES EN LA TIERRA: LA INSCRIPCIÓN TERRITORIAL DE LAS CLASES POPULARES -EN ARGENTINA Y EN OTROS LUGARES-

*Qu'il s'agisse des villes momifiées de l'Ancien  
Monde ou des cités fatales du Nouveau, c'est la  
vie urbaine que nous sommes habitués à associer à  
nos valeurs les plus hautes sur le plan matériel et spirituel.*

Claude Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*

Entre las figuras de cultura popular, el barrio es una de las más polisémicas. Cambia de sentido de un idioma a otro, de un país a otro y de una ciudad a otra y se transforma con el tiempo. En esta perspectiva, los intentos por atribuirle un contenido han sido múltiples y los estudios consagrados a ella se cuentan entre los más bellos pasajes de la sociología desde el Chicago de los años veinte a la Ciudad de México de los años sesenta, pasando por el Londres de los cincuenta y París y su eterna *banlieue*. Pero, ¿cómo dar un contenido transversal a un objeto tan heteróclito y de manifestaciones tan heterogéneas?

Haremos aquí un intento cuestionándonos lo que consideraremos dos de sus dimensiones fundamentales. En primer lugar, exploremos la relación del barrio con la cuestión del lazo social: ¿En qué medida y bajo qué condiciones puede este territorio ofrecer "soportes" al individuo y la familia, y el barrio participar en la cohesión social? En segundo lugar, nos propondremos enlazar esta cuestión con la de la relación con lo político: ¿Hasta qué punto puede el barrio constituirse en punto de apoyo para la movilización colectiva? Esta cuestión implica a su vez una tercera: ¿Cuál es la pertinencia del territorio local para el despliegue de las políticas sociales y el emplazamiento de estrategias de desarrollo?

Las respuestas a estos planteos adquirirán aquí un carácter limitativo, ergo, no absoluto; esto es: nos limitaremos a razonarlos en términos de "límites". Estos límites no pueden dar una contestación precisa, pero pueden ayudar a la definición de un campo de lo probable y abrir así la vía hacia lo que constituye un vasto ejemplar de investigación. A tal efecto, nos apoyaremos en el ejemplo de los barrios latinoamericanos. No porque al sur del Río Grande el barrio adquiriera una homogeneidad particular, sino porque tanto a nivel de las ciencias sociales como a nivel de la acción política el barrio despierta en América Latina tantas esperanzas como temores. Además, las evoluciones recientemente constatadas en el continente muestran que el interés por esta "realidad" sociológica sigue siendo intenso, como hemos visto en los capítulos precedentes.

### Los barrios populares de América Latina

El 24 de agosto del 2002 entro en el recinto de la escuela número 172 de Isidro Casanova, en el oeste del Gran Buenos Aires. Es sábado y no hay niños estudiando. El patio y los corredores se encuentran a rebosar de delegados de la Federación Tierra y Vivienda reunidos en asamblea. Cada delegado representa a un barrio de la inmensa corona que con sus 8 millones de habitantes rodea la capital argentina (de los cuales casi la mitad se encuentra bajo la línea de la pobreza). El dirigente de esta organización elabora la estrategia para los meses futuros, informa de las negociaciones con el gobernador de la provincia y habla del estado de las conversaciones con algunos sindicatos, con otras organizaciones de piqueteros y con partidos políticos, todo apuntando a las próximas elecciones presidenciales.

El 10 de setiembre de ese mismo año me encuentro en un barrio popular de Uruguay, en uno de los 19 centros comunales impulsados por la municipalidad de Montevideo (los Centros Comunales Zonales -CCZ- son centros de gestión administrativa puestos en marcha desde hace una década por la Intendencia). Una asamblea de vecinos y de representantes de la Intendencia discuten sobre los procedimientos para la conservación del proyecto de olla popular que llevan a cabo desde hace tres meses, así como de las iniciativas para ensanchar el campo de acción y de movilización en el barrio. ¿Cómo hacer para no quedarse encerrados en la administración de la miseria? Y en ese sentido, ¿qué hacer para que la movilización no se ahogue bajo los efectos mismos de la crisis que la ha alimentado?

De una orilla a la otra del Río de la Plata, la necesidad se ha multiplicado con la recesión que golpeó tanto al Uruguay como a la Argentina durante casi cinco años entre 1999 y 2003, y tras la crisis financiera que mantuvo a la administración del Estado en la casi absoluta parálisis. En ese contexto, las organizaciones barriales resultaron ser un excelente medio de respuesta al estado de necesidad en el que se encuentran millones de familias. Pero, en verdad, esta presencia del barrio en tanto fuerza social no es un reflejo provocado por la última crisis: en ambos países las organizaciones locales y las diversas formas de solidaridad estructuradas sobre la base del barrio no hacen más que aumentar su presencia pública y reforzar los lazos de cooperación desde que el modelo económico y social que había hecho de ellos "el granero del mundo" y "la Suiza de América" respectivamente, se agotó para la Argentina en los años setenta y para el Uruguay en los años sesenta.

En realidad, podemos ir aún más lejos y sugerir que en todas las grandes ciudades de América Latina el barrio constituye una de la figuras mayores de la cultura popular. Y esto por diferentes razones que tienen que ver con las evoluciones nacionales propias, lo que dio lugar a la coexistencia de varios tipos de barrio. Así, en un primer momento, las villas atrajeron la mirada de muchos investigadores interesados por América Latina. Esta figura clásica del hábitat popular originó uno de los debates más ricos de la sociología latinoamericana. Estos espacios "marginales" comenzaron a extenderse en la crisis de los años treinta y adquirieron considerable magnitud en la realidad de todas las grandes ciudades a partir de los cincuenta, lo cual despertó una atenta consideración por parte de las ciencias sociales y una creciente preocupación del poder político. Se debatía entonces tanto sobre las causas del fenómeno como sobre su futuro: ¿Se debía todo a un funcionamiento del mercado del trabajo propio de capitalismos dependientes que producen, mucho más que un "ejército de reserva" de fuerza de trabajo, una "masa marginal" no integrable en el marco de esta formación social? ¿O, al contrario, se trató de un déficit de integración debido a la celeridad del flujo rural, déficit a paliar con un desarrollo económico sostenido, la integración a la ciudad y la instalación de democracias estables?

<sup>1</sup> Nun, José, "Sobre población...", pp. 178-236. Para una revisión reciente del problema véase Nun, José, *Marginalidad y...*

<sup>2</sup> Germani, Gino, "Inquiry into the social effects of urbanization in a working-class sector of greater Buenos Aires", en *Urbanization in Latin America*, Columbia University Press, Nueva York, 1961.

Sin haberse saldado, el debate sobre la marginalidad se detuvo en el decurso de los años setenta. Sin embargo, ignorando las tribulaciones intelectuales, en todo el continente se consolidaron las villas, conocidas bajo múltiples denominaciones (todas las cuales subrayan ampliamente el carácter "excepcional" del fenómeno): villas miserias en Argentina, cantegriles en Uruguay, favelas en Brasil, callampas<sup>3</sup> en los países andinos, poblaciones o chabolas en otros. Hablando con Juan, un dirigente de Villa Palito, en el La Matanza, le pregunté cuándo había ido a vivir a la villa. Corría el año 2002. "Hace cuatro generaciones", me respondió. "Mi abuelo vino en 1947. Así que mi viejo nació en la villa, después yo... y ahora mis tres hijos también." Hoy en día estos barrios encarnan en todas partes la fractura social, la exclusión y la pauperización constantes, ya sea como resultado del fracaso de los modelos neoliberales o como la expresión de las diversas crisis que azotan los países desde hace treinta años.

Otro tipo de barrio popular, largamente establecido en la mayoría de los países (y especialmente en ciudades como Buenos Aires, México, Santiago o Montevideo) resulta de grandes operaciones inmobiliarias de loteos. Conformados por pequeñas casas construidas por los propios habitantes, frecuentemente con el apoyo del Estado a través del crédito hipotecario y la provisión de servicios urbanos, estos barrios representan el resultado de una integración social más o menos exitosa producida en su tiempo por la estabilización del empleo y el desarrollo de protecciones sociales. Es la consolidación del trabajo asalariado desde la primera mitad del siglo XX lo que permitió a los habitantes comprar tierra en mensualidades de hasta treinta años. Tras ello, con gran esfuerzo de toda la familia, cada uno en su parcela construía su casa más o menos modesta con sus propias manos. Estos territorios representan la figura típica del barrio en Argentina y Uruguay a tal punto que, a diferencia de los países europeos, la gran mayoría de los obreros y empleados tuvieron acceso a la propiedad desde principios del siglo pasado, alimentando así el sueño de la casa propia, aún realizable hasta los años setenta.<sup>4</sup>



<sup>3</sup> Callampa proviene del quechua y significa hongo (de ahí "brotar como callampas"). Esta palabra también es empleada para referirse a cosas pobres hechas de lata o cartón en las orillas de las ciudades. La semiología de este tipo de hábitat popular es extremadamente significativa. La hemos explorado para el caso argentino en el marco de nuestra tesis, véase Merklen, Denis, "Deux figures de l'habitat populaire: le quartier et le bidonville", en *Inscription territoriale*..., pp. 171-256.

<sup>4</sup> Clichevsky, Nora, Prévôt Schapira, Marie-France y Schneider, Graciela, *Loteos populares, sector inmobiliario y gestión local en Buenos Aires*, CEUR-CREDAL, Buenos Aires, 1990.

La tercera figura, de menor importancia en el caso latinoamericano, es la de las viviendas construidas por el Estado. Bajo la forma de enormes unidades o de viviendas individuales, esta vía de acceso al alojamiento social es mínima en relación con las dos precedentes y tiene una característica digna de ser subrayada: nunca fueron alquiladas, antes bien vendidas mediante un sistema de mensualidades. A largo plazo esto produjo que una buena cantidad de barrios se asimilara a la figura clásica del mismo, contribuyendo también a realizar el sueño de la casa propia.<sup>5</sup>

Hacia fines de los años sesenta, los barrios contruidos a base de ocupaciones colectivas e ilegales de tierras comenzaron a desarrollarse convirtiéndose en una característica típica de las ciudades latinoamericanas, despertando otra vez el interés de los sociólogos así como importantes pesadillas para los respectivos gobiernos.<sup>6</sup> Promovidos al principio por corrientes de la "nueva izquierda" no comunista, estos movimientos urbanos tuvieron la ambición de constituirse en fuerza social contestataria sobre todo en Chile, Perú y Brasil.<sup>7</sup> Más recientemente, estas formas de acceso a la ciudad fueron alentadas en Argentina y Uruguay por ciertas corrientes de la Iglesia católica, por los partidos políticos en el poder<sup>8</sup> y por ONG ligadas a veces a la política de los arrendatarios de fondos internacionales (como el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo)<sup>9</sup>. La principal característica de estos asentamientos (tal su nombre en Argentina, Brasil y Uruguay) es que a la apropiación colectiva de terrenos para iniciar una urbanización sigue en estos barrios la creación de un movimiento que actúa sobre el sistema político.



<sup>5</sup> El hecho de que este tipo de hábitat construido por iniciativa estatal sea poco numeroso en América Latina revela el escaso interés de las inversiones públicas en este ámbito.

<sup>6</sup> Véanse, por ejemplo, los trabajos de Manuel Castells y Alain Touraine: Castells, Manuel, *Luttes urbaines et pouvoir politique*, Maspero, París, 1973, y Touraine, Alain, *op. cit.*

<sup>7</sup> Para un balance de los trabajos sociológicos acerca de estos movimientos sociales urbanos en América Latina, cf. Cardoso, Ruth, "Movimientos sociales urbanos: balance crítico", en Sorji, B. y Tavares de Almeida, M. H. (org.), *Sociedade e política no Brasil pós-64*, Brasiliense, San Pablo, 1983.

<sup>8</sup> Mis propios trabajos sobre asentamientos en Argentina ilustran este tipo de ocupación ilegal más reciente. Cf. Merklen, Denis, *Asentamientos en...* e *Inscription territoriale*...

<sup>9</sup> En relación con esto véanse los estudios realizados sobre la experiencia muy divulgada de Villa El Salvador, en Perú: Franco, Carlos, "La experiencia de Villa El Salvador: del arenal a logros fundamentales a través de un modelo social de avanzada", en Kliksberg, B., *Pobreza, un tema imposterizable. Nuevas respuestas a nivel mundial*, Pnud/Clo/FCE, México, 1993, pp. 421-32. También la visión de esta experiencia dada por el BID: Kliksberg, Bernardo, "El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo", en Kliksberg, B. y Tomassini, L., *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, BID / Fund. Herrera / University of Maryland / FCE, Buenos Aires, 2000, pp. 19-58.

Si las villas de los años cuarenta y cincuenta encarnan los límites de la integración de poblaciones llegadas con el flujo de inmigraciones rurales y los límites del mercado de trabajo de las economías dependientes, los *asentamientos* son la consecuencia de una crisis social que golpea a las jóvenes familias de los que, aun habiendo nacido en la ciudad, no encuentran para ellos una vía favorable para la obtención de vivienda.

Aunque en diferente grado y según diversas modalidades, todas estas figuras de hábitat popular tienen en común el albergar a poblaciones que sufren de déficit más o menos importantes de integración social y que viven en condiciones más o menos severas de carencia material. Este punto de partida común contiene otro: estos déficit obligan a los habitantes a una movilización social que se crea sobre la base del territorio.

Sea cual sea la modalidad de su formación (resultado de invasiones colectivas o de ocupaciones "espontáneas" de terrenos, de promociones inmobiliarias o de la acción del Estado), el barrio popular puede ser sometido a una serie de cuestionamientos que, a partir de estos puntos comunes, se inscriben en el cruce de tres problemáticas más allá de las especificidades estudiadas de uno a otro país y de una ciudad a otra, más allá incluso de las diferencias entre cada una de las figuras de inscripción territorial citadas. En primer lugar, el barrio se inscribe en la problemática de la acción colectiva, pues a menudo sirve de punto de apoyo para la movilización y constituye en todo el terreno una relación específica a lo político. En segundo lugar, el barrio se inscribe en la problemática de las políticas públicas desde el momento en que aparece como un lugar cada vez más solicitado por las políticas sociales (tal como hemos visto en el capítulo 4). Los estudios de terreno muestran en tercer lugar cómo el barrio aporta generalmente una buena cantidad de soportes a las familias y cómo se constituye así en campo de construcción de una solidaridad cuya base es territorial. Si estas constataciones se observan frecuentemente, conviene, si no relativizarlas, al menos matizarlas. Por una parte, nos debemos preguntar lo siguiente: el barrio, ¿representa una herramienta para la movilización popular o más bien opera como un recurso último para sectores que no llegan a inscribir sus condiciones de vida deficitarias en el terreno político nacional? Por otra parte, ¿constituye el barrio popular una forma de "protección social" para los individuos y las familias, o se trata más bien de un refugio en el que se repliegan los que se quedan fuera de los sistemas sociales? Así, el barrio debe ser observado bajo las dimensiones generales de la integración social y la integración política.

## Solidaridades locales

Una constatación atraviesa los estudios sobre grandes ciudades: allá donde las formas de integración secundaria (es decir, institucionalizadas) fallan o no están lo suficientemente desarrolladas, lo local aparece como el marco natural de tejido de diversas modalidades de solidaridad. Es un tema clásico de la sociología no solamente para aquellos que se inspiran en los textos de Durkheim sino también de los que lo hacen en los trabajos de Marx o en la Ecología Urbana. En todo lugar, los barrios populares han sido descritos en su capacidad para recibir a los recién llegados provenientes de toda suerte de inmigración, para movilizar recursos de ayuda mutua frente a la pobreza, para conjurar en la medida de lo posible las consecuencias de la inseguridad social y completar salarios insuficientes. Frecuentemente, los estudios monográficos muestran al barrio como un territorio en el que se organiza el cuidado de la infancia, la vejez o la enfermedad, como el espacio en el que los que no encuentran trabajo obtienen las informaciones y contactos necesarios para la búsqueda de un *laburo*, a falta de un verdadero empleo. Es el tema tantas veces estudiado del barrio obrero<sup>10</sup>, del barrio receptor de inmigración<sup>11</sup>, o de aquel en el que, más recientemente, encuentran refugio la desocupación masiva y la precariedad.<sup>12</sup> Retomando la conceptualización de Robert Castel se puede decir que el barrio aporta los "soportes" necesarios a la integración de estos individuos y, lo que no debe subestimarse, esenciales para la formación de las familias.

Así, comparando la situación de los asalariados de Londres, París y Nueva York entre 1880 y 1910 en su monumental trabajo sobre el "nacimiento del desocupado", Christian Topalov muestra cómo la ciudad proporciona a las familias obreras una parte importante de los recursos necesarios en tiempos de relaciones salariales aún muy frágiles.<sup>13</sup> Dada su proximidad con un precario y fragmentado mercado de trabajo y por las relaciones de solidaridad local que se estructuran en

<sup>10</sup> Magri, Susanna y Topalov, Christian, *Villes ouvrières 1900-1950*, L'Harmattan, París, 1989.

<sup>11</sup> Pétonnet, Colette, *On est tous dans le brouillard. Ethnologie des banlieues*, Gallée, París, 1979.

<sup>12</sup> Véanse, por ejemplo, el trabajo de Philippe Bourgois sobre Nueva York (*En quête de respect*, Seuil, París, 2001) o mis propios trabajos sobre los barrios del conurbano bonaerense.

<sup>13</sup> Cf. Topalov, Christian, "Les ressources de la grande ville", en *Naissance du...*, pp. 50-8. Acerca del tema del barrio obrero, véase el conjunto de trabajos reunidos por Susanna Magri y Christian Topalov (*op. cit.*), relacionados con el París de 1900 a 1950.

su territorio, el *conventillo* o el tugurio del centro de la ciudad constituye un componente central del modo de vida del obrero: "lazos familiares, de origen, profesionales, de proximidad espacial al taller, de la vivienda, de los lugares de la vida social, todo concurre para hacer del barrio una sociedad obrera y popular sólida" (destruida cuando "las renovaciones urbanas de la segunda mitad del siglo XIX lanzan las topadoras sobre estas 'zonas insalubres'").<sup>14</sup>

En este mismo barrio popular, empero, los efectos de la anomia son a menudo los más visibles: delincuencia, alcoholismo, tráfico de drogas, violencia familiar y sexual y maltrato del menor son frecuentemente observados. ¿Qué lazo se debe establecer entre anomia y solidaridad? ¿Qué enlaza esas estructuras de solidaridad locales, fuertes hasta el punto de permitir la supervivencia de poblaciones sometidas a situaciones de pobreza acaso extrema, con situaciones de anomia tan remarcadas?

Una primera observación haría pensar, como lo han hecho muchos a partir de una lectura discutible de los trabajos de Oscar Lewis<sup>15</sup>, que se trata de una especificidad propia de la "cultura de la pobreza". Por supuesto, se puede pensar que la pobreza –característica de muchos barrios populares– "doblega y deforma el espíritu", y que los pobres "son víctimas de un sufrimiento mental" particular.<sup>16</sup> Efectivamente, las condiciones materiales de vida tienen mucho que ver, y se puede admitir que una experiencia común da lugar a la existencia de valores compartidos e incluso a estructuras normativas más o menos estabilizadas. Sin embargo, sabemos cuántas de estas visiones culturalistas ceden a la caridad e incluso al desprecio por estos individuos, desposeídos así de la posibilidad de ser considerados simplemente como ciudadanos que viven una situación difícil.

Parece mejor ampararse en el punto de vista no culturalista. Se puede así admitir más fácilmente que el carácter masivo de la vulnerabilidad plantea problemas de orden imposible de resolver en el marco de las solidaridades locales. Es decir que ante la pobreza y la precariedad, la ayuda mutua no puede bastar para colmar los déficit de una situación a la que son abandonadas las familias. Las estructuras de solidaridad local de gran consistencia que observamos en el barrio popular no pueden en ningún caso suplir a las protecciones sociales y a las formas de socialización aportadas por las instituciones y el trabajo.

<sup>14</sup> Topalov, C., *Naissance du...*, p. 55.

<sup>15</sup> Lewis, Oscar: *Antropología...* y *Les enfants...*

<sup>16</sup> Harrington, Michael, *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, FCE, México-Buenos Aires, 1963 (*The Other America: Poverty in the United States*, 1962), p. 10.

Esto obliga asimismo a no idealizar el mundo popular y a sacarle a la figura del *barrio* todo su contenido folklórico. Lo que vemos cuando observamos las formas de solidaridad a nivel del barrio es sólo un sistema de intercambios y de participación estructurada por normas locales. No obstante, en sociología "solidaridad" no es necesariamente el nombre de un valor positivo. Sirve para designar simple y llanamente una forma de cooperación que, como cualquier otra, se encuentra frecuentemente marcada por toda suerte de maldades: los más viejos inmigrantes explotan a los recién llegados; el hampón del barrio se beneficia de privilegios políticos, las organizaciones barriales utilizan las formas más condenables de violencia para imponer una orden, los malandras viven a costa de otros, los jóvenes explotan a los menores... Una estructura de solidaridad localmente organizada presenta evidentemente todos los signos de la dominación basada en jerarquías muy marcadas entre pobres o trabajadores. Así Grignon y Passeron enseñaron cómo observar las clases populares desconfiando de nuestras propias inclinaciones tanto frente al populismo como al miserabilismo.<sup>17</sup> Antes de precipitarse hacia una alternativa culturalista que permitiría "comprender" la especificidad de lo local, conviene saber que la dificultad para interpretar la coexistencia de solidaridad y anomia a nivel barrial proviene de los lentes que lleva puestos el investigador antes que de cualquier otra cosa.

Veamos para ello un ejemplo que muestra una situación de las que se prestan fácilmente a confusión. El 14 de septiembre del 2000 participé en una reunión de un grupo de jóvenes habitantes de Jalouise, un *bidonville*<sup>18</sup> de Petion-Ville, en Haití, cerca de la capital. Me informaban acerca de un proyecto de "desarrollo local" y de "promoción de la democracia" puesto en marcha en el barrio por la UNESCO.<sup>19</sup> Bajo los auspicios de una ONG de origen francés, los jóvenes habían formado un "consejo" que reunía a varias organizaciones del barrio (el Coasec). En el transcurso del debate, me interesé por la *Comisión de mantenimiento del orden público* que ejerce las funciones de Policía en Jalouise y que tuvo la oportunidad de ver actuar en la final del campeonato de fútbol local organizado

<sup>17</sup> Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude, *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*, Le Seuil, París, 1989. [Hay traducción al castellano: *Lo culto y lo popular*, trad.: Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, Endymion, Madrid, 1992.]

<sup>18</sup> *Bidonville* es literalmente "ciudad de latón", es el nombre de la "villa miseria" o la "chabola" en francés.

<sup>19</sup> Evaluación realizada para el programa Most de la UNESCO. Cf. Merklen, Denis, *Le Projet Jalouise: développement intégré d'un bidonville haïtien, Pétiön Ville, Haiti*, Unesco/Most, París, 2000, en <http://www.unesco.org/most/mostmab2.htm>.

por el Cocec el domingo anterior. Mis interlocutores me explicaron que gracias a las enseñanzas de un antiguo *ton-ton macoute* (de la época del dictador Duvalier) han podido armar esta suerte de Policía barrial. Directamente comunitaria y política a la vez, pues no responde a ningún estado de derecho ni a ninguna división de poderes, cumple una función esencial/ante los ojos de los jóvenes (y aparentemente de la mayoría de los habitantes del barrio).

Saliendo de Jalousie no pude evitar pensar en mis colegas participantes de las múltiples agencias internacionales (públicas y privadas, gubernamentales o "no") que contribuyeron al desmantelamiento del Estado haitiano durante los años noventa en beneficio del "fortalecimiento de la sociedad civil" o de una denominada estrategia de *empowering*. Tampoco pude dejar de pensar en la claridad de la distinción de Weber entre dominación "racional" o "burocrática" y las otras.

Exactamente: los lazos locales de solidaridad no pueden propulsar a los individuos a una plena integración en una sociedad moderna. Hay que separar igualmente otra confusión frecuente, pues el carácter local y el anclaje territorial de los lazos de solidaridad que las clases populares construyen en los barrios no son de naturaleza "tradicional": No son para nada el resultado de comportamientos sedimentados por la repetición y la costumbre, ni el tejido social que producen corresponde al de una estructura social en el que el lugar de cada uno estaría fijo en un jerarquía inamovible.<sup>20</sup>

Si bien las clases populares recuperan a veces elementos de "costumbre" apoyándose en tradiciones populares (cual la medicina "tradicional") o en curas, están empero subyugadas a los imperativos que la supervivencia impone cuando se acampa en los márgenes de ciudades perfectamente "modernas". Yo no diría que los habitantes de Jalousie sean víctimas de la tradición ni de una cultura particular cuando apelan al *ugã* para que cure a sus hijos o para solventar ciertos litigios; antes bien me inclinaría por afirmar que es el medio del que disponen para enfrentar la enfermedad y para instituir una autoridad reconocida por todos. La inscripción territorial de las clases populares que nosotros observamos hoy en día a nivel de un barrio de cualquier gran ciudad no corresponde para nada al *Gemeinschaft*<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> Retomamos este problema con el análisis de las formas de individuación presentes en los barrios populares, en el cap. 6.

<sup>21</sup> Podemos anticipar la cuestión del contenido que atribuimos a la sociabilidad "moderna". Un barrio

## **Acción colectiva y relación con lo político**

Los recursos obtenidos mediante el trabajo son insuficientes para la mayoría de las familias de los barrios populares. A menudo no bastan para solucionar lo esencial. Con salarios nimios o irregulares, y protecciones precarias o inexistentes, los hogares deben recurrir a otros recursos materiales para colmar los déficit provocados por el trabajo precario y así protegerse de la vulnerabilidad. Ya sea en dinero o en bienes y servicios, las familias se apoyan en dos otros tipos de fuentes suplementarias: los tráficos más diversos y las instituciones públicas. Esta situación obliga a las familias y a los barrios a una organización de las actividades económicas bajo la forma de una "poliactividad"<sup>22</sup> estructurada localmente por una división del trabajo.

No escapa a una tal determinación San Pablo menos que Buenos Aires o Ciudad de México. En lo concerniente a muchos de los habitantes de estos barrios el mercado de trabajo es sumamente "irregular" y "flexible" y está enteramente sometido a la economía "informal". En efecto, las relaciones laborales son casi siempre precarias, la protección de la que pudiera gozar el trabajador es rara y el dinero es a menudo fatalmente insuficiente. Por eso es que las solidaridades territoriales juegan un rol tan importante y que son tan fuertes. No obstante, las solidaridades locales no producen prácticamente ningún recurso. Ellas más bien distribuyen y hacen circular medios que las organizaciones barriales recuperan fuera.

Si por un momento ponemos entre paréntesis los tráficos, lo que queda es que lo esencial de los recursos que no provienen del trabajo se encuentran localizados en los laberintos del sistema político, empezando por los servicios urbanos. El acceso al agua potable, a la electricidad, al saneamiento y a la recolección de residuos (para no citar sino los cruciales) se obtienen de una participación activa en el sistema político local. Lo mismo ocurre en lo tocante a

popular no es una colección de "individuos" enteramente "libres, responsables, autónomos y racionales" como lo expondría un manual de economía o un texto de filosofía política. Poco importa que ese barrio esté en América Latina o en París. Ya se trate de barrios populares o no, la cuestión no tiene lugar, pues en realidad la modernidad nunca llegó hasta ahí.

<sup>22</sup> Tomaremos prestado este concepto de "poliactividad" de Cottereau, Alain, "Problèmes de conceptualisation comparative de l'industrialisation: l'exemple des ouvriers de la chaussure en France et en Grande-Bretagne", en Magri, Susanna y Topalov, Christian, *op. cit.*, pp. 41-82.

un cierto número de "servicios públicos" (hasta la educación y la salud) que en estos barrios necesitan de una movilización permanente para asegurar un funcionamiento que frecuentemente no garantizan ni el Estado ni nadie. En fin, a medida que los sectores sociales que observamos se empobrecen y que las protecciones sociales son deficitarias, si no inexistentes, la supervivencia depende de la distribución directa de toda suerte de bienes y de productos (ir)regularmente repartidos en los barrios.

Y es precisamente esta regularidad del carácter irregular de la distribución de bienes y servicios (lo que nos lleva a lo irregular como regla) lo que impulsa una acción constante sobre el sistema político. Los habitantes son obligados a salir constantemente de su barrio en búsqueda de todo tipo de cosas: medicamentos para el dispensario, vacunas para los niños, alimentos para la olla popular, ropa en invierno, chapas para recomponer las viviendas, la reparación de una red de agua que falla, la canalización de un arroyo que se desborda, el arreglo de calles para la recuperación del paso del transporte que ya no puede circular, etc. Para lograr cualquiera de estos resultados, los habitantes deberán actuar colectivamente sobre todo tipo de institución, pública o privada, que implemente modalidades más o menos tradicionales o modernas de asistencia.

Tres primeros factores empujan así a la movilización colectiva sobre la arena pública. En primer lugar, la insuficiencia de sus ingresos, lo cual los vuelve dependientes de los recursos cuyo acceso requiere de un paso obligatorio por el sistema político (donde son controladas las instituciones que monopolizan esos recursos). Después, una distribución de productos y un abastecimiento de servicios efectuado siempre por debajo de las necesidades, lo que obliga a estar perpetuamente en busca de alguna cosa. Finalmente la dificultad –más aún, la imposibilidad– de inscribir las formas de acceso al Derecho, lo que las obliga a una negociación constante con las administraciones y las autoridades.

En las grandes ciudades de América Latina esta dependencia política se ha acentuado con el deterioro de las condiciones de vida y la desarticulación de los sistemas de protección social (sobre todo estatales, aunque también de los sindicatos –que son de gran importancia en ciertos países como Argentina o Uruguay–)<sup>23</sup>. Pero la dependencia respecto de los sistemas políticos locales se



<sup>23</sup> Como lo vimos en el cap. 4, el nivel de extensión de las protecciones sociales depende a su vez de la extensión del asalariado. En América Latina está lejos de ser homogénea. Según los países, se concentra en diversas regiones, categorías profesionales o ramos de actividad. Así, la región de *Rio Grande do Sul* presenta niveles de protección notoriamente superiores a los de otras regiones del Brasil.

reforzó de igual manera tras la reorientación de las políticas públicas. La descentralización y el enfoque de las políticas sociales contribuyeron a territorializar el acceso a la ayuda social. Durante los años ochenta y sobre todo durante los noventa los gobiernos orientaron la acción social en una lógica de "proyectos" con la intención de luchar contra la pobreza en función de necesidades y de objetivos que debían ser definidos localmente. Así, visto todo desde abajo, la puesta en marcha de esta nueva orientación tuvo efectos bien precisos: tras la invitación a la "participación activa", los habitantes de los barrios debieron organizarse a fin de estar presentes allí donde se disponía de recursos, a tal punto que se especializaron yendo incluso hasta una cierta "profesionalización" en la presentación de proyectos (para la mujer cuando la financiación se orientaba en relación al género, para la infancia cuando es a los chicos que se les da, para los alimentos cuando lo que se reparte es de orden alimentario, contra el Sida, la vivienda o el entorno urbano en cantidad de proyectos de desarrollo barrial). Es sorprendente ver la versatilidad, la "flexibilidad" y la capacidad de emprendimiento de los dirigentes barriales, pues deben dirigirse a la institución a la que "precisamente hoy" se le puede sacar algo: la Intendencia en invierno, una ONG extranjera este año, una iglesia en otoño, el partido *Blanco* para los proyectos de vivienda o el *Colorado* para los relacionados con la alimentación, y el *Frente Amplio* para todo lo que concierne al municipio.

De esta manera se obliga a los habitantes a moverse en una lógica de "cazadores"<sup>24</sup>: acechando permanentemente la presa para llevarla al barrio. Se encuentran en un medio rico en posibilidades y ocasiones dadas por la complejidad del sistema institucional y por la naturaleza de competencia del juego político. Sin embargo, no pueden inscribirse en sistemas de regulación estabilizados por el Derecho y la inscripción institucional.

Acompañé recientemente a un grupo de mujeres de Villa Puerta de Hierro, siempre en los suburbios de Buenos Aires. Entre los años 1994 y 2001 fueron "manzanas" (por el nombre del programa de distribución de productos armado por el gobernador de la provincia y basado en la movilización de delegadas de manzana). Después, en 2002, fueron "jefas de hogar" (por el nombre de otro

<sup>24</sup> Intenté caracterizar este tipo de lógica mediante una metáfora que opone la posibilidad de anticipación del futuro del "agricultor" en función de ciclos más o menos previsibles, y la búsqueda diaria del "cazador" actuando en el marco de un medio que conoce sobre todo en función de las "presas" que es capaz de atrapar. Cf. Merklen, Denis, *Le projet...* Profundizaremos esta idea en el cap. 6.



programa habilitado por el gobierno nacional subsidiando a los cabezas de familia sin empleo). Ante la Municipalidad de Buenos Aires, propietaria de las viviendas que ocupan junto con sus familias, son las representantes de una cooperativa cuyo objetivo es su relocalización en viviendas *dignas*. En otro ámbito, el de la capilla del barrio, son miembros de la comunidad eclesialística de base y enseñan el catecismo y están a la vez a cargo de un programa de alfabetización financiado por una ONG con fondos de origen europeo. El mismo grupo mueve además un local del partido peronista, una *unidad básica*. Los habitantes y sus organizaciones locales son obligados a una multiplicidad de lógicas de acción (que dominan más o menos), y a multiplicar igualmente sus afiliaciones institucionales. La complejidad de esta imposición aumenta en proporción directa a la complejidad del marco institucional en el que se mueve su oponente: el Estado, una ONG, organizaciones internacionales... Así, en la ciudades en las que la presencia del Estado es floja, la presencia de agencias internacionales (como el Pnud, el BM, el BID) y a veces auténticas pléyades de ONG de financiamiento local o internacional<sup>25</sup> da a la participación una forma específica. Ésta es muy diferente a la que se observa en los países en los que el Estado es relativamente fuerte y complejo y en los que la sociedad política que domina el paisaje institucional, el universo de las ONG y de las asociaciones queda relegado en este caso a un papel secundario.

Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, este constreñimiento impuesto por la dependencia de lo político para la garantía de la supervivencia (hecho que ya hemos constatado suficientemente) se encuentra lejos de ser el componente único de la politicidad observada a nivel del barrio. Insistimos sobre un hecho subrayado muchas veces: el barrio se erige a menudo en lugar de importancia de la socialización política. Más allá de nuestros propios trabajos, numerosos estudios en Argentina han advertido recientemente este fenómeno. Citaré las importantes investigaciones llevadas a cabo por Javier Auyero, en los que éste pone el acento en la influencia del clientelismo en la vida política local. En su expresión más radical, Auyero encuentra en el barrio el perfecto caldo de cultivo para lo que él denomina "*hábitus clientelar*" (esto es: una forma de clientelismo que estaría inscripta en el cuerpo mismo de los habitantes,

<sup>25</sup> Estas ONG se estructuran a menudo en niveles de dependencia, desde las poderosas ONG multinacionales a las asociaciones locales, pasando por ONG de ámbito nacional de variados tipos de poder y sofisticación.

"incorporada" en los individuos por el peso de las tradiciones peronistas) **resultante** a la vez de una socialización en el seno de una matriz cultural populista y de un sistema de obligaciones materiales que desembocan en el intercambio de favores<sup>26</sup>. Desde otro punto de vista, Steven Levitsky analizó el papel de las estructuras locales en la constitución del partido peronista mostrándolo como una organización más bien flexible, compleja y "desorganizada" por oposición a las visiones clásicas de ese movimiento que lo consideraban una organización rígidamente centralizada.<sup>27</sup> Adoptando una inteligente perspectiva desde la antropología política, Pablo Semán ha mostrado cómo las matrices religiosa y política se interpenetran en la producción de cosmologías locales polisémicas: peronismo, catolicismo y pentecostalismo se encuentran imbricados en la conformación de complejos universos de significación.<sup>28</sup> Desde una perspectiva cercana, encontramos el interesante trabajo de Sabina Frederic sobre la forma local de la política. Lo que le interesa a esta investigadora es poner el énfasis en la producción local de una moral que sirve de materia prima para la estructuración de conflictos y la formación del juicio político al mismo tiempo.<sup>29</sup>

Finalmente, querría traer a colación los ya clásicos trabajos de Leandro Gutiérrez y José Luis Romero acerca de los barrios de Buenos Aires en los años veinte.<sup>30</sup> Aquí, el barrio en Argentina aparece por primera vez jugando un rol central en la socialización política de las clases populares. Sabemos que tras ello una buena parte de esta socialización se centralizó con el peronismo y la consolidación de la "Argentina de masas" (para retomar la expresión de Carlos Altamirano). Sin embargo, lo que Gutiérrez y Romero nos enseñan es la estrecha relación existente entre democratización y extensión de ciudadanía por una parte y participación local de los habitantes por otra. Esos barrios de bibliotecas populares

<sup>26</sup> Son dos los trabajos de este autor en los que expone sus radicales tesis: "Evita como..." y *La política...*, ambos citados más arriba.

<sup>27</sup> Levitsky, Steven, "An 'organized disorganization': Informal and the persistence of local party structures on Argentine Peronism", en *Journal of Latin American Studies* 33, N°1, febrero de 2001, pp. 29-66.

<sup>28</sup> Semán, Pablo y Miguez, Daniel, *op. cit.*

<sup>29</sup> Frederic, Sabina, *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Prometeo, Buenos Aires, 2004.

<sup>30</sup> Gutiérrez, Leandro y Romero, José Luis, "Sociedades barriales y bibliotecas populares", en Gutiérrez, L. y Romero, J. L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana (Colección "Historia y cultura"), Buenos Aires, 1995, pp. 69-105.



y de "sociedades de fomento" constituyen, efectivamente, una importante palanca para la formación ciudadana de las clases populares en la Argentina de entreguerras. Este aspecto ha sido observado recientemente en un excelente trabajo de Luciano de Privitello, donde el autor señala la estrecha relación entre desarrollo de la ciudadanía y formas de sociabilidad barrial, relación promovida principalmente por los partidos socialista y radical en el Buenos Aires de los años veinte y treinta.<sup>31</sup>

Este último contexto de comparación en la historia nos permite cuestionar la politividad de las clases populares a partir de su inscripción territorial. Se abre así un doble interrogante: ¿bajo qué condiciones la socialización política realizada a nivel barrial contribuye a la formación de representaciones y de prácticas democráticas, y bajo qué circunstancias la politividad de las clases populares puede nutrirse a nivel del barrio en el sentido de un refuerzo del poder popular, es decir, de sus capacidades de acción?

### Lógicas múltiples para pertenencias múltiples

No es difícil imaginarse la heterogeneidad de las lógicas de acción y de las pertenencias en las que se inscriben los habitantes de un barrio popular. El campo de variabilidad de estas pertenencias depende en cada caso de una serie compleja de factores ajenos al propio barrio. Así, la difusión de diversas iglesias protestantes y pentecostales multiplicó el número de templos y de capillas en los barrios de toda América Latina, rivalizando con las diversas corrientes de la Iglesia católica y otras iglesias como la *umbanda*, tradicional en Brasil pero recientemente con gran difusión en los países vecinos. Un cambio político nacional puede igualmente tener impacto en las formas de asociación territorial, como el

<sup>31</sup> El autor señala el fuerte lazo entre las estrategias partidarias y el desarrollo de la sociabilidad barrial: "Sin importar cuál fuera el modelo de partido que se defendiera desde la dirigencia y los organismos de gobierno centralizados, y más allá de la especificidad funcional de los locales (que incluía la presencia de bibliotecas, centros deportivos, cívicos, juveniles, etc.) las redes de socialistas, radicales y demás agrupaciones hundían sus raíces en los hábitos de sociabilidad que se producían y reproducían con vigor en los nuevos barrios suburbanos". De Privitello, Luciano, *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 81.

caso hacia los años ochenta de varios países de América del Sur tras el retorno de una democracia duradera. El final del régimen de *Baby Doc Duvalier* en Haití cambió radicalmente la vida en varios barrios, en especial por la ruptura del lazo entre el Estado y los *tonton macoute* y por el desarrollo del movimiento *Fanmi Lavalas*. En otro sentido, en Montevideo o en Porto Alegre, la puesta en marcha desde hace más de diez años de profundos procesos de participación popular en la gestión descentralizada de la ciudad por parte de gobiernos de izquierda está teniendo un impacto considerable en el reconocimiento del barrio como unidad política.

De manera general, es el contexto institucional de cada país el que determina la complejidad de la vida colectiva del barrio popular. La organización federal del Estado argentino, por ejemplo, da lugar a un juego político (en el que la complejidad local es bastante importante) entre las administraciones de los niveles nacional, provincial y municipal que se solapan en los mismos territorios. Esta complejidad repercute y se ve a su vez amplificada en el ámbito de la competencia partidaria que se estructura así a través de este orden estatal. Es importante, entonces, conocer los atributos de las diferentes agencias gubernamentales en el registro de las políticas urbanas y sociales. Del mismo modo, en los países en los que el Estado se muestra más débil encontramos una mayor intervención de las organizaciones internacionales y de ONG cuyo control escapa a toda posibilidad de participación democrática local. Esto mismo viene introduciendo en los últimos veinte años, en muchos países, un factor de complejidad importante.<sup>32</sup>

Pero el desarrollo de estas pertenencias depende igualmente de una lógica interna de funcionamiento de los barrios. Cuanto más masiva es la precariedad y más fallan las instituciones, más multiplican los habitantes sus pertenencias. En efecto, el territorio de los barrios se constituye a partir de la superposición de círculos de pertenencia: iglesias, bandas de jóvenes, redes de tráfico diversos, el grupo de la olla popular y el de la guardería, etc. En un contexto de precariedad y de inestabilidad, estos círculos se entrelazan por tres razones: primero, porque

<sup>32</sup> Hay que notar que de una manera general esta competencia entre actores institucionales y políticos aumenta las posibilidades de maniobra de los habitantes y sus organizaciones barriales, y restringe las posibilidades de mantener cautiva una "clientela" política. Por eso, aun pudiéndose hablar de "sistema clientelar" en un contexto de competencia política, ese "clientelismo" no podría tener nada en común con el observado en países en los que predomina el ámbito rural, en los que el término "clientelismo" fue concebido y empleado por primera vez (Sicilia, México y Rusia, entre otros).

ninguno de estos grupos tiene recursos suficientes como para estabilizar sus actividades –y menos para cubrir el total de las necesidades del barrio. Segundo, porque cada organización barrial establece un lazo específico con el sistema político: el comedor de la capilla se nutre del municipio mientras las mujeres son subsidiadas por una ONG en relación con el gobierno nacional, los jóvenes de la banda de rock son protegidos por los traficantes y la murga de carnaval auspiciada por el líder político de una formación opositora. Tercero, porque los individuos los hogares deben multiplicar sus afiliaciones para dotarse del mayor número de coberturas y para anticipar todo lo posible toda clase de riesgos. El caso más notable es el de las múltiples afiliaciones religiosas: Pablo Semán muestra que la doble participación en iglesias y cultos diferentes no es obra de un proceso de sincretismo religioso sino de una simple duplicación de la afiliación, lo que permite que una pareja pueda ser casada un día por un sacerdote y al siguiente por un pastor.<sup>33</sup>

"El marido de Emilia murió hace tres años. Una noche no volvió del trabajo y tres días después lo encontraron muerto cerca de las vías del tren. Cuando cuenta el drama que significó para ella y su familia sobrellevar el alcoholismo de su marido se emociona y comienza a narrar todo lo que intentó hacer para sacarlo adelante: '*le ofrecí todas las oportunidades que fuéramos al médico, a Alcohólicos Anónimos, a los evangélicos*'. Las pocas palabras de Emilia dicen mucho sobre el lugar que tiene la religión para ella y muchos de sus vecinos con los que comparte formas de percibir y llevar adelante su vida y la de su familia. [...] Emilia no piensa que el mundo de lo religioso se divida en compartimientos análogos a nuestra ordenación del mundo: no se va a los 'evangélicos' o a los 'católicos'.

Tampoco clasifica a las instituciones en su calidad de médicas, psicológicas o religiosas. Además, puede verse que los recursos religiosos no son para esta mujer un escapismo o una reflexión espiritual posterior a las necesidades materiales, sino una parte de su arsenal cotidiano a la hora de definir los problemas y las soluciones."<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Semán, Pablo, "Cosmológica, holista y..."; Semán, Pablo y Míguez, Daniel, *op. cit.*, pp. 321-41.

<sup>34</sup> Semán, Pablo, "El pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares", en Svampa, M. (ed.), *Desde abajo*, cit. *supra*, p. 155.

Este entrelazamiento de los círculos de sociabilidad en los barrios obedece entonces a una necesidad semejante a un "seguro multirriesgo" de los habitantes. No obstante, confiere una característica particular a lo que denominamos inscripción territorial de las clases populares en el medio urbano: tanto en el plano individual como en el colectivo, el barrio se configura como un espacio en el que varias formas de intercambio y de cooperación coexisten de manera superpuesta, lo que estructura la vida colectiva.

Desde un punto de vista general puede afirmarse que la vida social de los barrios es atravesada por dos lógicas, cada una de las cuales se caracteriza a su vez por una tensión variable. La primera tensión combina la necesidad de responder a necesidades inmediatas con una proyección hacia la integración que se escalona naturalmente a largo plazo. El primer componente viene dado por la urgencia característica de medios vulnerables: los habitantes están casi siempre obligados a buscar y negociar "cosas para el barrio con celeridad" (alimentos, ropa, medicamentos, una solución urgente frente a una tormenta, una inundación o una crisis financiera...). La segunda viene dada por la existencia, más o menos esbozada pero siempre presente, de una voluntad de integración que se expresa mediante la construcción de un "verdadero barrio" o de un "barrio digno", pues en ese ámbito la integración social se articula a través de la ciudad (la escuela para el barrio, los servicios urbanos, el trazado de las calles y sus veredas, la legalización de la posesión de los terrenos...). Esta voluntad de hacer de la simple inscripción territorial una auténtica integración social queda evidenciada en la demanda de los barrios ilegales de tener una dirección postal, un número y el nombre de una calle frente a su casa. Se trata al mismo tiempo de ver su lugar de residencia reconocido y de encontrar un lugar en el mundo.

La segunda tensión combina la necesidad de mantener vivo el tejido relacional –ese que da vida al barrio y garantiza en la mayor parte de los casos los soportes más duraderos para la supervivencia– con la necesidad de participar del juego político para así encontrar recursos monopolizados por instituciones ajenas al barrio. Tres grupos de jóvenes se habían federado en torno a una ONG y a la compañía del agua para tener por fin acceso al agua potable en Jalousie, el *bidonville* de los suburbios de Puerto Príncipe del que ya hablamos. Muy costoso, el proyecto exigía delicadas negociaciones dirigidas por Jacques, el líder de los jóvenes. "Sin embargo [pese al protagonismo que todos le reconocen], Jacques no hará nada sin la autorización del ugá", me dijo uno de los miembros de la ONG. "¿Cómo es eso?", pregunté, para saber de dónde provenía la sumisión del líder de un proyecto tan importante para el barrio a la autoridad de un sacerdote

que parecía oscuro y silencioso. "Es fácil", me contestó. "Si bien Jacques maneja el proyecto a nivel político, cuando era pequeño era el ugá el que lo sanaba y cuando su hijo tenga un problema de salud sólo podrá ver al ugá..." Aparentemente el curandero no participa para nada de la vida política del barrio, pero obtiene su autoridad de la gran influencia que tiene sobre las estructuras de solidaridad locales. De ahí su capacidad para funcionar como último resort en la regulación de conflictos y su importante papel político.

Así recae sobre las poblaciones una doble imposición: la de combinar las exigencias de relación con el exterior del barrio y la de mantener vivas las estructuras de solidaridad dentro de él. A menudo estos dos imperativos no se coordinan bien entre sí, lo que provoca complejas tensiones y conflictos. En la ciudad moderna -y todas las metrópolis contemporáneas lo son (digámoslo a riesgo de repetir una evidencia, pues se lo ignora a menudo)-, estas tensiones ponen de manifiesto que la inscripción territorial no se restringe a los límites de una "protección de proximidad"<sup>35</sup> característica de contextos comunitarios. En este último caso se trata de simples regulaciones de la solidaridad primaria sin intervención institucional. En el caso de una inscripción territorial regida en su totalidad por relaciones de orden primario nos encontraríamos frente a "sociedades de permanencia en cuyo seno el individuo, inserto desde su nacimiento en una red estrecha de sujeción, reproduce en lo esencial los mandatos de la tradición y la costumbre"<sup>36</sup>. La inscripción territorial se define entonces por entero en el seno de un "sistema de reconocimiento mutuo"<sup>37</sup>. Por el contrario, hoy en el barrio popular el sistema de solidaridades locales coexiste con una movilización colectiva siempre tendiente a la integración por medio de la intervención institucional, es decir, una intervención secundaria de la sociedad sobre sí misma. Esas intervenciones se llevan a cabo en el territorio aunque inscriben a los individuos en colectivos de tipo societal como es el caso de la presencia de la escuela, de la comisaría, de la cancha de deportes, del centro de salud e incluso, a veces, de una iglesia. Estas instituciones inscriben a los individuos en colectivos más vastos, desplazados con respecto a ese relacional fundado en la familia y la vecindad.

<sup>35</sup> Castel, Robert, "La protection rapprochée", en *Les métamorphoses...*, pp. 33-70. En la edición española se traduce como "protección cercana".

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>37</sup> "Système d'interconnaissances", traducido en la versión española como "sistema de interconocimientos", *ibid.*, p. 67.

De manera aún más sustancial, desde el momento en el que se observa una actividad política fundada en el Derecho o que apela a él, se debe reconocer la presencia de formas de ciudadanía. Esta política establece manifestaciones a menudo específicas según los países, aunque apunte siempre de manera más o menos indirecta a la inscripción en una "comunidad de ciudadanos"<sup>38</sup>, lo que nos debe llevar a cuestionarnos sobre la exclusión o la guetización evocada en la literatura del barrio popular de manera frecuente.

## Exclusión e integración

El barrio popular no se encuentra siempre separado del resto de la ciudad, y tampoco constituye siempre una situación excepcional. A este respecto, una lectura del barrio popular bajo el prisma del "gueto" puede arrojar cierta luz. Louis Wirth estableció las principales características conceptuales de esta realidad sociológica (características que debemos observar si queremos reservar siquiera un mínimo de especificidad para la noción).<sup>39</sup> ¿Qué condicionantes vuelven el barrio popular un gueto? ¿Cómo identificar dinámicas de guetización cuando aparecen en distintos países? La cuestión de la integración encuentra un componente muy preciso de su problemática bajo esta óptica. Debemos ahora hacer funcionar tres elementos conjuntamente: el individuo (bajo las figuras de habitante y ciudadano), el grupo local (bajo la forma de la comunidad barrial más o menos integrada y más o menos separada del resto) y la sociedad global (y sus mecanismos de integración y exclusión o segregación).

Por supuesto, desde el punto de vista sociológico, el gueto representa la forma extrema de la vida comunitaria en el seno de la ciudad moderna. "El gueto [...] es menos un hecho físico que un estado de ánimo"<sup>40</sup> determinado por la distancia social que separa ese barrio de la norma social dominante o del estilo

<sup>38</sup> Schnapper, Dominique, *La communauté des citoyens. Sur l'idée moderne de nation*, Gallimard, Paris, 1994. [Hay versión española: *La comunidad de los ciudadanos. Acerca de la idea moderna de nación*, trad.: Mar Guerrero Ríos y Jorge Vigil Rubio, Alianza, Madrid, 2001.]

<sup>39</sup> Wirth, Louis, *Le ghetto*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1980 (1ª ed.: *The Ghetto*, University of Chicago, 1928).

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 29.

de vida reconocido como "normal". En ese sentido, cuando se separa completamente del resto de la ciudad, el barrio popular debe considerarse como una institución que imita tipos de personalidad y de vida comunitarios. La idea esencial de este modo representada por la noción de gueto no es pues la de la desigualdad, sino la de la separación, la segregación, el aislamiento: "Lo que buscamos en el gueto, en fin, es medir hasta qué punto el aislamiento modela el carácter del judío y su vida social. ¿Qué fuerzas mantienen el aislamiento y de qué manera éste se ha modificado bajo el efecto del contacto? ¿Cómo produjo resultados el aislamiento infligido a los judíos que valen tanto para el judío, el negro, el chino, el inmigrante y una gran cantidad de otros grupos aislados de nuestro mundo moderno?"<sup>41</sup>

En efecto, para Wirth el habitante del gueto es antes que nada un "extranjero", en el sentido que Georg Simmel daba a ese término. Es decir, una persona integrada a la ciudad tan sólo por la atribución de funciones específicas que le son confiadas (especialmente por el comercio), pero que en realidad se encuentra en un estado esencial de separación respecto del resto de la sociedad.<sup>42</sup> Por ello, esos barrios de los que Wirth considera que el gueto judío es el modelo son siempre zonas de inmigración extranjera. En efecto, para su descripción Wirth necesita una "cultura" extranjera, separada del resto, que ayude a producir una identidad comunitaria. Con este propósito no es necesario insistir mucho en el hecho de que el gueto está encerrado por un muro, simbólico para la ciudad moderna aunque análogo al tradicional de piedra, hecho de los "prejuicios del mundo exterior [que] rehicieron [ese] muro del gueto que, no por ser menos visible quizá que antes, es menos real".<sup>43</sup> El muro de separación es la resultante del hecho de que "el mundo usualmente trata a la comunidad como a una comunidad", lo que impone una relación general de exterioridad<sup>44</sup>.

El gueto se constituye así como una "mentalidad" invertida con respecto a la del "cosmopolita", el hombre de la metrópolis de amplias miras, el representante

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>42</sup> Simmel, Georg, "Digressions sur l'étranger" (1ª edición en alemán: 1908), en Grafmeyer, Y. y Joseph, L., *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Aubier, París, 1990, pp. 53-9. [Hay versión castellana. Se trata del cap. 9 ("El espacio y la sociedad") de *Sociología* (2 tomos), trad.: José Pérez Bances, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1939, t. 2.]

<sup>43</sup> Wirth, op. cit., p. 285.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 276.

típico del individuo moderno. Tras los pasos de Simmel<sup>45</sup>, Louis Wirth sitúa al "ciudadano"<sup>46</sup> como el negativo del habitante del gueto<sup>47</sup>. La comunidad del gueto se caracteriza por una fuerte cohesión y el ejercicio de un "estrecho control sobre sus miembros". "El gueto constituye un mundo completo, pero es un mundo parco y estrecho" [...]; en el que los anchos horizontes que faltan en la vida del gueto se compensan por la profundidad de las emociones, por la fuerza de los lazos familiares y comunitarios y el apego a las tradiciones, a las formas y a los sentimientos."<sup>48</sup> El gueto es un *Landmannschaft* claramente diferenciado de la *Gesellschaft* encarnada por la gran ciudad. El barrio "debe entonces su carácter de comunidad, a pesar de todos los elementos heterogéneos que la componen, a su capacidad de acción colectiva. Ella posee un conjunto común de actitudes y valores que reposa sobre tradiciones y problemas comunes y experiencias similares. Aun cuando esté separada geográficamente, se encuentra agrupada en comunidad en razón de los conflictos y las presiones externas y de la acción colectiva interna"<sup>49</sup>.

"El gueto constituye ante todo una comunidad cultural", dice Wirth. Este barrio aparece así como la resultante de la fusión de un sistema de valores (dado por la pertenencia religiosa o nacional) y de una facultad adaptativa a la pobreza y al aislamiento. En ello, el habitante del gueto no puede aún ser una personalidad moderna en su plenitud. Es así como este tipo de barrio se convierte en una institución con toda su carga cultural. A tal punto que Wirth considera que la "densidad de población que caracteriza al gueto [...] no depende sólo de la pobreza de los inmigrantes y de su incapacidad de pagar alquileres elevados sino también de las tradiciones de vida comunitaria que se forjaron en los barrios superpoblados de los guetos del Viejo Mundo. No existe probablemente otro pueblo que haya sido capaz de vivir en las condiciones de superpoblación

<sup>45</sup> Simmel, Georg, "Métropoles et mentalité" (1ª edición en alemán: 1903), en Grafmeyer, Y. y Joseph, L., op. cit., pp. 61-77. [Hay versión castellana: "Las grandes urbes y la vida del espíritu", en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, trad.: Salvador Mas, Península, Barcelona, 1986.]

<sup>46</sup> "Ciudadano" contiene una interesante ambigüedad entre "habitante de la ciudad" (*citadin*, en francés, o *urban dweller*, en inglés, a lo que se refiere aquí Wirth) y "sujeto de los derechos políticos", "hombre bueno".

<sup>47</sup> Wirth, Louis, "Le phénomène urbain comme mode de vie" (1ª edición en inglés: 1938), en Grafmeyer, Yves y Joseph, Isaac, op. cit., pp. 255-81.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>49</sup> Wirth, L., *Le ghetto...*, p. 297.

impuestas por el gueto y los barrios bajos con una tasa de mortalidad más baja que el que han conocido los judíos. Que esta capacidad se deba a una inmunidad adquirida o al régimen alimenticio y a la higiene prescritos por el ritual, más aún, a la actitud de los padres ante sus hijos y a la naturaleza de la vida familiar judía, un hecho es cierto: los judíos encontraron una forma de acomodarse a las condiciones de vida urbana tal como se presentan, de manera característica en los barrios bajos"<sup>50</sup>.

El gueto representa así una situación extraordinaria de segregación social. Pero sólo excepcionalmente el barrio popular se encuentra en la misma situación de exclusión que el gueto. La villa y ciertos complejos habitacionales resultado de viviendas construidas por el Estado (fácilmente diferenciables y ciertamente diferenciadas del conjunto de la ciudad, como el caso de la *cité* francesa) representan las situaciones más cercanas a la noción de gueto, sobre todo cuando lo que distingue a la población del barrio es una diferencia racial o nacional, más allá de lo cual el barrio no encarna una situación del tipo "gueto" sino bajo condiciones que impliquen una fractura social muy neta. Esto nos advierte sobre dos hechos: que los mecanismos de exclusión institucionalizados impiden entonces acceder a un modo de vida reconocido como "normal" a una parte de las clases populares, y que estos mecanismos retienen a los individuos confinados en enclaves claramente delimitados.

No obstante, la separación y el aislamiento no siempre configuran la forma de dominación preponderante, y no simbolizan tampoco el modo de organización que se observa en los barrios populares. Preguntémosnos, en resumen, ¿bajo qué condiciones el barrio popular se asemeja a la imagen del gueto? En primer lugar podemos observar que las instituciones públicas están ausentes en el barrio o sólo están presentes de manera específica: bajo formas más o menos adaptadas de socorro al pobre, pero que no conducen a la integración. Por el contrario, contribuyen a reproducir la imagen estigmatizada de sus habitantes enviándolos hacia el "polo negativo" de una identidad descalificada.<sup>51</sup> En segundo lugar, el

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 210-1.

<sup>51</sup> Gérard Althabe mostró cómo bajo ciertas condiciones, las instituciones de asistencia social pueden descalificar a los habitantes de los barrios que entran en contacto con ellas. El hecho de estar *ayudado* está considerado por los demás como un signo de imposibilidad de cuidar de sí mismo y de ser responsable de sí y de su familia. Los asistidos son enviados entonces hacia el "polo negativo" de un "actor ideológico" que funciona por estigmatización como un repelente que da valor a aquellos que llegan a salir del paso sin necesidad de ayuda o de asistencia. Cf. Althabe, Gérard, "Procès réciproques en HLM", en Althabe, G. et al., *Urbanisation et enjeux quotidiens*, L'Harmattan, París, 1993, pp. 13-47.

gueto representa un tipo de inscripción territorial en el que la distinción y la identificación dominan un modo de vida colectiva extremadamente denso. El barrio se torna de este modo la principal institución alrededor de la cual se organiza la vida cotidiana, o la supervivencia. Se convierte entonces en una "provincia moral", representante de una cultura definida por oposición a los valores dominantes. En tercer lugar, los habitantes del barrio se encuentran en una situación de enclave muy claramente separada del resto de la sociedad y de la ciudad. Esta última separación adopta caracteres visibles netamente localizables.

Vemos entonces que es la fuerza del grupo local, estabilizado bajo la forma de un estilo de vida diferente o de una cultura separada, lo que responde a los más graves efectos de una separación radical del individuo con respecto a la sociedad. Bajo estas condiciones, la vida colectiva local es de las más densas e intensas, pues llega a proteger con facilidad a los habitantes y a sus familias aun cuando sea incapaz de conducir a la ciudadanía y a la individualización.

### Cuatro especificidades del barrio popular

El barrio en el que trabajamos es el barrio de los pobres, de los desposeídos, de los trabajadores, de los "marginales", incluso el de los excluidos. El barrio de los ricos reviste una naturaleza distinta, no porque no haya solidaridad sino porque ésta actúa allí de otro modo. Primero, porque la familia de las capas acomodadas, rica en dinero pero también en capital social y cultural, puede brindarse un cierto número de servicios vinculados a la persona, tales como un preceptor, un ama de llaves, un médico o personal doméstico. Segundo, porque el capital social ligado a la familia y al grupo de pertenencia va más allá del ámbito local restringido. Finalmente, porque disponen de una cierta cantidad de medios que les permiten traspasar el marco de la proximidad inmediata. Efectivamente, el poderoso puede "desanciar"<sup>52</sup> la solidaridad de las relaciones de proximidad y

<sup>52</sup> Anthony Giddens teorizó sobre el "desancilaje" de las relaciones sociales como una consecuencia de la modernidad, lo que viene a prolongar las observaciones de Marx en relación con el dinero como cristalización de las relaciones sociales desplazadas en el tiempo y en el espacio. Dicho esto, lo relacional se mantiene como lazo social privilegiado para los pobres, lo que constituye un "matiz" en

tener la suerte de poder edificar para sí una "ciudad de afinidad" en la que, gracias a la evolución de la tecnología y de los transportes, se puede soñar con escapar del peso del vecindario y "elegir a nuestros vecinos como se elige a nuestros amigos"<sup>53</sup>. El pobre está a menudo forzado a vivir donde puede, a diferencia del rico, que tiene con qué pagar para codearse con los suyos y mantener al pobre lejos.<sup>54</sup> En efecto, el hecho de reagruparse en un barrio y defenderlo sirve para definir los límites de una pertenencia local mediante la exclusión de los pobres u otros grupos o actividades *indeseables*, y para mantener una fuente de prestigio.<sup>55</sup> Por este procedimiento pueden crear un punto de concentración en los lugares que frecuentan, los que pasan a constituirse en marcas sociales de "distinción"<sup>56</sup>: el club, el salón, la iglesia, el café, el salón de té, el colegio de élite.

Siempre en el marco de una problemática de la integración, hagamos la hipótesis de que la forma y el tipo de institución, así como las actividades institucionalizadas son determinantes del lugar que lo local adquiere en la ciudad y del rol de lo local en la integración social de los individuos. Cuanto más amplias y comprensivas son las estructuras universales, más pierde el barrio en importancia como sostén de los individuos y de las familias y menor se hace también su presencia en la identidad de los individuos. En el momento en que la integración a la sociedad se realiza en lo universal, el barrio se limita al rol de un signo de diferenciación de individuos por temor a perderse en la totalidad. El barrio se

asocia a otros componentes de la identidad para convertirse en barrio *popular*, *burgués*, *bohemio*, de los *intelectuales*, *elegante* o *portuario*. En contraposición, el barrio puede resultar la vía privilegiada de formación de la identidad cuando los lazos de integración social no son lo suficientemente sólidos, como en el caso de todos los barrios asociados a formas de exclusión o de fractura social, aunque también en el de las situaciones de marginalidad, en las que los lazos tejidos en el marco de solidaridades barriales ocupan los espacios vacantes dejados por las instituciones. Como los soportes de orden societal son menos sólidos, lo local toma el relevo a través de diversas formas de relaciones de proximidad.

El barrio se aparta de lo societal y se hace fuente de identidad. ¿Cuáles son entonces las condiciones teóricas que permiten aprehenderlo como fuente específica de integración? En otras palabras: ¿cuáles son las dimensiones teóricas de la inscripción territorial? Ya conocemos dos: la estructura de las solidaridades locales y las formas de movilización colectiva. Si imaginamos el barrio desde el punto de vista de un programa de investigación, podremos identificar entonces cuatro dimensiones (que se superponen a las dos mencionadas) y que guiarán la investigación. Esas cuatro dimensiones ayudarán a captar el barrio como terreno de políticas públicas —ya de la movilización popular, ya de la acción del Estado o de otras organizaciones.

### *Primera especificidad: el territorio como fuente de poder*

Lo local puede ser fuente de cohesión social y por ende de poder. En primer lugar, para todo grupo humano el control de un territorio es origen de poder desde el momento en que el territorio posee propiedades susceptibles de ser tratadas como recursos. Estas propiedades pueden ser intrínsecas, como en el caso de un territorio rico en términos económicos debido a la presencia de agua o de un bosque, por ejemplo. Para un grupo humano que organice su vida alrededor de esta riqueza, el control de ese territorio puede ser crucial. Las propiedades pueden también ser relativas a otros espacios, como en el caso de una zona que permita la comunicación entre dos territorios ricos o de paso obligatorio para las actividades de un grupo (una ruta, un río o un valle). El territorio es, también en este caso, un instrumento de poder. En la ciudad el territorio también es fuente de recursos importantes. Así, de modo manifiesto (a través de los movimientos sociales) o latente (a través del precio del suelo y la

relación con esta teorización de la modernidad o del capitalismo. Cf. Giddens, Anthony, *The Consequences of Modernity*, Polity, Cambridge, 1990 [hay traducción al español: *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 2004]; Marx, Karl, *El capital* (trad.: Pedro Scaron, Siglo XXI, México, 1975), cap. I, y *Contribución a la crítica de la economía política* (trad.: Carlos Martínez y Floreal Mazía, Estudios, Buenos Aires, 1973).

<sup>53</sup> Donzelot, Jacques, "La nouvelle question urbaine", en *Revue Esprit* N° 258, París, noviembre 1999, pp. 87-114. El autor caracteriza esta ciudad "affinitaire" (de las afinidades) por el predominio creciente de reacciones electivas, selectivas y excluyentes, pp. 100 y ss.

<sup>54</sup> Desde el punto de vista de un rico, uno de los efectos indeseables de la extensión de la miseria y de la profundización de la fractura social en las grandes ciudades del Tercer Mundo se produce por la imposibilidad de mantener a los pobres alejados. No puede conseguirlo sino pagando el alto precio, demasiado caro a menudo, de dejar la ciudad. Este fue el caso del Buenos Aires de los años noventa con la proliferación de barrios privados en su suburbio. Acerca del fenómeno de los barrios cerrados véase Svampa, Maristella, *Los que ganan. La vida en los countries y barrios privados*, Biblos, Buenos Aires, 2001.

<sup>55</sup> Pinçon, Michel y Pinçon-Charlot, Monique, *Dans les beaux quartiers*, Le Seuil, París, 1989, y de los mismos autores, "En milieu urbain", en *Grandes fortunes*, Payot-Rivages, París, pp. 105-7.

<sup>56</sup> Bourdieu, Pierre, *op. cit.*

propiedad inmobiliaria), la proximidad de los lugares de trabajo y la presencia de servicios ocasionan luchas urbanas. El control de un barrio por parte de un grupo puede ser fuente de poder en la medida en que este barrio esté dotado de recursos más o menos "monopolizables". La movilización de esos recursos será entonces motivo de la adhesión de los individuos al grupo. El bien en cuestión adquiere tanto más valor cuanto que produjo luchas urbanas duras o prolongadas y que se tiene la certeza de que el bien en cuestión escasea en el territorio. Con esta idea, ciertos grupos populares pueden defender "su" escuela frente a la intrusión de habitantes de otros barrios más desfavorecidos y a su vez desarrollar estrategias colectivas de segregación. De igual modo, la riqueza en equipamientos colectivos, la proximidad de zonas comerciales o de fuentes de trabajo, o de zonas verdes, o la vecindad con proyectos de inversión inmobiliaria, son todos factores que aumentan el valor del territorio y vuelven apetecible su control por parte de un grupo o desde el punto de vista de los individuos.

### *Segunda especificidad: la cohesión*

Lo local puede ser fuente de cohesión. Un lugar puede ser una fuente importante —o incluso la fuente principal— de identificación de un grupo. Los individuos se definen a sí mismos como pertenecientes a un grupo: "nosotros" explicita su apego territorial. "Soy porteño" define tanto una identidad territorial como la pertenencia a un grupo, es decir, a una identidad social. El territorio es así una fuente de identidad colectiva con el mismo derecho que la identidad profesional: "soy abogado, plomero o profesor de inglés". Pero para que esta identificación territorial sea en su totalidad fuente de cohesión social es necesario que el grupo sea capaz de organizar dos elementos más de la cohesión: lo local debe convertirse en una razón del prestigio del grupo (y permitir la definición lo que llamaremos "estilo") y ser capaz de organizar normas comunes alrededor de la pertenencia local.

### *Tercera especificidad: el prestigio, las normas y el estilo*

En lo que concierne al prestigio, los individuos deben estar convencidos de que la pertenencia a ese lugar les da una calidad humanamente superior con respecto a otros grupos. Esto es, los individuos deben atribuir al barrio las cualidades específicas adquiridas por los individuos por el mero hecho de habitar ahí. Se trata de una propiedad de distinción social. Así se comportan los barrios populares en Argentina, por ejemplo, a la hora de diferenciar *villa de barrio*. Los ocupantes de los *asentamientos* se apropian de esta diferenciación como un medio de distinción social y de valorización de su identidad frente a la sociedad. Intentan particularmente compensar la desventaja identitaria resultante de la experiencia de desafiliación y de su condición de ocupantes ilegales fijándose en algunos elementos de la representación social del *barrio* (organización del espacio y lucha por la propiedad de tierras). Trabajan para no ser tratados de *villeros* (estigma del habitante de la villa) y para ello se presentan bajo la denominación de *vecinos* (la imagen moral del correcto morador de la ciudad).

En términos generales diremos que la inscripción territorial puede ser fuente de prestigio, de *status* y de poder, si es que, como Weber, consideramos el *status* como una de las formas clásicas de poder. Ahora bien, para que este poder sea efectivo, debe estar respaldado por la delimitación de sus beneficiarios, desde el momento en que la constitución de un "estamento" reposa en su capacidad de monopolizar una calidad.<sup>57</sup> Esta delimitación se manifiesta en la ciudad en términos de segregación, y los límites del territorio del barrio le proporcionarán los cimientos. En ese sentido, el grupo debe proveerse de medios para la selección de sus habitantes, hecho que se efectúa por diversas vías, entre las cuales está la renta del suelo, lo que conlleva que el precio de la vivienda opere una selección según los ingresos.<sup>58</sup> La propiedad inmobiliaria constituye la principal fuente de fijado de límites para la inscripción en cada barrio o sector de la ciudad. Esta lógica



<sup>57</sup> Weber llama "estamento" a los grupos contruidos sobre la base del "prestigio" obtenido por los individuos pertenecientes al grupo. En el sentido que lo emplearemos aquí, el término no se refiere estrictamente al orden feudal. Weber, Max, "Estamentos y clases", en *Economía y sociedad*, trad. del original alemán (*Wirtschaft und Gesellschaft*, 1922): José Medina Echevarría y otros, FCE, 2ª ed. en español: México, 1964; 1ª reimpresión argentina: Buenos Aires, 1992, pp. 242 y ss.

<sup>58</sup> Samuel Jaramillo teorizó la segregación urbana como un componente de la renta y del precio del suelo. Cf. Jaramillo, Samuel, *La tierra en el desarrollo urbano*, Morelia, México, 1987.



patrimonial y la homogeneidad relativa a los habitantes en relación con los ingresos que arrojan termina por provocar un efecto de localización de comercios, infraestructuras y servicios; en síntesis, de la propiedad urbana en sí. Para un grupo que habita un barrio, lo que hay que defender como medio de poder son estas propiedades urbanas concentradas en su demarcación. Por otra parte, se es consciente de que el control del territorio permite monopolizar un lugar de pertenencia identificado como fuente de prestigio del propio grupo.

La acción colectiva tiene a menudo el objetivo de rectificar o constreñir la segregación mediante la renta, como es el caso de ciertas políticas de vivienda y el propósito de la movilización frecuente de los habitantes. No obstante, a veces la acción colectiva apunta a organizar la segregación si la renta no sirve de "mano invisible" del orden urbano. Así, dado que en los barrios pobres el precio del suelo puede tener una importancia menor, los habitantes encuentran otros medios de segregación. Una práctica corriente en los *asentamientos* es que las organizaciones barriales seleccionan a los habitantes que se comportan dentro de las reglas de la buena vecindad y expulsan por la fuerza a los que no se pliegan a esas normas.

Llegados a este punto del razonamiento, las propiedades del territorio son un efecto del poder del grupo, en el sentido de que, por ejemplo, el territorio es la expresión de la reunión de una "clase" de individuos. Vemos así que el control del territorio es fuente de un poder "social" antes que de uno político o económico. En efecto, en su primera especificidad vemos que el territorio (el barrio) es portador de propiedades intrínsecas cuya apropiación otorga poder. En cambio, en su tercera especificidad, es el grupo social el que inviste al territorio de un poder cuyo control es ahora una objetivación del poder social del grupo.

Como todo grupo, el constituido alrededor de un barrio posee normas que éste impone a sus miembros. Esas normas se traducen a menudo por estilos de comportamiento urbano, de estéticas en el mobiliario, en la vestimenta, en el ocio, los bares o los comercios, por ejemplo. Los habitantes colocan marcas visibles de su identidad en la parte de la ciudad que se encuentra bajo su jurisdicción. Así, los vecinos de Ciudad Evita han conseguido que el Concejo Deliberante de La Matanza apruebe una ordenanza que obliga a poner tejas en los techos de las casas como en las primigenias viviendas construidas por Eva Perón en 1952. A través de la imposición de este material caro (las tejas), la nueva clase media que se ha apropiado de las viejas viviendas obreras se garantiza un cierto nivel de "buena vecindad" so pretexto de conservar un patrimonio histórico.

Tal como lo observa Norbert Elias, las normas impuestas por el grupo constituyen el medio por excelencia de mantenimiento de su cohesión.<sup>59</sup> El no respeto de las normas llegará hasta sanciones como la expulsión, y la rigidez de las normas se establecerá en proporción al nivel de poder del grupo: cuanto más aporte el grupo un diferencial de poder, más estrictas serán las normas para los individuos. Efectivamente, el grado de aceptación de las normas por parte de los individuos está en relación con el beneficio de poder que logren obtener. En el caso de los *asentamientos* los ocupantes se organizan para darle a la ocupación el aspecto de un "barrio", tal como lo definen las leyes de urbanización argentinas (en especial en lo tocante a la ocupación del suelo) y las normas estéticas tradicionalmente vinculadas a "un buen barrio". Un vecino acepta así desmontar su casa, levantada con mucha pena y esfuerzo, porque ésta invade en parte la línea de la vereda. El hecho de que la ocupación ilegal se parezca a un "barrio" y que se asemeje en lo posible a una ciudad "normal" es un capital simbólico de gran valor cuyo control bien vale el sometimiento a rigurosas normas.

En los complejos habitacionales de los suburbios de las grandes ciudades francesas (las *cités*), el control de un territorio puede ir asociado a la definición de estilos en las prácticas sociales y culturales. Los jóvenes sin empleo ni porvenir, "en la llaga", organizan su experiencia alrededor del dominio del barrio o de uno de sus segmentos.<sup>60</sup> En el ámbito del orden familiar, Gérard Althabe demostró cómo el espacio colectivo del barrio sirve para llevar un control social muy estricto sobre las normas que rigen las relaciones entre padres e hijos y entre los miembros de la pareja. A tal punto este control revela ser de peso que los adultos desertan de los espacios comunes por miedo a convertirse en víctimas de un proceso instruido contra sí por sus propios vecinos.<sup>61</sup>

#### Cuarta especificidad: una vía de integración

En las sociedades modernas, la participación de los individuos en la sociedad no se realiza por una única vía y la inscripción territorial está lejos de ser la vía

<sup>59</sup> Elias, Norbert y Scotson, John, *Logiques de l'exclusion*, Fayard, París, 1997 (1ª ed.: *The Established and the Outsiders*, Sage Publications, Londres, 1965).

<sup>60</sup> Cf. Dubet, François, *La galère: jeunes en survie*, Fayard, París, 1987.

<sup>61</sup> Althabe, Gérard, *op. cit.*



principal. El barrio puede, sin embargo, constituirse en uno de los principales vínculos sociales para ciertos grupos en ciertas coyunturas. La comprensión del rol de la inscripción territorial en una perspectiva de integración social debe entonces pasar por la teorización de las relaciones entre ambas, de la misma manera que hemos señalado la importancia de la relación entre el mercado de trabajo y el barrio para la comprensión de este último.

Nos proponemos considerar el barrio como el lugar de inscripción territorial en las sociedades contemporáneas. Esta inscripción social debe tomarse en cuenta en relación con cuatro dimensiones. En una primera dimensión, el barrio es el espacio de solidaridades locales organizadas a veces en relación con otras fuentes de cooperación (la familia, los partidos políticos o las instituciones religiosas) y a veces con criterios específicamente territoriales (el vecindario). En este mismo sentido, el barrio constituye también un soporte para aquellos que salen a la ciudad en busca de trabajo, de un expediente o de una presa cuando se comportan como "cazadores".

En una segunda dimensión, el barrio es el espacio de formas específicas de la acción colectiva y de articulación de una relación con lo político: es el lugar de las organizaciones barriales. En este sentido, el barrio deja lugar al desarrollo de una politicidad de base territorial. Ahí puede ser un refugio y permitir, tanto simbólica como materialmente, la organización de la resistencia, y hasta de una proyección política. Eso depende de los contextos, pero no deja de ser cierto que el barrio sirve de base a la articulación de conductas que tienen por objeto "manifestar" en la arena pública, tanto a nivel individual como colectivo. Estas manifestaciones pueden tomar la forma de una lucha por el reconocimiento en la que reclamar "derechos", aunque puede también actuar bajo la forma de una "violencia expresiva", de "rechazo" o de revuelta.<sup>62</sup> Como vimos profusamente en los capítulos dos y tres, el barrio sirve asimismo de base organizacional de la lucha por la supervivencia, tan frecuente en las ciudades del Tercer Mundo.

En una tercera dimensión, el barrio es el espacio de una forma de lazo entre los individuos y la sociedad. Así, las organizaciones barriales interpellan al Estado

<sup>62</sup> En estos términos parece expresarse a veces la acción colectiva en los barrios populares en Francia. El incendio de los autos estacionados en el barrio es un modo de protesta frecuente (por ejemplo frente a un acto de violencia policial) e incluso "ritualizado" (como ocurre en algunos lugares todos los 14 de julio). Cf. Dubet, F., *op. cit.*, 1987.

y a otras instituciones sociales (la escuela, la iglesia, la policía, un centro cultural o deportivo, etc.) obligándolos a "venir al barrio" y a ocupar su lugar "correctamente". Desde ese punto de vista, las instituciones no son únicamente recursos movilizables por los individuos, sino que marcan la presencia de la sociedad en el barrio determinando a la vez el "grado" de integración (o su intensidad) y su "forma" (o calidad). Se puede decir entonces que un barrio sin escuela ni policía, o mal comunicado, está poco integrado. Pero se dirá quizás también que es "marginal" para señalar la mala calidad de su integración, y, en el sentido inverso, se dirá que el barrio obtiene una marca de distinción si encontramos en él una bella iglesia, una biblioteca o una escuela de renombre -caso frecuente en algunos barrios populares. En tanto constituye una esfera diferenciada de la sociedad, el barrio necesita la presencia de instituciones que lo conecten con el todo, lo que permite evitar su guetización. Estas instituciones permiten el paso de individuos del marco local a la sociedad y la integración del barrio a ésta a través de la ciudad. En efecto, si al barrio lo modelan las solidaridades locales, más aún lo hacen las instituciones.

Una vez que interrogamos al barrio en el marco de una problemática de la integración, emergen la segunda y la tercera dimensiones, y éstas muestran hasta qué punto el barrio popular de las ciudades de hoy escapa a su encierro conceptual en la sola problemática de la comunidad. Asoma aquí una pregunta que debemos hacer a cada barrio y para la que intentaremos aportar elementos de respuesta en el punto siguiente: ¿hasta qué punto un barrio traspasa el marco de la "protección de proximidad"? Se trata, evidentemente, de una pregunta que no tiene respuesta de valor absoluto, pero que debe ser formulada cada vez que se investiga en el medio popular urbano: ella permite observar el modo en que la configuración social observada constituye, en cada caso, una respuesta singular a este problema.

Finalmente, en una cuarta dimensión, la inscripción al barrio sirve de soporte a una integración simbólica, y en consecuencia a la formación de la identidad social. El barrio es así motivo de orgullo o de vergüenza: se vive como portador de una cualidad humana valorizadora o descalificante. Las luchas urbanas son portadoras de contenido simbólico, estructurándose como "luchas por el reconocimiento"<sup>63</sup>. Y el orden interno del barrio es mantenido cuidadosamente

<sup>63</sup> Honneth, Axel, *op. cit.*, 1992.

por sus habitantes con el fin de salvaguardar ese precioso bien que es el prestigio. Ello se manifiesta en el esmero puesto en el mantenimiento de las casas, en los esfuerzos colectivos por embellecer los espacios comunes y en las exigencias recíprocas de mantener las normas prescriptas en el comportamiento público.

### Los límites del barrio

Como espacio de inscripción territorial, el barrio posee una existencia que es propia. Pero así como es necesario acordarle a lo local un lugar en el razonamiento sociológico, es importante también fijar sus límites. Éstos son dos naturalezas diferentes. El primer tipo de límites se desprende del hecho de que las regulaciones de la vida del barrio se realizan en gran medida fuera de éste. La mayoría de las regulaciones de la vida social corresponden al dominio institucional, especialmente al del Estado, incluso en las sociedades en las que el Estado está poco presente. El segundo tipo de límite proviene del hecho de que la participación de los individuos en la sociedad no puede hacerse exclusivamente en el dominio de lo local. Si el barrio puede constituir un territorio de inscripción, no puede bastar nunca para organizar por entero la vida de un individuo. Eso es lo que podemos observar en los barrios surgidos de la acción colectiva de los habitantes, como los *asentamientos*. A menudo sus habitantes logran inscribirse más o menos bien en la ciudad y dominan un territorio, aunque quedan en situación muy frágil en cuanto a su participación en el mundo del trabajo y en la vida institucional. Así es que observé el desarrollo de las lógicas de estilo "cazadores", esos individuos que hacen pie en el barrio para salir cotidianamente a la ciudad a encontrar de qué vivir, sin conseguir nunca inscribirse en una relación social estable que permita anticipar poco o mucho su futuro.

A partir de la puesta en contacto de lo local y de la sociedad, intenté darle al barrio un lugar en el razonamiento sociológico en términos de "límite". El barrio es entonces el espacio de la inscripción territorial entendida como una forma de inscripción social a través de la ciudad. Esta problemática nos permite considerar el barrio desde un punto de vista de las políticas públicas y, en paralelo, observar las características de la acción colectiva y de la relación con lo político, ambos contruidos sobre la base del barrio. Desde el punto de vista de la elaboración de políticas públicas, las asociaciones barriales aparecen como un vector importante de integración social, particularmente en el caso de las poblaciones marginales

de las grandes ciudades de los países en vías de desarrollo, aunque también en los países desarrollados en los que se busca despertar las energías del barrio. Numerosas experiencias dan testimonio de esta capacidad del barrio. Cuando otros sostenes son insuficientes, o incluso inexistentes, los habitantes encuentran su único puntal en las organizaciones emergentes de las solidaridades locales. En los contextos más diversos las organizaciones barriales han dado muestras de una capacidad a menudo sorprendente en la promoción del hábitat y la gestión social. Es el caso de algunos *asentamientos* de Buenos Aires o Montevideo que evolucionaron hacia la construcción de verdaderos barrios con un nivel de equipamiento colectivo bastante avanzado. Experiencias similares surgieron en la mayoría de las grandes urbes de América del Sur, como el barrio de Villa El Salvador, en Perú. Pero también en Haití y en Senegal, lugares en los que pude observar un proyecto promovido por la Unesco que supo reforzar las organizaciones locales obteniendo ciertos progresos en la calidad de vida de los habitantes (acceso al agua potable, saneamiento o mejora del armazón urbano) al promover la concepción de un marco participativo.<sup>64</sup>

Sin embargo, es difícil ponerse de acuerdo sobre el valor de las organizaciones barriales y del barrio mismo como fuerza social y política. Por un lado, su importancia no siempre es reconocida, ni a nivel estatal ni por el sistema institucional. La percepción que a menudo tienen de ellas los gobiernos es la de un elemento desestabilizador. Para los tecnócratas representan un obstáculo en la planificación, y los partidos políticos las consideran un mero instrumento electoral. Pero, por otro lado, numerosas voces se han levantado en los últimos veinticinco años subrayando el potencial de las organizaciones barriales. Estas manifestaciones –en especial las de las ONG y las de los organismos internacionales– no han dado aún como resultado un auténtico reconocimiento de este capital social ni a una determinación del rol que las organizaciones barriales podrían llegar a interpretar en la elaboración de políticas públicas. Estos organismos parecen actuar en el marco de una idealización de las asociaciones de barrio al atribuirles un papel que no es el suyo. A veces se trabaja, pues, en el terreno de la ilusión, y se malgastan preciosas energías en movilizaciones con aspecto de parches "ocultamiseria", tan disociadas se encuentran de los golpes desestabilizadores asestados al mundo del trabajo y las instituciones.



<sup>64</sup> Merklen, Denis, *Urban Development Projects: Neighborhood, State, and NGOs*, Unesco/Most, París, enero de 2001, en <http://www.unesco.org/most/mstab2.htm>.

Dos preguntas nos permitieron observar el barrio y dar unidad a un fenómeno de manifestaciones tan heterogéneas: ¿hasta dónde puede ser el barrio el lugar de una movilización colectiva que aspira al fomento de la ciudadanía? y ¿en qué medida puede el barrio contribuir a "hacer sociedad"? Estas preguntas permiten declinar las complejas dimensiones de un objeto difícil de captar. Pero, más importante aún, ellas deberían permitirnos a la vez identificar las potencialidades y los límites del barrio desde el punto de vista de las políticas públicas.

\*\*\*

Volvamos a la caracterización propuesta por Silvia Sigal acerca de la marginalidad urbana a través del concepto de "distancia institucional", en la que parecen encontrarse numerosos barrios populares de América Latina.<sup>65</sup> Más allá del caso de los guetos —situación extrema y poco frecuente—, la mayor distancia es la que se verifica en relación con la posesión ilegal del suelo y con la informalidad de las relaciones laborales, igualmente ilegales. Pero de manera más general la distancia institucional se define por el alejamiento de las condiciones de existencia de los habitantes de lo que ellos mismos consideran un barrio "normal" o "digno". Dicho de otro modo, la primera característica de los barrios populares es el déficit de integración en el que se encuentran sus habitantes (déficit identificado, según los casos, como más o menos importante).

Pero paralelamente a esta condición, que define negativamente la vida barrial, progresa otra que define su "positividad": la que se expresa en las formas de respuesta al déficit de integración, dadas sobre todo por la capacidad de estructurar localmente la solidaridad y por la capacidad de hacer de un territorio un punto de apoyo para la acción colectiva y la movilización en el espacio público. Estas formas de movilización y de cooperación pueden al mismo tiempo ser fuente de trastornos, de conflictos y, más generalmente, de anomia. Pues, aun cuando

<sup>65</sup> Sigal, Silvia, "Marginalidad espacial..."

sirve de apoyo a numerosas disputas por la acción colectiva, el barrio popular no es evidentemente un paraíso perdido. Es precisamente a la reflexión sobre ese conjunto de elementos, que componen una compleja situación, a lo que apuntamos cuando proponemos el concepto de "politicidad" de las clases populares.

La inscripción territorial aparece así como un concepto que no sólo nos permite caracterizar la complejidad de las lógicas de acción y de estructuras sociales locales, sino que puede proporcionarnos una herramienta de observación y de comparación de las diversas situaciones. Para no tomar sino un ejemplo muy abstracto, podemos comparar las figuras de barrio citadas más arriba, al comienzo de este capítulo.

La villa se caracteriza en general por el gran déficit de integración en el que se desarrolla su población y por la gran "distancia institucional" en la que se encuentra el barrio. Frente a esta situación, la inscripción territorial de sus habitantes está compuesta especialmente por un control muy acabado del territorio del barrio y por la existencia de estructuras de solidaridad muy sólidas, complejas y estrechas a la vez. Pero sus relaciones con el exterior, con el mundo institucional, ponen a la villa, a menudo, en situación de heteronomía. Evoluciona poco y apenas se integra a la ciudad, persistiendo como un espacio diferenciado y fácilmente identificable. Las numerosas organizaciones barriales se ocupan en este caso de alimentar las estructuras de solidaridad, pero tienen dificultades a la hora de tirar hacia adelante, hacia la norma o el cambio.

Comparativamente, podríamos decir que los barrios surgidos de loteos son menos precarios, y que sus habitantes se hallan generalmente en mejor situación. La distancia institucional es menor que la de la villa, pues el barrio se sostiene sobre un respeto de las normas de urbanización y sus integrantes son propietarios o inquilinos, pero no "ocupantes" ilegales. Aun dependiendo de la evolución general de la sociedad, los esfuerzos de integración a la ciudad se inscriben más fácilmente en una dinámica de progreso social. La electrificación, la instalación de una escuela, de una comisaría o de un dispensario parecen ir en esa dirección. Por mor de esta evolución, a veces simplemente aleatoria, la familias se sienten menos dependientes de la ayuda mutua.

En ese sentido, los complejos habitacionales construidos por el Estado comienzan con un lote de capitales aún más importante, y la encrucijada de la movilización colectiva se limita a menudo al mantenimiento y la evolución de los equipamientos colectivos. El hecho de que las infraestructuras sigan siendo

propiedad del Estado institucionaliza más que en los otros casos la relación de los habitantes con las administraciones.<sup>66</sup>

Finalmente, las ocupaciones colectivas del tipo de los *asentamientos* se encuentran en una situación teóricamente intermedia. En su inicio, en los primeros meses que siguen a la ocupación de los terrenos, se encuentran en una situación de gran precariedad y los déficit de integración son inmensos, pero la gran capacidad de movilización colectiva está guiada por una voluntad firme de reducir la distancia institucional, comenzando por el acceso a los equipamientos colectivos y la propiedad de los terrenos. La evolución depende entonces de su capacidad de presionar al sistema político y del hecho de que la relación de fuerzas les sea entonces desfavorable en mayor o menor medida. Numerosos son los ejemplos de barrios de este tipo que han evolucionado hasta más allá de las posibilidades dadas por los ingresos de sus habitantes. Muchos son también los barrios de este tipo en los que la movilización colectiva ha permitido una evolución más rápida que la de los barrios aledaños surgidos de loteos legales. Citaré el ejemplo excepcional de El Tambo, un barrio salido de una ocupación ilegal en la parte oeste del conurbano bonaerense, en La Matanza. Habiéndose organizado, sus actuales habitantes invadieron el 6 de enero de 1986 los terrenos de El Tambo para instalarse sobre lo que entonces no era más que un terreno baldío. Hoy tienen un barrio electrificado, de calles asfaltadas e iluminadas, equipado de una escuela, de un dispensario, de una cancha de deportes y de una guardería, pero el hecho más importante es que están comprando la tierra en mensualidades. Todo ello en un contexto (el de la Argentina de los últimos veinte años) de gran recesión social y empobrecimiento, pero en el que han sabido aprovecharse del juego político en el que su fuerza pudo pesar. Por lo mismo, el barrio de Villa El Salvador, en el sur de las afueras de Lima, es mencionado repetidamente por sus progresos en materia de urbanización como resultado de la capacidad de acción colectiva de sus habitantes, que ocuparon ilegalmente sus tierras en 1971. (Debe

<sup>66</sup> Esto es: la experiencia de las "cités" en Francia, y en Europa con otros nombres, nos advierte una vez más contra una apreciación demasiado centrada sobre la ciudad. En efecto, los desarreglos del mercado laboral tuvieron efectos tan agresivos en las clases populares que estos barrios se encuentran en una situación social muy delicada. Aquí, veinticinco años de esfuerzo continuado por parte de los poderes públicos y de iniciativas dirigidas al seno del barrio no han logrado revertir los efectos de la desafiliación.

incluirse aquí un matiz. Puestos los barrios a competir entre ellos por la ayuda del Estado y de las ONG, el progreso de unos resulta en detrimento de los otros, pues las inversiones públicas apuntan a los barrios más movilizadores, y dejan de lado a aquellos menos duchos en ese juego. Así, el estancamiento de aquellos abandonados a su propia suerte aparece como culpa solamente suya, o por lo menos como consecuencia de su falta de viveza para influir en el sistema. Lo que parece evidente es que en el estado actual de la acción pública los barrios no podrán progresar todos al mismo tiempo.)

Así, el barrio puede ser observado como el espacio de la inscripción territorial de las clases populares. Se constituye como un punto de apoyo para la estructuración de solidaridades locales y para la movilización colectiva. Esto es lo que permite a menudo poner pie en tierra firme a sectores sociales que de otra manera se encontrarían en el mayor desarraigo. Pero, repitámoslo, la inscripción territorial no puede bastar, sola, para organizar un medio de participación plena en la sociedad, aunque más no sea porque la relación con el trabajo pasa por otras vías.

Esta inscripción en la ciudad no puede entonces dar lugar a la formación de una ciudadanía plena. Peor aún, como a menudo se encuentran desprovistos de herramientas para participar plenamente en la sociedad, los habitantes de los barrios populares "emplazados a domicilio" desarrollan una sociabilidad prácticamente reducida a los límites de lo local, como ya lo había denunciado Richard Hoggart<sup>67</sup>, como lo describió magistralmente Robert Castel y como lo ha recordado recientemente Richard Sennett<sup>68</sup>, por no citar más que tres autores, todos de horizontes diversos. Y si la limitación a lo local es a menudo la amenaza que pesa sobre estas poblaciones, el derecho aparece como el límite superior de la relación con lo político, tal como éste evoluciona a partir de una base territorial. En efecto, como habitantes del barrio, los "ciudadanos" pueden intentar movilizar el derecho a su favor ("*tenemos derecho a la vivienda*"), pero difícilmente estarán en condiciones de modificar la ley o de tener influencia sobre el orden institucional.

<sup>67</sup> Hoggart, Richard, *The Uses of Literacy*, Harmondsworth, 1958.

<sup>68</sup> Sennett, Richard, *Respect. De la dignité de l'homme dans un monde d'inégalité*, Albin Michel, Paris, 2003.

Por ello se afanan en una interminable búsqueda de recursos cuya distribución no está garantizada por ningún derecho, o a los que no es posible acceder a causa de las disfunciones y de las insuficiencias institucionales. En ese contexto se inscribe una buena parte de las iniciativas de "lucha contra la pobreza" llevadas a cabo por algunas organizaciones internacionales y por una buena cantidad de ONG. Es por ello también que en lugar de modificar la situación contra la cual luchan, estas estrategias terminan por reforzar esas lógicas de funcionamiento ya demasiado bien establecidas en los barrios pobres.

## INDIVIDUOS Y CIUDADANOS. NOTAS PARA UN ENFOQUE OBJETIVISTA DE LA SUBJETIVIDAD POPULAR

En 1937, Jorge Amado publicaba *Capitães da Areia*.<sup>1</sup> En esa célebre novela, el autor reconstruye la vida de un grupo de "más de cuarenta muchachos" que viven en las playas de Bahía en el interior de un depósito abandonado. Todas las mañanas, cada uno de esos muchachos va a la ciudad en busca de una ocasión, de encontrar un "*plan*", algo que robar, un trabajito en un carrusel, una limosna que exigir, una caridad que inspirar, un alma dispuesta a venir en su ayuda, una mujer en busca de amor, la voluntad de un cura que intenta "convertir" a estos "ladronzuelos abandonados" en "hombres trabajadores". "Cargaban al depósito los objetos que el trabajo del día les proporcionaba. Entonces el depósito cobijó extrañas cosas. Pero no más extrañas que aquellos chicos, de todos los colores y de las edades más variadas, de los nueve a los dieciséis años, que a la noche se extendían por el piso y por debajo del puente, indiferentes al viento [...] y a la lluvia."<sup>2</sup>

La historia de *Los capitanes de la arena* cuenta en parte "la aventura de la libertad en las calles de la más misteriosa y bella ciudad del mundo". Pero esta libertad está casi enteramente alimentada por la negatividad. Los muchachos se encuentran en un estado de casi total desafiación, habitantes de un *no man's*

<sup>1</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena*, trad. del original en portugués (*Capitães da Areia*, 1937): Estela Dos Santos, Alianza, Madrid, 1989.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21.

Por ello se afanan en una interminable búsqueda de recursos cuya distribución no está garantizada por ningún derecho, o a los que no es posible acceder a causa de las disfunciones y de las insuficiencias institucionales. En ese contexto se inscribe una buena parte de las iniciativas de "lucha contra la pobreza" llevadas a cabo por algunas organizaciones internacionales y por una buena cantidad de ONG. Es por ello también que en lugar de modificar la situación contra la cual luchan, estas estrategias terminan por reforzar esas lógicas de funcionamiento ya demasiado bien establecidas en los barrios pobres.

## INDIVIDUOS Y CIUDADANOS. NOTAS PARA UN ENFOQUE OBJETIVISTA DE LA SUBJETIVIDAD POPULAR

En 1937, Jorge Amado publicaba *Capitães da Areia*.<sup>1</sup> En esa célebre novela, el autor reconstruye la vida de un grupo de "más de cuarenta muchachos" que viven en las playas de Bahía en el interior de un depósito abandonado. Todas las mañanas, cada uno de esos muchachos va a la ciudad en busca de una ocasión, de encontrar un "plan", algo que robar, un trabajito en un carrusel, una limosna que exigir, una caridad que inspirar, un alma dispuesta a venir en su ayuda, una mujer en busca de amor, la voluntad de un cura que intenta "convertir" a estos "ladronzuelos abandonados" en "hombres trabajadores". "Cargaban al depósito los objetos que el trabajo del día les proporcionaba. Entonces el depósito cobijó extrañas cosas. Pero no más extrañas que aquellos chicos, de todos los colores y de las edades más variadas, de los nueve a los dieciséis años, que a la noche se extendían por el piso y por debajo del puente, indiferentes al viento [...] y a la lluvia."<sup>2</sup>

La historia de *Los capitães de la arena* cuenta en parte "la aventura de la libertad en las calles de la más misteriosa y bella ciudad del mundo". Pero esta libertad está casi enteramente alimentada por la negatividad. Los muchachos se encuentran en un estado de casi total desafiliación, habitantes de un *no man's*

<sup>1</sup> Amado, Jorge, *Capitães de la arena*, trad. del original en portugués (*Capitães da Areia*, 1937): Estela Dos Santos, Alianza, Madrid, 1989.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21.